

**TRABULSI
RODINSON**

**LA REVOLUCION
PALESTINA Y
EL CONFLICTO
ARABE ISRAELI**

Cuadernos
de Pasado y
Presente

PYP

14

**Maxime Rodinson
Fawwaz Trabulsi**

**La revolución palestina
y el conflicto árabe-israelí**

**Cuadernos de Pasado y Presente / 14
Córdoba**

Advertencia

La heterogeneidad de los trabajos incluidos en este Cuaderno sólo no excluye sino que presupone un criterio político único en su selección. Nuestro tema es aquí *La revolución palestina* y nuestro punto de partida es la coincidencia del combate de ese pueblo por su autodeterminación nacional con la lucha por el socialismo en el Medio Oriente. En este sentido, entre los materiales aquí reunidos se destaca el largo trabajo de Fawwaz Trabulsi que intenta "establecer un sistema marxista-leninista" para el análisis de la lucha palestina por la liberación. Su perspectiva es la del militante de las guerrillas árabes, y su exhaustivo estudio fue publicado a fines de 1969 en una coyuntura política decisiva para el movimiento. Desde entonces los enfrentamientos armados con los ejércitos del Líbano y Jordania han evidenciado que los revolucionarios palestinos han llegado a un estadio de su organización en el que asumen activamente todas las contradicciones en que Trabulsi resumía la situación del Medio Oriente. Y no es entonces casual que podamos saludar con el estudio aquí reproducido la instalación de una reflexión teórico-política madura e independiente entre los *fedayin*.

Los artículos que preceden al de Trabulsi lo anteceden también cronológicamente. Maxime Rodinson, profundo conocedor del tema, planteaba aun en 1967, inmediatamente después de la Guerra de los Seis Días, el conflicto en términos de enfrentamientos entre Estados, sin hacer mayor lugar al movimiento palestino. En cambio, la discusión de enero y fe-

brero de 1969 nos muestra a intelectuales de los más diversos matices de la izquierda francesa, incluido el mismo Rodinson, que coinciden ahora en tomar como tema central de su reflexión la autodeterminación nacional palestina, tras dos años en los que la afirmación armada de ese derecho mostró todo lo que de eufemístico tenían las referencias al "problema de los refugiados árabes".

Reproducimos, por último; los comentarios de M. A. Malik al artículo de Trabulsi.

PASADO Y PRESENTE

Maxime Rodinson

La crisis árabe-israelí y el porvenir del socialismo

En el diluvio de apasionadas controversias que se desarrollaron en torno al conflicto árabe-israelí, han desempeñado un papel muy importante, al menos en los ambientes de izquierda, las diagnósis sobre el carácter más o menos socialista de las economías en cuestión y las referentes a la ubicación de los Estados en la lucha internacional actual. Del lado israelí o filo-israelí se insistió en las estructuras socialistas o socializantes insertadas en el sistema global de la economía israelí. Se subrayó también la importancia de la difusión de la ideología socialista entre las masas israelíes.

Poco se ha hecho por refutar estas tesis por parte de los árabes o filo-árabes. Se prefirió colocarse en un plano diferente e insistir en la inserción de Israel en el campo mundial del imperialismo desde el punto de vista estratégico. Se hizo notar también su dependencia de los imperialistas occidentales y en particular de los Estados Unidos, desde el punto de vista económico.

Los israelíes —tanto de izquierda como de derecha— emprendieron una vigorosa polémica contra estas tesis filo-árabes. Mostraron, con amarga y violenta ironía, la existencia, dentro del campo árabe, de Estados que bajo ningún concepto podrían denominarse socialistas o solamente democráticos. También pusieron en evidencia —con malicia, y a veces acertadamente— la presencia, en los Estados árabes habitualmente denominados socialistas, de numerosas caracterís-

ticas que no concuerdan con esta denominación. Desde una perspectiva defensiva, sostuvieron que la dependencia israelí del mundo occidental deriva, al menos en parte, del boicot árabe, del no reconocimiento de Israel por parte de los árabes, apoyados por el bloque de países socialistas. Lo peor es que todos estos argumentos contradictorios son, en gran medida, igualmente ciertos. Y sin embargo, el movimiento socialista y socializante no puede tomar posición sino en función de diagnosis seguras sobre estos puntos cruciales. Desde hace mucho tiempo, en realidad desde Marx mismo, la tendencia dominante de este movimiento ha sido la de apoyar, en los conflictos nacionales, al protagonista cuya victoria parecía más favorable a las perspectivas del socialismo mundial. La otra tendencia, inclinada a juzgar en función de los "derechos" de las partes, fue relegada, en general, a segundo plano. Esta tendencia habría implicado la fundación de una deontología, de una ética de las relaciones internacionales y es bien sabido que el pensamiento socialista se ha negado, al menos explícitamente, a ligarse a principios de ética abstracta. Esto no quiere decir que la motivación ética no haya desempeñado tal vez un papel importante en las diagnosis y también en las acciones. A este respecto, es evidente que la opresión nacional, especialmente bajo la forma colonial, fue condenada, explícita o implícitamente, desde una perspectiva precisamente ética. Pero este tipo de juicio fue emitido bastante tímidamente y las autoridades del socialismo mundial prefirieron, no sin inconsecuencia, justificar sus posiciones con argumentos de tipo estratégico. La famosa afirmación de Marx: "un pueblo que oprime a otro no puede ser libre", ¿es de tipo moral o estratégico? Por cierto el elemento moral es importante. El entusiasmo por la liberación de Irlanda (en cuyo honor una de las hijas de Marx llevaba constantemente una cruz sobre el pecho) ¿se debía exclusivamente al cálculo del debilitamiento que habría significado su liberación para el imperialismo británico? Esto podría ser objeto de un

estudio tan delicado como apasionante.¹ Aquí es suficiente plantear el problema.

De cualquier modo, es evidente que la cuestión no es simple, que deben examinarse varios criterios y tomarse en consideración hechos contradictorios. Es indispensable, por lo tanto, un examen serio y profundo. En este artículo se quiere, al menos, esbozarlo.

En primer lugar, es indudable que en el movimiento socialista, el problema ha sido planteado desde un punto de vista que no puede dejar de ubicarse en el terreno de la ética, como lo demostraría suficientemente el título dado por Lenin (ajeno generalmente a todo moralismo, al menos en apariencia) a su artículo sobre el derecho (el subrayado es mío) de las naciones a disponer de sí mismas. Aun ironizando sobre los "pecados de abstracción y de metafísica" de Rosa Luxemburg,² declara sin embargo (aserción ética) que "nosotros somos el enemigo más decidido y más consecuente de la opresión"³ y condena a los socialistas de las naciones dominantes por la "incomprensión de sus *deberes* de socialistas con respecto a las naciones oprimidas".⁴ Hablar de derechos y de deberes es hablar en términos morales.

Desde este punto de vista, me parece claro que Israel es una nación cuya formación misma se ha inscripto en un proceso de colonización; que esta misma formación violó el derecho de los árabes palestinos a disponer de sí mismos; que actualmente los árabes dentro del Estado de Israel constituyen un grupo nacional oprimido, ya que la creación del Estado significó para los árabes palestinos (que permanecieron o se refugiaron más allá de los límites del nuevo Estado) un destino no autónomo. He demostrado ampliamente este hecho —por otra parte evidente— en un artículo de *Les Temps Modernes* al que remito.⁵

La formación de Israel es, pues, condenable de acuerdo a la ética socialista a menos que se sostenga que el colonialismo judío deba ser juzgado con criterios diferentes a los utilizados

para juzgar otros colonialismos, cosa que ningún socialista puede admitir. Pero también demostré que la condena ética de este proceso —de la opción sionista, para ser claros— no implica necesariamente una orientación contraria a la continuación de la existencia del Estado creado. Como dice Lenin: "el proletariado se limita a reivindicar en modo totalmente negativo, por decirlo así, el reconocimiento del *derecho* a la libre disposición sin garantizar nada a ninguna nación y sin comprometerse a conceder nada a expensas de otra nación".⁶ La situación establecida por un proceso colonial o por cualquier otro proceso de opresión puede reconocerse, por lo menos bajo ciertas condiciones, como un hecho consumado.

A pesar de esa especie de pecado original que la contamina, esta situación podría ser reconocida como positiva por el conjunto del movimiento socialista. Más frecuentemente, puede pensarse que su mismo enjuiciamiento podría ser explotado en un sentido nefasto por los estratos dirigentes de la nación oprimida o utilizado en el mismo sentido por una peligrosa potencia imperialista. Así se explica la oposición de Marx en 1848 a las reivindicaciones nacionales de los checos y los croatas. O también, de modo más simple, este enjuiciamiento puede provocar catástrofes humanas tan graves que obliguen a buscar un *modus vivendi* que tenga en cuenta las situaciones aunque hayan sido adquiridas injustamente. Así —por el momento— nadie piensa en reivindicar la expulsión de los blancos de Africa del Sur a pesar del carácter netamente colonial de su asentamiento en el país y del carácter opresivo de su dominación. Nos limitamos a reivindicar la libertad y la igualdad de los Bantu.⁷

No trato de ocultar que tales argumentos han sido utilizados por la II y la III Internacional para justificar —con buena o mala fe— situaciones injustificables, para excusar la traición a su *deber* de socialistas, como dice Lenin, para teorizar un papel objetivo de sostén de sus clases dirigentes y de adhesión a un proyecto de explotación nacional. Pero, lógicamente,

la mala utilización de un principio no puede conducir a su abandono. Entre tanto, estos ejemplos nos imponen una atenta vigilancia para no caer en las trampas temibles de la buena conciencia nacional, implícitamente racista, contra la que no sería una garantía suficiente nuestra adhesión a la ideología socialista.⁸

Por lo tanto, nos vemos remitidos nuevamente al juicio sobre el papel objetivo de Israel y de los países árabes en el cuadro de la lucha mundial actual, con respecto al porvenir del socialismo.

Un primer aspecto a considerar es el de las estructuras más o menos socialistas de los países en cuestión.

Por lo que se refiere a Israel, sólo puede tenerse en cuenta la fuerza de la tendencia subjetivamente socialista entre las masas israelíes, en la medida en que estas posiciones ideológicas se traducen en hechos. Como decía Marx, no se puede juzgar a un individuo o a una sociedad por lo que piensan de sí mismos. Anotemos solo de pasada, dos puntos importantes que debilitan todavía más este tema de la propaganda sionista.

La tendencia socialista sionista jugó, por lo menos desde un cierto punto de vista, un papel más bien nefasto en las relaciones entre las razas en Palestina durante la época de la dominación británica. Decidida obstinadamente a crear una sociedad socialista judía, combatió, en nombre del slogan del trabajo judío", a las empresas capitalistas en las que, aunque para explotarlos, se empleaba a los árabes. En las condiciones de una sociedad subdesarrollada el trabajador regularmente asalariado se encuentra en una situación de relativo privilegio que lo salva de caer en las filas de un subproletariado hambreado, que busca todos los días desesperadamente la manera de ganarse la vida. Por cierto, los sionistas pueden decir que nosotros, en la hipótesis contraria, hubiéramos podido reprocharles con fundamento, un sistema de explotación colonial clásico. Pero esto no hace más que poner en evidencia que

su proyecto fundamental creaba necesariamente una situación colonial y que la elección se planteaba sólo entre dos formas de colonización diferentes. Por otra parte, la elección del "socialismo judío", acentuaba la separación de las dos razas, rompía los lazos de los campesinos árabes con la tierra que cultivaban, aunque fuera en una situación de explotación, desde tiempos inmemoriales. Ya no se trataba de un cambio de propietarios, como había sucedido tantas veces en el pasado, sino de una erradicación total.

Por otra parte, la penetración de una ideología socialista subjetiva, se debilita con la disminución gradual del peso específico de los colonos de Europa oriental en la sociedad israelí. Estos habían sido influídos fuertemente por el socialismo tolstoiano o genéricamente marxista que dominaba entre las masas desheredadas de su país de origen antes de 1914. Sus hijos, nacidos en Israel, los sabras, no tienen ningún estímulo importante para adherir en la misma medida a esa ideología. Sobre todo los emigrantes venidos de los países árabes, impulsados por las malas condiciones asignadas a los judíos en sus países de origen, como consecuencia de las victorias sionistas en Palestina, inclinados a continuar en Israel el género de vida que llevaban en Marruecos, en el Yemen o en Iraq, no son en absoluto receptivos con respecto a la ideología socialista. Y actualmente, los colonos de origen europeo-oriental están en minoría.

Aclarado esto, no se puede negar el carácter socialista de las colonias agrícolas fundadas por los emigrantes en Israel, los famosos kibbutzim (plural de kibbutz). Sin llegar a una idealización extrema, tan frecuente en la izquierda europea (y en la misma derecha, siempre dispuesta a entusiasmarse por las estructuras socialistas lejanas y aisladas que no amenazan en nada a la sociedad europea),⁹ puede admitirse que estas colonias son, en gran medida, modelos de lo que puede esperarse de una sociedad socialista en su estadio nuclear. Puede aceptarse la caracterización de G. Friedmann según el

cual "los kibbutzim nos parecen representar el esfuerzo mejor logrado por sustituir, como fundamento de la vida social, las motivaciones del individuo, de su interés personal por los principios comunitarios".¹⁰ Tampoco puede negarse el carácter socialista de las estructuras cooperativas que unen entre sí estos núcleos de vida socialista y organizan la distribución de su producción.

Pero el carácter ejemplar de estas estructuras está limitado al campo micro-sociológico. Es innegable su inserción en una sociedad global dominada por preocupaciones que no tienen nada de específicamente socialista, donde la economía de mercado desempeña un papel capital. Se percibe allí, sin duda, una tendencia a una cierta planificación, pero esto sucede bajo el impulso, por un lado, de las exigencias de la situación de guerra en la que Israel se ha colocado; por otra, de los factores generales que impulsan en esta dirección a todas las economías industriales, comprendidas aquellas donde domina una ideología anti-socialista, como la de los Estados Unidos. El sistema económico global de Israel asigna un papel dominante a las motivaciones de la búsqueda de ganancias. Los kibbutzim deben adaptarse al ambiente capitalista en el que están inmersos. Como las cooperativas creadas a su tiempo en las sociedades europeas y en las que se depositaron tantas esperanzas en la fase de crecimiento de las socialdemocracias, tienen tendencia a transformarse en empresas de tipo capitalista donde simplemente el empresario está representado por una colectividad. No puedo desarrollar aquí este análisis y me limito a remitir al importante libro en el que Albert Meister (por otra parte más bien favorable a Israel), muestra en detalle la acción de la sociedad global sobre el colectivismo de los kibbutzim.¹¹ "La solidaridad —escribe— se limita únicamente a los miembros del grupo: ellos son sus únicos beneficiarios. En particular, los obreros asalariados son excluidos". Y calcula que en los kibbutzim, una persona productiva sobre cuatro es un asalariado.¹²

Por otra parte, estas colonias no pueden vivir, como se ha demostrado a menudo, más que gracias a la ayuda excepcional del Estado y de las grandes organizaciones judías de la colonización, que dependen, a su vez, de fuentes de financiación extranjeras, sobre todo de las contribuciones de los judíos de la Diáspora y en primer lugar, de los judíos norteamericanos. Se trata, en síntesis, de empresas con una estructura interna colectivista, pero que funcionan como unidades de producción en una estructura global de tipo capitalista moderno, que dependen, por lo tanto, de las leyes del mercado¹³ y que, además, están obligadas en gran medida a adaptarse a las exigencias de financiadores fundamentalmente antisocialistas.¹⁴

En mi artículo "stalinista" de 1953¹⁵ escribía que los kibbutzim no eran un factor de socialización de la sociedad global más de lo que habían sido los conventos de monjes, cuyo funcionamiento interno es a menudo de carácter tanto o más colectivista. Había en esto algo de exageración, sobre todo si se tiene en cuenta que los conventos no difunden en modo alguno ninguna ideología socialista. Pero la comparación sigue siendo válida. Modelo de sociedad socialista nuclear, el kibbutz no es suficiente de ningún modo para convertir a Israel, en su conjunto, en una sociedad socialista. Puede ser —bajo ciertas condiciones— perfectamente aceptado por una sociedad capitalista y si se crean tensiones es evidente que prevalece y prevalecerá la estructura de la sociedad global. Como escribe G. Friedmann: "sería un grave error creer que el micro-comunismo de los kibbutzim puede mantenerse a la larga en una sociedad en desarrollo económico, donde penetran los modelos de la abundancia, donde se afirma, con el desarrollo del sector privado, una especie de NEP material y moral".¹⁶ Y acertaba el banquero israelí que declaraba: "externamente, el kibbutz se comporta como una empresa capitalista y mantiene sus compromisos mejor que un particular. Si internamente el kibbutz se compone de personas que renuncian a la propiedad individual, que educan colectivamente a

sus hijos o que... caminan con cuatro patas, no nos interesa".¹⁷

Frente al micro-socialismo de Israel, tenemos el macro-socialismo de algunos países árabes.

Aquí los hechos son claros. En los diversos países árabes, en Egipto, en Argelia y en Siria en particular, se está empeñado en la construcción de una sociedad de tipo socialista, de acuerdo al uso corriente del término.

Esto será refutado por aquellos que, sobre todo después de la destalinización, insisten en las características no económicas de un ideal socialista: democracia interna, cultura abierta, libertad del hombre para realizar sus aspiraciones, etc.; en síntesis, esfuerzo por suprimir la alienación, si se quiere utilizar este término equívoco y discutible del joven Marx.

Yo mismo estoy totalmente convencido de la importancia que se debe asignar a estas características. Pero es preciso recordar también que los fundadores del socialismo moderno veían en la supresión de la propiedad privada de los medios de producción la condición esencial, fundamental del socialismo. Se equivocaban al pensar (aparte de algún atisbo de lucidez) que esta transformación bastaría para provocar consecuencias "superestructurales" benéficas en todos los planos. Para ellos, "socialismo" significaba, al mismo tiempo, la estructura económica nueva y sus corolarios superestructurales. La dura experiencia stalinista nos ha enseñado que la condición económica, necesaria para las transformaciones culturales, humanas, políticas, no es sin embargo una condición suficiente —lo que ya Lenin había visto y dicho.

Por lo tanto, presenciamos, en todo el mundo y no sólo en los países árabes, sociedades que siguen un modelo económico socialista pero que son (en modo desigual) desilusionantes con respecto a la realización de las consecuencias que se esperaban de esta transformación. Es una cuestión terminológica establecer si deben llevar o no el atributo de socialistas. Pero no se puede utilizar dos pesas y dos medidas y negar a algunas sociedades una calificación que se adjudica

a otras cuando se presentan las mismas características globales. Si se quiere reservar la denominación de socialista para las sociedades donde se hayan eliminado las manifestaciones de lo que Marx llamaba, en su juventud, la alienación humana derivada de la división en clases de la sociedad, no existe ningún Estado actual que merezca esta calificación. Los chinos, que quizá sean quienes han realizado los mayores esfuerzos conscientes en este sentido, son los primeros en declarar que serán necesarios siglos antes de lograr el objetivo. Si por el contrario, nos conformamos con una eliminación parcial, será preciso definir los criterios según los cuales un Estado es "realmente" socialista y los caracteres que, por muy desagradables que sean, no imponen un rechazo de esta calificación. Quizá sea posible una calificación de este tipo, pero nadie, que yo sepa, ha propuesto alguna que sea aceptada por todos. Si se niega la calificación de socialistas a algunos regímenes árabes en nombre de las características superestructurales, me parece evidente que la aplicación objetiva de los mismos criterios llevará a negar también este atributo a diversos Estados habitualmente denominados socialistas, como la URSS, China, Cuba y quizá todos. Por lo tanto, estamos obligados a volver al criterio económico, el de la propiedad de los medios de producción. Desde este punto de vista, los llamados estados árabes son innegablemente socialistas.¹⁸

Y, para superar el encuadramiento lógico de la discusión precedente es necesario admitir que, si la supresión de los privilegios derivados de la propiedad privada de los medios de producción debe conducir a algunos hacia una sociedad globalmente mejor, más justa y más libre, el mismo proceso debería cumplirse, al menos a largo plazo, también en los otros. Esto no significa negar las diferencias entre las sociedades "socialistas", a las que personalmente soy muy sensible. Se ha sostenido, por ejemplo, que el origen social o ideológico de la clase (o capa, si se prefiere) que dirige la economía y el Estado en estas sociedades, crea una diferencia fundamental.

Esto me parece evidente a corto y a mediano plazo. Pero me parece difícil admitir que los estratos sociales, que tienen una función análoga, en sociedades organizadas en modo casi similar, no puedan desarrollarse a largo plazo, de modo muy sumariamente paralelo; en el caso contrario, se trataría de negar todo efecto de la supresión de los llamados privilegios sociales y económicos. Esta sería ubicarse fuera de la óptica y del movimiento socialistas.

Nadie niega, y los árabes menos que nadie, que la coalicción árabe contra Israel incluye a participantes que no pueden ser calificados de socialistas a ningún nivel y que, por otra parte, no lo desean en absoluto. Pero se puede responder que la misma cosa se verifica en las naciones que apoyan a Israel, por las tendencias ideológicas dentro de la comunidad judía mundial pro-israelí y en el seno mismo de Israel. Por lo tanto esto no puede ser pertinente para un juicio por parte del movimiento socialista.

De modo que tenemos, por un lado, un Estado en el que están insertadas unidades micro-socialistas dentro de una estructura global de tipo capitalista avanzado; por otro, Estados que, de acuerdo a los criterios utilizados habitualmente, son socialistas. Esta diagnosis no hace sino proponer algunos elementos para un juicio.

Al comienzo de las victorias del movimiento socialista, se pudo pensar que lo esencial consistía en crear células de vida socialista dotadas de la mayor perfección posible aunque fueran minúsculas. Se trataba de demostrar al mundo que era posible una organización socialista. Hoy la demostración ha sido realizada y ninguno le atribuye mucho interés, tanto entre los sostenedores como entre los adversarios del socialismo.

La preocupación por los modelos del socialismo ha dado lugar a una orientación más estratégica. La activa hostilidad del mundo capitalista hacia la formación y la difusión de las sociedades socialistas se demostró de modo convincente en los años que siguieron a 1917. Los sucesos recientes no la

desmintieron. La reciente tolerancia de los Estados Unidos con respecto a la Unión Soviética, así como sus convergencias tácticas no significan, evidentemente, la renuncia de esta gran potencia capitalista a limitar y a contener el desarrollo del socialismo, a la espera de poder suprimirlo.

Por lo tanto, desde hace cincuenta años, los socialistas se han planteado como objetivo la protección y la extensión de la zona socialista en el mundo. Durante largo tiempo, este objetivo fue concebido de modo extremadamente rígido y dogmático. Se había formado un bloque socialista —constituído en primer lugar por la Unión Soviética— y sólo una adhesión sin reservas a este bloque era considerada digna de un socialista. Adhesiones totales y alineamientos tácticos debían contribuir a proteger la zona socialista existente, a extenderla al máximo, y a debilitar a sus enemigos. El resto carecía de importancia y ninguna influencia externa debía pesar sobre la dirección centralizada del movimiento, en manos de los comunistas rusos en Moscú. El porvenir se configuraba bajo la forma de sucesivas adhesiones tendientes a establecer progresivamente un Estado socialista mundial sobre el modelo de la URSS y con la URSS como centro. Las consecuencias de la segunda guerra mundial impusieron un ablandamiento de esta concepción. Actualmente, el mundo socialista es, de hecho, policéntrico. Existe una constelación cuya unidad dista mucho de ser completa. Se han producido tensiones en el campo socialista, algunas de las cuales llegaron hasta la hostilidad más exacerbada, como en el caso del conflicto chino-soviético. Las estrategias y las tácticas son diversas como lo son las sociedades.

Sin embargo, el objetivo global parece ser el mismo. Se trata siempre de defender los Estados socialistas, de salvaguardar su estructura. Por consiguiente, es preciso oponerse a los Estados que, militarmente, luchan contra el socialismo, en primer lugar los Estados Unidos, gendarmes de la empresa privada. Es cierto que esta oposición puede concebirse en el sen-

tido de utilizar sobre todo las armas pacíficas de la competencia y de la negociación. Pero ni los dirigentes soviéticos que comparten este punto de vista pueden aceptar cooperar en una contracción de la zona socialista de la que terminarían por ser víctimas. Se puede —como quizá Rumania y Yugoslavia— no querer combatir por todas las causas de todos los Estados socialistas y estar dispuestos a ventajosos acuerdos tácticos con los Estados Unidos. Pero los hechos, y en primer lugar la fuerza misma y el ardor militante de la base internacional del capitalismo imponen un mínimo de solidaridad.

El hecho importante del período que vivimos es que este objetivo primordial de los Estados socialistas y de los sostenedores del socialismo en el mundo converge hacia los objetivos de los movimientos nacionalistas del Tercer Mundo. El nacionalismo de los países subdesarrollados tiende naturalmente a liberarse de la tutela política de Occidente. Ahora bien, todos son conscientes de que los posibilidades de Occidente de mantener esta tutela política están ligadas a su superioridad y a su predominio económico y técnico. El objetivo de la independencia implica, pues, un esfuerzo de autonomía económica, y, por lo tanto, de industrialización. Es cierto que la industrialización es una teoría aceptada e incluso sostenida por Occidente. Pero son bien conocidos, en la práctica, los grandes obstáculos derivados del funcionamiento mismo del régimen capitalista de la empresa privada. Las *élites* del Tercer Mundo —y en cierta medida las mismas masas— advierten cada vez más, bajo la dura lección de los hechos, que la lucha por la independencia y el progreso implica luchar contra la hegemonía capitalista, representada en primer lugar por la política norteamericana, la más directamente inspirada en los intereses del imperialismo económico. Ya desde hace mucho tiempo, estas *élites* comprendieron que el modelo de desarrollo socialista era el que salvaguardaba la autonomía de decisión del país que la adoptaba, mientras que la libertad de empresa favorecía el control capitalista extranjero.

En los Estados socialistas árabes estos datos fueron conscientemente aceptados por los grupos dirigentes. Poco importa, pues, —desde el punto de vista que nos interesa— que las motivaciones de los dirigentes mezclen en dosis diversas nacionalismo y socialismo. De todos modos, son impulsados a lo que se ha dado en llamar marxismo objetivo.¹⁹ Son impulsados orgánicamente a luchar contra la hegemonía capitalista, en primer lugar contra la hegemonía norteamericana. Participan de la lucha mundial por fundar sociedades que (cualquiera sean sus defectos) se liberen de los privilegios ligados a la producción privada de los medios de producción.

Naturalmente, muchos de los Estados del Tercer Mundo (y, en su interior, del mundo árabe) tienen una orientación reaccionaria y sus capas dirigentes, por una u otra razón, están dispuestas a seguir la política norteamericana de lucha contra el socialismo. Esto puede ser cierto aun en el caso de Estados en los que se ha fundado una economía socialista (en el sentido estrictamente económico del término), si la burocracia que dirige la economía estatal encuentra en esta política un interés particular. A pesar de esto, los factores permanentes que traté de describir, inclinan a estos países hacia una política opuesta, una política de tipo socialista, para hablar en términos sumarios. Una poderosa oposición, suscitada por la objetiva concatenación de las circunstancias, que toma gran fuerza en la profundidad de resonancia de las consignas nacionalistas, renace constantemente para lanzarse hacia la opción del socialismo en el plano interno y de la alianza socialista en la política internacional. Los dirigentes están obligados a tener en cuenta en cierta medida esta corriente subterránea. Si terminan por dejarla de lado se exponen —nadie lo ignora y ellos menos que nadie— a una revuelta revolucionaria permanente.

Así, el punto de vista expresado a menudo por los sionistas según el cual el conflicto árabe-israelí representaría el choque de dos nacionalidades, es totalmente justificado. Pero no lo

son las conclusiones que extraen. Un socialista consecuente no puede ser imparcial frente a estos dos nacionalismos y juzgar, por lo tanto, de acuerdo a factores circunstanciales: mayor o menor simpatía hacia la "mentalidad" de los pueblos en lucha, hacia la modalidad de su lucha, hacia los sufrimientos anteriores de uno u otro. Del lado árabe, tenemos un nacionalismo al que factores muy poderosos impulsan, por un lado, a adoptar estructuras socialistas globales y por el otro, a participar en la lucha contra la hegemonía del capitalismo imperialista. No se puede decir la misma cosa de Israel.

Este último punto debe ser no obstante demostrado suficientemente. Ya señalé que la economía israelí, aun incluyendo unidades de producción de tipo fuertemente colectivista así como redes de distribución cooperativas, tiene una estructura de tipo capitalista avanzado y depende orgánicamente de financiadores estrechamente insertados en la economía capitalista mundial, en primer lugar norteamericana. Pero ¿no podría Israel liberarse de sus cadenas y convertirse en un Estado objetivamente socialista, institucionalizando así la orientación subjetivamente socializante de muchos de sus habitantes?

Se puede responder que Israel encontraría muchas dificultades en la construcción de una economía socialista autónoma en un minúsculo ángulo del Medio Oriente. El alcance de su dependencia con respecto al exterior, verificada por los observadores más competentes, aun aquellos que le son más favorables, constituye la prueba más evidente. Pero esto no es, sin duda, lo esencial. La orientación filooccidental de la política israelí, a pesar de los esfuerzos por no alinearse en la primera fase del Estado no es, por cierto, casual.

La causa profunda radica en la hostilidad árabe. Ahora bien, esta hostilidad, —dígase lo que se diga— no puede dejar de existir dadas las condiciones coloniales de establecimiento de la población israelí en Palestina. Cualesquiera sean las justificaciones y las explicaciones que se den de este establecimiento el hecho sigue en pie. La reivindicación del naciona-

lismo árabe está orgánicamente ligada a la lucha del Tercer Mundo contra la hegemonía imperialista. No puede, es evidente, luchar contra el colonialismo europeo y al mismo tiempo tener una actitud de buena voluntad hacia el colonialismo israelí, que es, en gran medida, una de sus manifestaciones. Por eso, el mundo socialista no puede oponerse a las reivindicaciones árabes sin minar sus propias bases ideológicas. No puede apoyar al Estado de Israel en la lucha contra los árabes. Puede, a lo sumo, aconsejar a los árabes que acepten el hecho consumado, intentando que Israel abandone en la mayor medida posible, sus características coloniales. Por lo tanto, es fatal que Israel sea impulsado a buscar apoyo en otro lado, entre las potencias que tienen interés en oponerse a las reivindicaciones nacionalistas árabes y a la forma socialista que tienden a adoptar —al menos tendencialmente— según la dinámica que he tratado de describir. Israel no puede escapar a la ley elemental de toda política internacional según la cual los amigos deben buscarse entre los enemigos de nuestros enemigos.²⁰ Y es particularmente en virtud de esta ley que Israel ha encontrado tantas simpatías y complicidades en Francia, en la derecha y en el “socialismo” colonialista a la Guy Mollet. Si la izquierda accediera al poder en Israel, factores muy poderosos tenderían a hacerle adoptar, con algunos matices, la misma política de centro-derecha y de derecha. Estos son los factores que periódicamente impulsan a la izquierda israelí a la unión sagrada, como se ha visto a menudo con el Mapam y más recientemente con el partido comunista de Mikounis y Sneh.²¹ De donde se explica, en gran parte, la impotencia y el desarme de la izquierda israelí.

Los argumentos de los filo-israelíes basados en la presencia de elementos reaccionarios en la coalición árabe y en las grietas de la izquierda árabe son, pues, bastante vanos. Se puede llegar a afirmar que si todos los Estados árabes fueran reaccionarios, el socialismo mundial difícilmente podría

apoyar la causa de Israel. El carácter colonial de Israel seguiría existiendo y por lo tanto también *en este punto* el carácter anti-colonialista de la hostilidad árabe.

La lucha de los Estados árabes tendería, a la larga, a colocarse en el cuadro general de la lucha contra la hegemonía capitalista, la norteamericana en particular.

Se ve así que el argumento de los israelíes y filo-israelíes que ven en Israel un polo de desarrollo socialista en Medio Oriente, que habría inspirado y debería inspirar a los otros países de esta región, no puede ser aceptado más que en términos limitados. Es cierto que el ejemplo israelí ha podido suscitar emulación en algunos puntos y algunas estructuras israelíes pueden, como otras observables en otros lados, servir de ejemplo a los países árabes. Pero Israel no puede de ningún modo servir de modelo en lo que respecta al problema capital de los países árabes: desembarazarse del dominio de la economía imperialista mundial. Y si se imita en algunos aspectos, si hasta se admira a un adversario, esto no sirve, sin embargo, para atenuar la hostilidad frente a él. Una socialización total del Estado de Israel no suprimiría necesariamente el carácter colonial de este Estado, considerado desde el exterior y por consiguiente, el conflicto seguiría en pie.²²

¿Puede transformarse esta situación? No se ve más que una perspectiva en la que puede pensarse como posible tal transformación. Se verificaría en el caso de que Israel reclamase y obtuviese la posición de un Estado oriental como cualquier otro en lugar de ser una cabeza de puente de Occidente en tierra oriental. Esto presupone que Israel se haga aceptar por los países árabes vecinos, lo que es muy difícil y quizá imposible. Veamos, de cualquier manera, las condiciones mínimas de esta aceptación. Israel no puede ser aceptado en base a derechos histórico-míticos, a derechos religiosos compartidos también por otros, basándose en que —por el momento— tiene la fuerza de su parte. La aceptación sobre tales bases desencadenaría un permanente revisionismo entre los árabes

y sería de una precariedad evidente. Israel no puede ser realmente aceptado más que sobre la base del *do ut des*, de concesiones recíprocas, de reparaciones o de compensaciones ofrecidas a los árabes por la amputación de su territorio nacional. Es inútil decir que la *Blitzkrieg* reciente no ha hecho sino tornar más difícil este proceso.

No puede concebirse en un futuro próximo el abandono total por parte de Israel de la mitología sionista que le sirve de legitimización. Se puede sin embargo exigir que la deje a un lado en sus relaciones con los árabes, que comience al menos a atenuar sus corolarios prácticos. Debería abandonarse la apelación a una inmigración indefinida de todos los judíos del mundo, amenazadora para los árabes en la medida en que exige una tendencia constante hacia la expansión. Esto supone (cuando menos) una adaptación de la famosa Ley del Retorno, un control de la inmigración que no debería practicarse en amplia escala sino en los casos de persecución antisemita, que es de esperar sean ya excepcionales. Por otra parte, también en estos casos, Israel debería renunciar a una propaganda que presente a las víctimas el refugio palestinese, como el único posible, como sucedía en el pasado. Después de todo, la inmensa mayoría de las víctimas de los *progrom* zaristas encontró refugio en una época en Europa Occidental y en los Estados Unidos, no en Palestina. Los judíos argelinos emigraron en su gran mayoría a Francia, no a Israel.

En Israel es posible una orientación hacia este tipo de política, aún por parte de elementos realistas que no se ubican necesariamente en la izquierda. Hay indicios según los cuales los primeros pasos del gobierno de Levi Eshkol, que, aun permaneciendo fiel a la ideología sionista, podían impulsar objetivamente a Israel por este camino, fueron enfrentados por el grupo militante del Rafi (Ben Gurion, Dayan, Peres) y por sus cómplices en el ejército. No es imposible que las circunstancias que llevaron a la guerra de los seis días se revelen al historiador del futuro, como provocadas (al menos en par-

te) por este grupo, ansioso de detener una política a su entender catastrófica y de recuperar el poder que las elecciones le habían arrancado.²³

Se marcharía así hacia una de-sionización de Israel que aparece como la única posibilidad —aún cuando aleatoria— de una salida pacífica a la situación creada por el asentamiento sionista. En un artículo aparecido en *Rinascita* he esbozado las consecuencias positivas que tendría esta de-sionización, con mucho optimismo con respecto a las posibilidades de realización inmediata de esta perspectiva.²⁴ Pero los factores permanentes siguen existiendo. Tanto para la izquierda israelí como para la izquierda árabe, un Israel de-sionizado representaría la condición para una nueva salida. Los que se preocupan por el porvenir del socialismo no pueden menos que sostener esta posición.

Frente a los Estados árabes ya no se encontraría un Estado de Israel de ideología racista, sometido perpetuamente al chantaje clerical, impulsado por las circunstancias a una permanente hostilidad hacia el mundo árabe, a la agresión preventiva, a la búsqueda de apoyo imperialista. Existiría un Estado oriental como otro cualquiera.

El predominio numérico ahora casi asegurado, de los judíos originarios de los países árabes en Israel, esta orientalización interna tan temida particularmente por Moshe Dayan, podría favorecer dicho proceso. Seguramente lo favorecería también el deterioro del antisemitismo europeo. Se podría volver a la época en que el número de los emigrantes judíos que dejaban Israel prevalecía (como se verificó antes de Hitler en 1927 y nuevamente en 1953) sobre el de los inmigrantes que se dirigían allí.²⁵

No es posible ocultarse los poderosos obstáculos que encontraría tal evolución. Sin embargo, esta parece ser la única solución concebible que no desemboque en una tragedia ya que la aceptación de Israel tal cual es, sin compensaciones, representa una capitulación incondicionada ante un hecho colonial

consumado que ningún movimiento progresista árabe puede aceptar sin condenarse a muerte. Esto es suficiente para que el movimiento socialista en escala mundial considere un deber propio hacer todo lo posible para ayudar la evolución de Israel hacia la de-sionización. Mientras tanto, el movimiento socialista no puede condenar en sí la hostilidad de los árabes hacia Israel. Solo puede extraer razones de su apoyo al socialismo árabe para pedir a los socialistas árabes que presten atención a las modalidades de esta oposición. Colocada en primer plano, y con un tono frenético, facilita en sus países el predominio, siempre peligroso, de los valores nacionalistas sobre los socialistas. Concebida así, favorece a los reaccionarios —muchos y poderosos, y en la práctica más bien pasivos frente a Israel²⁶ y dispuestos a confabularse con él²⁷ —a oponerse al movimiento hacia el progreso social. La formulación del objetivo de esta hostilidad como destrucción de Israel puede ser irrefutable desde el punto de vista teórico. Prácticamente, en las condiciones actuales, los socialistas tienen el derecho de exigir a sus compañeros árabes que renuncien o al menos expliquen que se trata solamente de la destrucción del Estado tal como es actualmente. Se puede hacer notar a los árabes en primer lugar, que jamás formularon un programa que indicase el estatuto que acordarían a la población judía de Palestina, mientras que el FLN, por ejemplo, formuló un programa positivo concerniente al futuro *status* de la población europea en la Argelia independiente. Esta laguna permitió a los sionistas presentar como programa oficial del movimiento árabe la destrucción física de los judíos de Palestina, reclamada por personajes discutibles pero responsables como Choukeiri. Y sus repercusiones en la opinión mundial de derecha y de izquierda son bien conocidas.

Más en profundidad, la liquidación de la colectividad judía de Palestina, actualmente encuadrada en la estructura del Estado israelí, estaría sin duda acompañada por catástrofes humanas ante las cuales no se puede más que retroceder. Pri-

varía al Medio Oriente de valores humanos importantes, de cuadros técnica e ideológicamente bien preparados de los que trágicamente necesita. Un Israel de-sionizado evitaría estas catástrofes, permitiría una cooperación técnica recíprocamente ventajosa, liberaría de las hipotecas nacionalistas la lucha por el socialismo de ambas partes. Los europeos, socialistas o no, tienen pocos méritos para exigir de los árabes la aceptación en la forma actual del hecho consumado del asentamiento colonial israelí. Pero tienen el derecho de defender entre sus amigos esta formulación del objetivo de su lucha: coexistencia pacífica con un Israel de-sionizado.

Es obvio que si todo fracasa, si la marcha hacia la catástrofe continuara inexorablemente, las responsabilidades recaerían al menos tanto sobre quienes crearon una situación difícilmente aceptable como sobre quienes se han negado a aceptarla.

Víctor Leduc

Sobre el conflicto árabe-israelí

Para un racionalista no existe quizá un problema más difícil de abordar que éste. Lo cual constituye una razón suplementaria para no evitarlo. Rehusar hoy a tomar como tema de discusión la cuestión que suscita las más vivas pasiones sería para nosotros una especie de renuncia.

Y si nos parece necesario limitar el debate, sólo es para respetar el marco de este artículo, que no es el de un estudio, sino el de simples reflexiones sobre la actualidad. No se trataría entonces de considerar la cuestión judía como tal, ni la historia de las relaciones árabe-israelíes, ni de decidir sobre las responsabilidades de unos y otros.

Se trata solamente, frente a una situación que cada uno entiende como dramática y llena de peligros muy próximos, de expresar un punto de vista —lo más racionalmente motivado que sea posible— acerca de los medios de conjurarlos, si es que existen.

Las reflexiones presentadas no tendrían otro resultado que contribuir a desapasionar el debate, recordando algunos principios a los que adherimos en común y ciertos datos de los que cada uno debe tomar nota, ya que no serán inútiles.

Un racionalista no podría dejarse contaminar por el racismo, ya sea antijudío, judío, árabe o antiárabe. No podría además tener por válidas las justificaciones de esencia religiosa que se apoyan sobre los “libros sagrados”, la existencia de “lugares santos”, la “ley del profeta”, etc.

Es preciso comprobar que los adversarios enfrentados no han llegado, ni unos ni otros, a laicizar sus instituciones políticas, lo cual no deja de dar a su conflicto una dimensión suplementaria, y de las más importantes.

Sin embargo, los datos nacionales bastarían para volverla inevitable. Un Estado, poblado hoy por dos millones y medio de hombres, ha sido creado hace veinte años, bajo los auspicios de las principales potencias mundiales pero con la hostilidad de los Estados árabes. No es indiferente conocer que estos hombres son judíos, muchos de los cuales han huído de los progroms, de las persecuciones raciales o son sobrevivientes del genocidio hitleriano. Tampoco es indiferente saber que esta instalación fue acompañada del éxodo de cientos de miles de palestinos que vivían en ese territorio y que, desde entonces, llevan una existencia precaria en campos de refugiados en varios Estados árabes.

Este problema habría sido suficiente para crear una situación explosiva, aún si las rivalidades de intereses y los conflictos políticos y estratégicos entre las grandes potencias no hubieran agudizado rápidamente y de todas las maneras las tensiones entre árabes e israelíes.

Considerándose —con o sin razón— amenazado en su existencia, Israel ha librado dos guerras victoriosas, pero sin poder concluir una paz.

¿Es posible la paz? ¿En qué condiciones? Tal me parece que debe ser el verdadero objeto del debate.

Desear la paz, buscar las vías de la paz, es en primer lugar combatir las posiciones irracionales, en el sentido más elemental de la palabra, puesto que no se adaptan al fin perseguido. Me limitaré a evocarlas. La posición de aquéllos que, en Israel y en otros sitios, ven en la conquista, la expansión territorial y la supremacía militar los medios de garantizar la seguridad, esa posición me parece irracional. Este "realismo" no sólo es de muy corto alcance, puesto que quiere ignorar que las relaciones de fuerza están sujetas a bruscas variacio-

nes para naciones que dependen tan estrechamente del juego de la política mundial, sino que además, al dejar abierta e incluso agrandar esta herida que es el exilio de los pueblos palestinos, las soluciones de fuerza no hacen más que agravar el conflicto fundamental.

Es por lo menos tan irrealista buscar la destrucción del Estado de Israel, si no la de sus habitantes, como se ha dicho en vísperas de la guerra de los seis días. Esta actualización de la "solución final" se estrelló y se estrellará contra una insuperable coalición de los interesados y de la conciencia universal.

Pero si se reconoce el hecho israelí, el derecho de Israel a la existencia nacional, es preciso reconocerle todas las prerrogativas de un Estado soberano, el derecho a fronteras que garanticen su seguridad, la libertad de navegación, de comercio, etc.

Sin embargo, los acontecimientos han mostrado que no habrá paz en Medio Oriente mientras no sea reconocido otro hecho nacional, el hecho palestino.

Paradojalmente, es quizá en el surgimiento de la conciencia nacional palestina donde reside la verdadera esperanza. El advenimiento del pueblo palestino da a Israel la posibilidad de extirpar las raíces del conflicto suscitado por su tardía reinstalación en el Medio Oriente, buscando, de igual a igual, con aquéllos que han sido sus víctimas, los caminos de una coexistencia pacífica, ya sea en el interior de un mismo Estado, ya entre dos Estados complementarios.

Enero de 1969.

IZQUIERDA ÁRABE E IZQUIERDA ISRAELÍ

Estoy de acuerdo en conjunto con las posiciones expresadas por Víctor Leduc. Quisiera proponer, simplemente, un complemento y bosquejar en seguida "un punto de vista —lo más racionalmente motivado que sea posible— acerca de los medios" de conjurar los peligros de guerra.

Un complemento: dos millones y medio de judíos han creado hace veinte años el Estado de Israel "bajo los auspicios de las principales potencias mundiales". Pero estas mismas potencias preconizaban una partición de la Palestina. ¿Dónde está el Estado palestino árabe previsto hace veinte años?

Quisiera igualmente recordar que, si no es indiferente conocer que esos judíos eran sobrevivientes del genocidio hitleriano, las masas árabes y especialmente palestinas no tienen nada que ver con ese genocidio, por más que ciertos jefes religiosos o políticos árabes tuvieran simpatía por el nazismo, y aún si se ven aparecer en el mundo árabe actual formas horribles de racismo antijudío.

Tratemos de pasar a los medios "racionales" de resolver la crisis. (Uso comillas, puesto que la racionalidad en este dominio se llama política, y la política para un marxista como el que escribe reposa sobre la lucha de clases). Leduc señala que la actualización de la conciencia nacional palestina encierra quizá la verdadera esperanza. Así lo pienso. ¿Pero de qué conciencia nacional se trata? He visitado en 1967 los campos de refugiados en los alrededores de Gaza. Allí vivían los palestinos desde hacía dieciocho años en indescriptibles condiciones de miseria, a pesar de que los grandes comerciantes de la ciudad los rechazaban como a leprosos, y que a algunos cientos de metros de la entrada de los campos sin agua, se levantaba la suntuosa mansión de ladrillos, con

piscina en el jardín y grandes ventanales del señor Choukeiri, "su" líder. Es quizá un mérito de la guerra de los seis días haber barrido los pequeños señores feudales y los grandes explotadores palestinos para dejar el pueblo palestino solo, sin duda, y aún completamente aislado, pero desembarazado de sus explotadores más evidentes, en colusión contra él con las diversas burguesías árabes del Medio Oriente. Los palestinos han aprendido que no pueden contar más que con sí mismos.

Sabemos que la reivindicación nacional no es necesariamente portadora de progreso de una sociedad donde la decisión pertenezca a los trabajadores y a las capas más humildes. Existe siempre un riesgo, por el contrario, de ver al nacionalismo triunfar sobre las exigencias de progreso social. Sería aventurado creer que la resistencia palestina en su forma actual es automáticamente una fuerza socialista; y ningún texto, por ejemplo de Al-Fatah, autoriza semejante interpretación. No obstante, es preciso subrayar dos hechos:

1º) Las declaraciones oficiales de la resistencia palestina han cambiado totalmente de tono desde hace dos años. En 1967 sólo se hablaba de "arrojar los judíos al mar". Hoy, se habla de "el Estado palestino independiente y democrático, cuyos ciudadanos, cualquiera sea su confesión, gozarán de iguales derechos".* Que se trate aquí, actualmente al menos de una utopía, y cualesquiera sean las motivaciones de este cambio de tono, es preciso tomarlo en cuenta y a partir de él intentar pensar las cosas en su proceso de evolución;

2º) Desde hace algunos meses, las grandes potencias parecen crecientemente impacientes por alcanzar para el Medio Oriente lo que llaman una solución. Hecho que a mi modo de ver debe interpretarse de la siguiente manera. El desarrollo cuantitativo (debido a la ocupación israelí) y sobre todo

* Resolución del Comité Central de Al-Fatah, del 1º de enero de 1969.

la evolución cualitativa de la resistencia palestina hacen temer a los gobiernos del Líbano, de Israel, de Jordania e incluso de Egipto una conmoción de la estructuras sociales, económicas y políticas en el Medio Oriente. Para conjurar ese peligro, para salvar un *statu quo* que protege los inmensos intereses de todos los grandes, es necesario cualquier solución entre los Estados existentes, y es claro que el pueblo palestino pagará los gastos; ese pueblo cuya lucha puede convertir en revolucionario... y un ejemplo contagioso.

Insistamos: no se puede pronosticar hoy una evolución socialista de la resistencia palestina. Todo lo que se puede decir es que si debe producirse una evolución en profundidad de todas las sociedades del Medio Oriente, sólo puede partir de ella. Las burguesías árabes locales no se engañan, y hacen todo lo posible por trabar la resistencia palestina.

De estos hechos extraigo tres conclusiones:

1º) La resolución del Consejo de Seguridad del 22 de noviembre de 1967 y las numerosas actividades políticas que se inspiran en ella están históricamente perimidas, puesto que no tienen en cuenta el hecho nacional palestino. Sólo hablan del "problema de los refugiados". ¿Cuántos años de lucha del pueblo palestino serán necesarios todavía para que la opinión pública mundial tenga en cuenta la existencia de hecho de esta nación palestina impedida de nacer, primero por la era colonial y luego por la creación de Israel?

La actitud formalista, que consiste en equiparar el Estado de Israel con el Estado palestino árabe, es insostenible, porque parece olvidar que el primero de estos Estados existe y el segundo no. De hecho este formalismo es una consecuencia de una actitud finalmente no racional que consiste en no tener en cuenta, en la reflexión y la acción política, los niveles relativos de desarrollo de las sociedades consideradas.

2º) La verdadera negociación que traerá la paz en esta parte del mundo no debe realizarse entonces entre las gran-

des potencias, ni tampoco entre Israel y los Estados árabes actuales, sino entre Israel y los palestinos (entendiendo que los territorios sirios y egipcios actualmente ocupados serían devueltos a sus respectivos gobiernos). Esto es así en tanto sólo se tiene necesidad de negociar con quienes se combate. Hemos sido varios en repetir esto, en Francia, entre 1954 y 1962.

3º) ¿Concretamente, podemos nosotros actuar? Lo creo. Es preciso, como algunos lo hacen desde hace años, jugar si así puede decirse clases sociales contra naciones y nacionalismos. Es decir, especialmente, dirigirnos a nuestros camaradas de la izquierda árabe y de la izquierda israelí para recordarles que, a pesar de las apariencias, sus causas son idénticas. La izquierda árabe se ha engañado librándose especialmente en 1967 a una política ultranacionalista. Con ello ha reforzado a las derechas y extrema derechas árabes sin desarrollarse ni protegerse a sí misma. Y sobre todo ha "torpedeado" a la izquierda israelí, que libraba un combate ya difícil. Esta misma izquierda israelí no debería participar más de la actual coalición nacional, ni sostenerla. Que deje la responsabilidad de las operaciones de comando brillantes pero que no resuelven nada, a Dayan y a Beghin, y que luche como es su vocación contra el anexionismo y el militarismo, por un alejamiento de la influencia norteamericana y por una real integración de Israel al Medio Oriente. Tales son, por otra parte, los verdaderos intereses a largo plazo del Estado de Israel y de su pueblo.

¡Es fácil dar consejos! Sobre todo a 3.000 km. de distancia. Incluso es un poco escandaloso, cuando se pertenece a esta izquierda francesa que ha dado a menudo prueba de su impotencia. Así yo no me permitiría las sugerencias expresadas si no supiera, por contactos muy directos, que los camaradas árabes y los camaradas israelíes son cada vez más numerosos en formularlas primero.

Para que las esperanzas, si existen de este lado, se concreten, es necesario expulsar las pasiones y dirigirse a la razón. Pero ello no es suficiente: es preciso que esta razón, más que presente, sea *militante*.

Por eso me complace que se abra aquí, públicamente, un debate.

2 de febrero de 1969.

Post-scriptum:

Kamal Nasser, miembro del nuevo comité ejecutivo de la Organización de Liberación de Palestina, declaró el pasado 4 de febrero: uno de nuestros principales objetivos es ganar para la causa de Palestina laica y democrática a capas cada vez más grandes del pueblo israelí, con las cuales sabemos que podemos convivir armoniosamente. No queremos que los judíos abandonen nuestra patria común", etc. Retengamos, en estas reflexiones, una nueva prueba positiva de la evolución de la conciencia palestina hacia soluciones políticas racionales y constructivas. Que el pueblo de cultura judía (de culturas judías sería más exacto) desee o crea necesario proteger su seguridad, su o sus culturas, y todos los elementos de su personalidad mediante instituciones de tipo estatal, es a mi juicio su derecho imprescriptible, sean o no reales las amenazas que siente. Está claro que este mismo derecho existe para *todas* las comunidades sin excepción, y ninguna puede servirse de sus legítimos instrumentos de *protección* para amenazar, a su vez, a otra comunidad. Razonablemente, es entonces hacia un futuro de *federación de Estados* que se dirigiría el Medio Oriente, fórmula que también será superada, pero en un porvenir actualmente imprevisible. Esta fórmula está por otra parte más de acuerdo que cualquier otra con la realidad sociológica, psicológica e histórica de esta parte del mundo.

Para mí permanece como esencial que todas las comunidades evolucionen hacia una vida democrática, laica y socialista. Si se consiguen estos puntos, "me importan un bledo las fronteras".

8 de febrero de 1969.

ERNEST KAHANE

ESTIMULAR UNA FRATERNIDAD DE BASE SOCIAL

No puedo resistir al pedido de Leduc: sólo por cobardía rehusaría escribir algunas líneas para expresar una opinión sobre este desgarrante conflicto, que amenaza tomar la importancia de la atroz guerra de Vietnam, antes de que éste haya terminado, y quizá con características de mayor atrocidad.

Lo que puedo decir refleja un pensamiento angustiado más que un juicio racional. Quizá el punto de partida de mi reflexión sea sin embargo un postulado capaz, bajo su forma teórica, de conseguir unanimidad: todo hombre, toda colectividad, tiene derecho a la vida, a un mínimo de seguridad en las perspectivas de sobrevivir, y al ejercicio de sus facultades en el sentido de sus propias tradiciones.

Ahora bien, se comprueba que la seguridad se aleja como un milagro a medida que crece el dominio del hombre sobre las fuerzas naturales, dominio que debería precisamente garantizar la seguridad. Esta no está asegurada en ningún lado, pero nadie puede desprender su pensamiento de los puntos del globo donde reina o amenaza la explosión. A la medida de sus fuerzas, cada uno debe obligarse a buscar una solución para los conflictos en curso, tanto por solidaridad humana como por la preocupación por su propia suerte, liga-

da a la de los protagonistas y víctimas de toda conflagración.

Esta búsqueda pertenece al dominio de la razón, pero no únicamente a él. La razón no puede pronunciarse más que con buen discernimiento, es decir, en posesión del máximo de informaciones ciertas sobre las causas próximas y lejanas que han creado el conflicto o resolver, así como sobre las aspiraciones reconocidas u ocultas de las partes enfrentadas, con todo lo que se disimula detrás de ellas. Aquél que conociera todos estos resortes cumpliría por cierto con la condición necesaria del análisis racional. Pero la condición necesaria no es una condición suficiente, ya que la información no pone a cubierto de los impulsos nacidos de ideas preconcebidas, de las simpatías, de los intereses que alteran la serenidad de juicio.

No soy para nada el personaje más informado en cuestión, mi razón está desorientada por la oscuridad del conflicto, y mi posición de racionalista me impide dejarme guiar sólo por mis ideas preconcebidas. ¿Qué luz puedo aportar que tenga posibilidad de contribuir a mostrar el deber?

Es claro que estoy de acuerdo con el análisis de Leduc, cuando separa como ilegítimos los argumentos racistas o religiosos invocados por algunos que encuentran en ellos la causa permanente de la animosidad entre israelíes y árabes. Cualquiera sea la persistencia real de las oposiciones étnicas o confesionales, sólo adquieren una agudeza dramática cuando sirven de biombo a rivalidades muy concretas.

Mientras no se definan y denuncien los intereses que ocultan los actuales enfrentamientos me parece ilusorio esperar comprender su causa y sus objetivos. La implantación y el desarrollo de las dos comunidades, la paz y seguridad a que aspiran quienes las componen, están comprometidas por una propaganda que usa simples pretextos para agudizar las animosidades y cuyo efecto más claro es destruir lo que por el contrario se trata de preservar.

Lo repito porque es quizá el único punto estable de doctri-

na al que puedo referirme: toda comunidad es respetable en su aspiración a la supervivencia de los que la componen y a condiciones humanas de existencia. Si es verdad que las comunidades israelí y palestina, lejos de ser estos bloques monolíticos que presenta la forma mistificadora de los nacionalismos, poseen cada una contradicciones internas que se silencian públicamente en los períodos de crisis, se debe preguntar en qué medida el epifenómeno, la actitud homogénea y no el mecanismo del fenómeno, el conflicto interno del tipo lucha de clases es lo que trata de disimularse. El asunto no tiene solamente una importancia teórica, puede dirigir el modo de acción con vistas a prevenir o mitigar los enfrentamientos.

Creo sinceramente, en efecto, que no es siempre actuando sobre las causas fundamentales, que son profundas y lejanas, que puede actuarse sobre una crisis de manera inmediata. Creo que en el dominio sociológico sucede como en medicina, donde a menudo el remedio de fondo no puede sino aplicarse en frío. Cuando es necesario intervenir en caliente, a menudo es preferible actuar exclusivamente sobre el síntoma, so pena de ver desaparecer el problema con el enfermo.

Como todas las imágenes, esta comparación es débil y engañosa tomada al pie de la letra. Si tiene un mérito, es el de mostrar que no es necesariamente una posición idealista interesarse en las causas inmediatas, remitiendo para más adelante —una vez recuperada cierta serenidad— la preocupación por estudiar las causas iniciales e intentar colocarlas fuera de circulación.

Si esto fuera justo, y para actuar en lo más urgente, sería legítimo examinar como tales las causas inmediatas del conflicto, desnudar los artificios por los que se ha creado la paradójica unidad que reina en cada uno de los antagonistas y como consecuencia imaginar el medio capaz de estimular en una y otra parte, de una parte hacia la otra, una frater-

nidad de base social, la única que reposa sobre bases concretas a ojos de un materialista.

En este sentido, el factor cuya desmitificación es más urgente dentro de las amenazas que pesan en el Medio Oriente sería la solidaridad étnica muy real que funda los nacionalismos, y que es explotada y desarrollada para ocultar las rivalidades entre los grupos sociales.

La explotación del hombre por el hombre, base de las sociedades tradicionales, ¿no encuentra por otra parte un aliento para su agravación en esta solidaridad mistificada, acaso no toma un carácter étnico horizontal sobreagregado a su carácter clásico de corte vertical en clases sociales? El antiguo o nuevo colonialismo, el imperialismo en todas sus formas, se superponen a los conceptos fundamentales del marxismo, y alteran la situación mundial multiplicando los riesgos de explosión al canalizarlos hacia las rivalidades étnicas que agudizan.

La solidaridad nacional posee quizá, y lo creo, un rostro puramente cultural, progresista y simpático, pero no lo investigaré por ahora. La sangrienta competencia mundial sustituye a esta idílica solidaridad una animosidad activa contra toda solidaridad semejante que se erija a su frente, y más o menos abiertamente cultiva entre los suyos un nefasto sentimiento de superioridad étnica.

Este mecanismo bien asentado, estoy de acuerdo, no es más que la traducción de motivaciones más profundas. Pero sin embargo a mi manera de ver, y a riesgo de ser acusado de idealista, es contra lo que se vincula a esta mentalidad entre los actuales antagonistas que es preciso luchar en lo inmediato y con el máximo de energía.

¿Es esto lo que se proponen los Cuatro Grandes, que deben concertarse sin tardanza sobre la iniciativa golista? Es darles mucho crédito esperarlo, y es de temer que su medio de acción sea una vez más la maniobra de intimidación, que agregará el rencor de la frustración a todos los otros senti-

mientos malsanos a favor de los cuales se ha presentado la guerra como el supremo recurso.

¿Puede esperarse de los Cuatro Grandes que luchen con sinceridad y eficacia contra el espíritu de superioridad, contra el chauvinismo, ya sea desdeñoso o agresivo? ¡Que no tomen como ejemplo, y que muestren en cambio lo que tiene de nefasto la muy conocida fórmula de *Right or wrong, it's my country*, la expresión más acabada del nacionalismo cerrado a todo espíritu crítico!

Si, los Cuatro Grandes podrían ejercer una influencia favorable, ¡pero bajo la utópica condición de ser capaces de proponer a la imitación de los otros pueblos una real fraternidad, sin reservas, de la cual ellos darían el ejemplo! Por este acto renunciarían a presentarse como maestros del pensar y del vivir, y a proponer la panacea del modo de vida americano, francés, judío o árabe como condición previa de toda fraternidad.

13 de febrero de 1969.

MAXIME RODINSON

ACERCA DE ALGUNOS COMPORTAMIENTOS IRRACIONALES

Intentaré ser yo también racional (lo que he comenzado hace tiempo) en mi análisis del conflicto de Palestina. Pero nada es tan difícil y los comportamientos irracionales acechan a cada paso de quien lo razona. Me parece que muchos racionalistas han cedido a tales comportamientos en el pasado. Creo que V. Leduc y O. Revault d' Allonnes tampoco están completamente indemnes. Quizá yo tampoco. Es pre-

ciso ser muy modestos sobre nuestra aptitud de manejar la herramienta que constituye nuestra razón, Me limito a señalar lo que me parece racional e irracional en estos análisis como en los análisis corrientes (en parte), y luego proponer algunas observaciones sobre lo que me parece por el contrario una actitud positiva racional.

Es irracional, en la actitud de todo un vasto sector de la opinión europea (comprendiendo a muchas personas de izquierda y aún de racionalistas):

1º) Aplicar dos pesas y dos medidas en la apreciación de un fenómeno de tipo colonial según los colonos sean o no judíos; dejo de lado los sofismas gracias a los cuales se intentó justificar esta actitud. No quiero decir en absoluto que la colonización judía en Palestina no haya tenido rasgos particulares.

2º) Creer en una esencia judía que preservaría a los judíos en todos lados y siempre, de adoptar una actitud dominante, explotadora, racista, etc., de practicar la violencia, los subterfugios, la mala fe y todas las otras armas habituales de la política, de utilizar eventualmente la tortura, por ejemplo. Esta pretendida inmunidad respecto de las costumbres normales de la humanidad en lucha se supone derivada del hecho de que ellos han sido sus víctimas y que eran susceptibles de volver a serlo. Del hecho de haber sido víctimas se los supone dotados de una esencia de víctimas, de una incapacidad de ser otra cosa que víctimas. Aquí hay un ejemplo que podría convertirse en clásico de la conducta de pensamiento que el marxismo vulgar llamó metafísica. Es notable e instructivo que mucha gente que se proclama marxista o de pensamiento racional desmitificado hayan adoptado esta conducta, que muchos la adopten todavía a pesar de los enérgicos desmentidos de la realidad. Por ejemplo, Jean Daniel, en un reciente número de *Nouvel Observateur*, rehusa visiblemente admitir que los judíos puedan recurrir a la

tortura. Reclama muchas más pruebas que si se tratara de venezolanos, por ejemplo. Del mismo modo, si O. Revault d'Allonnes habla de "formas horribles de racismo antijudío" entre los árabes, no habla del racismo antiárabe entre los israelitas. Hay indicios de que éste ha tomado en ocasiones formas horribles, especialmente en la presente fase. Es posible que su tradición cultural (en el sentido etnológico de la palabra cultura) haya condicionado diferentemente a los dos pueblos en este sentido. En ambos lados existen individuos con reacciones humanas y otros con reacciones salvajes. También existen formas diferentes de crueldad. Es difícil hacer comparaciones en escala global. Creo en todo caso que no serían tan formidablemente desfavorables a los árabes como se lo supone en Occidente. Aún sin hablar de casos recientes que llegarán a ser bien conocidos —y teniendo en cuenta la eliminación de las exageraciones de la propaganda árabe— he oído relatos sobre las torturas infligidas por los servicios policiales sionistas a los judíos antisionistas en Palestina en tiempos del mandato británico. Es asimismo instructivo leer el testimonio de Jacques de Reynier, jefe de la delegación del Comité Internacional de la Cruz Roja en Palestina en 1948, sobre la masacre de Dair Yassin.* Naturalmente, no digo esto para injuriar a los judíos (soy uno de ellos) ni tampoco a los israelitas, ni para afirmar que no han existido atrocidades árabes. En todo grupo humano hay individuos capaces de gestos de ese género. Sólo protesto contra el postulado irracional de que los judíos constituirían una excepción.

3º) Rechazar como antisemita (es decir como surgido de una ideología que atribuye a todos los judíos una esencia malhechora) toda protesta contra las acciones de un grupo dado de judíos (en este caso los sionistas), aún si en la oportunidad esta protesta tomaba una forma antisemita. Los ac-

* *A Jérusalem un drapeau flottait sur la ligne de feu*, Neuchâtel, La Baconnière, 1950, p. 69 y ss.

tos de cada individuo y de cada grupo deben ser juzgados independientemente de la ideología dentro de la cual se quiere encuadrar la denuncia — lo que no impide condenar eventualmente el hecho de haber elegido esta ideología como marco. El chantaje del antisemitismo, absurdo racionalmente, llega al resultado no menos absurdo de constituir a los judíos en una categoría tabú. Lo cual sólo se justificaría si todo judío o grupo de judíos únicamente pudiera pensar bien y querer y hacer el bien. La razón se rebela frente a este postulado. Por añadidura se trata de una actitud no sólo irracional, sino malsana para aquéllos que serían sus aparentes beneficiarios. Las actuales circunstancias en Europa Oriental me obligan todavía a insistir sobre un aspecto de las cosas. Se ha utilizado de modo odioso la acusación de antisionismo para disfrazar maniobras apoyadas en el antisemitismo en objetivos políticos dados. Es necesario condenar de la manera más vigorosa, por la razón y la ética, esta maniobra. Pero no puede extraerse la conclusión de que todo antisionismo es el disfraz del antisemitismo, y menos aún de que toda crítica del sionismo debe condenarse. Esto por razones de la lógica más elemental.

Me parece que los tres errores que acabo de denunciar comienzan a estar menos difundidos entre el público de izquierda, aunque aún estén presentes la suficiente como para que su crítica no sea inútil. Otros están todavía en plena vigencia.

Es a mi juicio irracional:

1º) Reducir este conflicto, que es un conflicto nacional, una lucha entre dos grupos "étnicos" (en el sentido más vasto) por el control de un territorio, a una lucha de clases —aunque esto tenga la apariencia de ser marxista y que lo sea en el sentido del marxismo ideológico vulgar (me permito remitir al análisis y definición de este término que doy en mi artículo "Sociologie marxiste et idéologie marxiste", en

Diogène, 64, 1968, pág. 70-104). Plantear como Revault d'Allonnes que "la política reposa (exclusivamente) sobre la lucha de clases" es contrario al análisis racional de los hechos históricos y sociológicos, a pesar de la lírica frase de Marx en el *Manifiesto*, desmentida por su obra histórica y sociológica. Conocemos por la historia múltiples casos de luchas entre grupos étnicos y naciones que conciernen por cierto a la política pero no pueden reducirse a una lucha de clases. Aún en los casos de luchas internas en las sociedades de clase, existen múltiples casos de luchas políticas (es decir, luchas por el poder) que mantienen relaciones complejas con las luchas y competencias entre las clases (y todavía serían preciso definir lo que se entiende por clases), pero que no pueden reducirse a ellas.

En escala local se trata en Palestina de una lucha entre todas las capas de la sociedad israelí (con excepciones individuales provenientes de todas las capas y, sólo quizá en el porvenir, excepciones colectivas identificables más o menos a capas sociales dadas) y el conjunto de la sociedad palestina —incluso si determinadas capas sociales de esta última sociedad puedan estar inclinadas a sostener con menos ardor la causa común o aún o traicionarla.

En escala internacional, se trata, es verdad, de una lucha entre un pueblo ubicado colectivamente entre el vasto grupo de los pueblos subdesarrollados y explotados por los pueblos desarrollados y, por otra parte, un pueblo desarrollado que se apoya en sociedades aún más desarrolladas que la suya. Pero por un lado no se puede asimilar, simplemente y sin complicaciones, la lucha entre desarrollados y subdesarrollados a una lucha de clases. Por otro, me parece claro que el problema no se reduce a esto. Israel se ha insertado en el mundo árabe en el cuadro de esta lucha y gracias a ella. Pero ahora está animado de un deseo de vivir tal que puede pensarse que se esforzaría en continuar su propia lucha incluso si fuera abandonado por el conjunto de los países des-

arrollados. Asimismo, si los países árabes se convirtieran en desarrollados y explotadores del Tercer Mundo, al cual escaparían así, continuarían su lucha con tanto más vigor contra la usurpación israelita de su territorio nacional.

Aquí también encontramos una extrapolación irracional explicable entre los árabes por la tendencia normal a la maximización ideológica de su causa, y entre la izquierda europea por este mismo factor e incluso por el modo de pensamiento "metafísico" al que hacen mucho mal en adherir, entre otros, los espíritus de cultura filosófica.

2º) Es igualmente irracional suponer que la izquierda israelí tiene por naturaleza una vocación internacionalista. Las tendencias de izquierda en cada sociedad representan el partido del movimiento, la voluntad de progreso político y social, la defensa de los grupos menos favorecidos, la reivindicación de una participación más importante de estos grupos en las decisiones políticas y en las ventajas producidas por el trabajo social. La ideología progresista que traduce estas tendencias (superándolas como en toda ideología) vuelven, *en principio y globalmente*, más receptivos a las ideas internacionalistas, a la ideología de fraternidad de los pueblos, a los grupos de izquierda que a los otros. Pero su tendencia primordial se sitúa en el plano de la política interna. Cuando un problema fundamental pone en juego los intereses de la comunidad nacional en su conjunto, los grupos de izquierda (al menos una gran parte de ellos) eligen frecuentemente sus opciones en función del interés nacional, más o menos bien entendido, y no en función de las exigencias del ideal internacionalista. Lo demuestran múltiples experiencias. Sólo citaríamos la actitud de la mayoría de la comunidad francesa de Argelia (comprendiendo numerosos elementos comunistas y socialistas) en el momento de la guerra de Argelia.

3º) Es irracional negarse a ver las implicaciones irracionales y peligrosas de la ideología sionista: principio de los de-

rechos históricos de un elemento de población sobre un territorio derivado del hecho de que sus antepasados lo han habitado dos mil años antes, derechos que se plantean como superiores a los del pueblo que lo habita en el presente; principio de la solidaridad incondicional impuesta por la fuerza de la presión moral a personas a las que liga solamente una ascendencia común con un movimiento y un Estado acerca de cuya política no tienen ningún control, etc.

4º) También es irracional confundir constantemente, como se lo hace por lo general, los derechos de la comunidad nacional israelí judía y los derechos supuestos de la estructura política que esta comunidad ha sido llevada a darse, a saber, el Estado de Israel con su estructura muy particular tendiente a mantener por disposiciones orgánicas el carácter judío del Estado (lo cual uno está obligado a llamar muy objetivamente disposiciones racistas, incluso si se les encuentra excusas) y también con las orientaciones permanentes que le han dado sus condiciones de implantación en el Medio Oriente y que son por lo menos de muy difícil superación: tendencia a apoyarse en protectores lejanos e interesados, tendencia a imponer su reconocimiento y su seguridad por golpes de fuerza eventualmente preventivos dirigidos a sus vecinos.

En pocas palabras, para comenzar a pensar racionalmente el problema árabe-israelí y palestino-israelí, es preciso por lo menos:

— dejar de lado los esquemas y los mitos de propaganda difundidos en ambos lados, pero de los cuales sólo los que provienen de Israel han conseguido en la opinión pública europeo-americana el carácter de verdades indiscutidas.

— no olvidar que la fuente del problema ha sido la voluntad sionista de establecer un Estado judío sobre un territorio árabe, en el sentido en que Francia es un territorio francés e Inglaterra un territorio inglés.

— negarse a razonar a partir de la idea de un privilegio de Israel que permitiría aprobar o aplaudir en él ideas o gestos que se condenan en otros.

— ver claramente que la comunidad nacional israelí debe ganar, merecer el reconocimiento de sus derechos nacionales por aquéllos a quienes ha querido imponérselo, en una acción equivocada, si es que quiere escapar a la reprobación que alcanza actualmente todo fenómeno colonial y a sus consecuencias prácticas.

Algunas notas críticas más sobre los textos de Leduc y de Revault d'Allonnes.

Es exagerado decir con Leduc que “los adversarios enfrentados no han llegado, ni unos ni otros, a laicizar sus instituciones políticas”. Se trata de un mundo donde existe todavía la concepción de cuasi-naciones sobre la base de confesión religiosa donde la fe no está implicada en grado alguno. El llamado realizado a veces a la religión es de hecho un llamado a la fuerza de particularismos comunitarios donde la religión propiamente dicha sólo interviene como *signum* distintivo cuasi-étnico. La religión sólo interviene a nivel político, en los países árabes, como coadyuvante ideológico de la movilización general nacional si el caso se presenta, y también como factor de diferenciación cuasi-étnico sobre cuya base puede instaurarse una cierta desconfianza de consecuencias políticas respecto de las comunidades comprometidas por sus complacencias en el pasado con las potencias extranjeras. Del mismo modo Israel no es un Estado teocrático como a veces lo dice la propaganda árabe. Es un Estado de base “racial”, donde el criterio de pertenencia a la “raza” predominante es día. Los elementos religiosos minoritarios sacan partido de ello —como se benefician de consideraciones de aritmética parlamentaria— para arrancar al Estado concesiones en favor

de la práctica religiosa. Pero, tanto de un lado como de otro, las decisiones políticas importantes se toman sin ninguna consideración de factores religiosos, incluso si (lo cual es deplorable) el Islam es declarado religión del Estado en ciertas constituciones árabes y si (de modo no menos deplorable), de uno y otro lado, el status personal está reglamentado por diversas leyes religiosas, lo cual implica dificultades y con frecuencia imposibilidad de contener un matrimonio mixto, por ejemplo.

No estoy seguro además que, como lo dice Revault d'Allonnes, las potencias determinan su política en función del temor de la revolución en el Medio Oriente. Esta es también una representación metafísico-mitológica de la política internacional sobre líneas maniqueas. Las potencias se preocupan por sus propios intereses y, con o sin razón, no les parece que las revoluciones posibles en un futuro próximo (que no es la Revolución) amenacen sus intereses más de lo que son amenazados por los regímenes actuales. Temen que de una u otra manera, a favor del conflicto, se instalen los chinos en los bordes del Mediterráneo. Esta es una de sus preocupaciones principales y no la única. Les preocupa esencialmente el aspecto estratégico y no el aspecto social.

Por otra parte y contrariamente a lo que piensa Revault d'Allonnes, no creo que exista una armonía preestablecida entre las izquierdas que están formadas por hombres y grupos y no de puros espíritus consagrados a lo sublime y al altruismo revolucionario. No es en absoluto forzoso que coincidan los intereses de las izquierdas árabe e israelí.

17 de febrero de 1969.

DE LA AFIRMACION SIONISTA A LA AFIRMACION
PALESTINA

Quizá el primer acto del racionalista frente al conflicto árabe-israelí deba ser un acto de humildad. Si sólo la razón reinase sobre el mundo, en el sentido que la palabra tenía en el siglo XVIII, está claro que no habría habido ni antisemitismo, ni antiarabismo, ni masacre hitleriana, ni Estado de Israel, ni nacionalismo palestino. El primer deber del racionalista es ser dialéctico, es decir, tener en cuenta esas mediaciones históricas que constituyen las ideologías, las naciones, los amores y los odios.

Declarar en abstracto que el problema será resuelto por la alianza de las dos izquierdas, o mejor, de los dos proletariados, revela a mi entender una ilusión que he compartido, pero en la que ya no puedo creer. La historia no nos ofrece ni un solo ejemplo serio de semejante alianza. Karl Liebknecht y Lenin permanecieron aislados mientras los ejércitos zaristas no fueron derrotados. Esto no debe impedirnos, por supuesto, sostener a todos aquellos que en los dos campos mantienen intactos los principios del internacionalismo y del universalismo. Pero antes de proponer una solución universalista, por ejemplo una Palestina democrática y laica que resolvería un problema que los Estados europeos no han llegado a solucionar, siendo que las diferencias culturales, religiosas, sociales, son mucho menores entre franceses y belgas y aún entre franceses y alemanes que entre israelíes y palestinos, quizá convenga justamente echar un vistazo sobre las naciones y las ideologías enfrentadas.

Digamos en principio que la nación, la nacionalidad, constituyen el modo de existencia histórica de la sociedad de clases. La lucha de clases supone para desarrollarse una cier-

to homogeneidad, un lugar de encuentro, de enfrentamiento entre las clases sociales. Los judíos de Europa Oriental, por complejas razones históricas han sido excluidos de la formación de las naciones en las que vivían en el siglo XIX. Teniendo ellos mismos rasgos culturales comunes y en principio una lengua común, el iddish, han desarrollado muy normalmente su propio nacionalismo, tan legítimo como el de los polacos, rumanos o rusos que instauraron contra ellos un proceso de exclusión. Este movimiento nacional judío no implicaba la "partida" y las formas no sionistas del nacionalismo han predominado durante largo tiempo. Incluso en Europa Oriental, por otra parte, las tendencias integracionistas no eran despreciables. Es verdad que la bandera polaca flameó sobre el ghetto de Varsovia, hecho al que la actitud de la mayoría de la población ha vuelto bastante irrisorio. El movimiento nacional judío aparece como la voluntad de realizar un "poder judío" exactamente como el movimiento negro norteamericano, frente a una situación humillada, ha creado la ideología del *black power* y habla mucho del retorno a Africa. Algunos que se ríen de la resurrección del hebreo encuentran normal que se enseñe el swahili en las escuelas negras de New York.

Pero interviene un triple drama: el antisemitismo tradicional de Europa Oriental, el genocidio hitleriano, el antisemitismo remanente y luego retomado por su cuenta por la mayoría de los gobiernos socialistas han vuelto imposible el sostenimiento de la nacionalidad judía y difícil o imposible la asimilación pura y simple. No obstante, el territorio reivindicado por los nacionalistas sionistas no estaba libre. Si bien la "vieja indivisión otomana" (J. Berque) ha podido confundir, formaba parte geográfica y culturalmente del área de la civilización árabe, y la presencia judía, vivida por los judíos como una migración fuera de Europa, ha aparecido frente a los árabes —y no sin excelentes razones— como una invasión de europeos dotados de capitales y técnicas europeas y nor-

teamericanas. De contragolpe, el mundo árabe-musulmán que no había ignorado la hostilidad a los judíos —como lo quiere una piadosa leyenda—, hizo su propia revolución nacional excluyendo a su vez, *volens nolens*, a los judíos, que en su mayoría emigraron a Francia e Israel.

Finalmente, el movimiento sionista que había solucionado o creía haber solucionado un problema judío, quiso universalizar su ideología. Podría decirse que el sionismo es el judaísmo en un solo país, un poco como la U.R.S.S., en teoría a partir de Stalin y de hecho desde Brest Litowsk y el fracaso de la revolución europea, fue construída sobre la ideología del socialismo en un solo país. De ello resulta no sólo que Israel hace llamados a la inmigración de todos los judíos, lo cual es completamente vano en Francia, Inglaterra, en los Estados Unidos, sino sobre todo que el Estado judío tenga tendencia a considerar a todas las comunidades judías como masas de maniobra a su servicio, que intente desviar en su beneficio de Estado hasta el universalismo tradicional de la diáspora, lo mismo que el universalismo marxista estuvo puesto al servicio de los intereses del Estado soviético. De ello resulta también que las formas de antisionismo se desarrollen tan venenosa y execrablemente como el anticomunismo burgués; se lo ve con claridad en Polonia, hoy, donde no quedan más sionistas.

Otros son más competentes que yo para definir la ideología "árabe" contemporánea. Digamos simplemente en una palabra hasta qué punto esta ideología, que ha querido y quiere siempre saltar la etapa de la nación y de la organización regional, se encuentra fijada en un pasado que por ser glorioso no es menos un pasado. El *nosotros somos árabes* repetido tres veces por Ben Bella el día de su llegada a Túnez ha terminado en la dictadura militar-religiosa y profundamente reaccionaria del coronel Boumedién. Al mismo tiempo que Israel, los palestinos han sido víctimas de esta ideología. Los Estados árabes han contribuido sin dudas a mantener la exis-

tencia física de la comunidad palestina amenazada por la disolución y a la cual Israel jamás ha reconocido el derecho a la existencia nacional, pero le han cortado todo medio de existencia real, no ofreciéndole otra vía de salvación que de intervención de la tan mítica comunidad de los pueblos árabes.

Parece que hoy se ha producido un giro y los palestinos se afirman como tales. Resulta ilusorio reprocharles hacerlo por medio de la guerrilla y del terrorismo, cuando carecen de otros medios de expresión. Mientras Israel se empeñe en volver a los Estados árabes y a ellos solos responsables de todo acto cometido por los palestinos, es evidente que la situación sólo podrá agravarse. Es claro sin embargo que el camino de la salvación está en la transformación del conflicto árabe-israelí en un conflicto palestino-israelí. Esto supone en un término más o menos largo que el nacionalismo palestino se apropie del poder allí donde están los palestinos, es decir en la antigua Jordania y en Gaza. Más lejanamente, supone un acuerdo del tipo de los de Evian —los líderes palestinos han realizado la comparación—, es decir, que lleven a la coexistencia pacífica de las naciones israelí y palestina. Sin embargo no nos hacemos ilusión; semejante coexistencia permanecerá siendo frágil mientras no se haya resuelto el problema que amenaza la propia existencia de la humanidad, la coexistencia de las naciones desarrolladas y de las naciones proletarias. En un sentido, el conflicto árabe-israelí no es más que un caso particular de este drama mundial.

¿Qué puede hacer el racionalista mientras tanto? Sostener aquello que va en el sentido de lo universal, es decir, en el presente momento, en el sentido de la afirmación de naciones autónomas, es decir, *en principio* sostener el derecho de los palestinos a una existencia nacional. Esto no implica una aprobación incondicional. Después de todo, la mayoría de los que han sostenido la lucha del pueblo argelino no se han sentido obligados a aprobar la masacre de Melouza. Sostener

también en Israel y en otras partes las fuerzas que tienden a la paz. Sin duda es demasiado pronto para hablar de de-sionización en el sentido que algunos dan a este término. La idea —muy inexacta— de que Israel moderno es pura y simplemente la recuperación por los judíos de su antiguo territorio y que existe un derecho histórico de los judíos a Eretz Israel es el mito constitucional del Estado hebreo. Vemos todos los días hasta qué punto puede ser peligrosa esta ideología. Pero ella también es susceptible de tomar un día formas atenuadas. Muchos franceses veneran a Juana de Arco y Vercingétorix sin creerse obligados a tratar como asesinos a los turistas ingleses o italianos. No nos hacemos ilusiones; se trata todavía de un asunto de larga cola. Pero quizá el giro decisivo haya sido dado recientemente. “Esperamos a Arafat” declaró hace poco un israelí aparentemente autorizado. Por allí pasará un día u otro, si es que hay una, la solución.

20 de febrero de 1969.

Fawwaz Trabulsi

El problema palestino: sionismo e imperialismo
en el medio oriente

La lucha palestinense sólo puede ser comprendida dentro de la amplia trama de la revolución en el Medio Oriente como conjunto, un área que está estrechamente ligada al sistema imperialista mundial. El destino de esta parte del mundo ha sido soportar no una sino dos, relativamente diferentes pero íntimamente interrelacionadas, formas de dominación extranjera: el colonialismo sionista, por una parte, y el imperialismo occidental en todas sus variantes posibles, por otra. La existencia simultánea de estas dos fuerzas dominantes, con los consiguientes problemas y contradicciones, establece los rasgos constitutivos del Medio Oriente árabe como una región del mundo subyugada y subdesarrollada.

Este artículo comienza por definir la fundamental contradicción dentro del Medio Oriente, resultante de la interacción del Sionismo y del imperialismo sobre el área. El resto del artículo trata, luego, de establecer un sistema marxista-leninista para el análisis de *un* aspecto de esta contradicción básica: la lucha palestina por la liberación. Como tal, este artículo tendrá que analizar también el otro aspecto mayor de este problema —la revolución social anti-imperialista en los Estados árabes— pero tratará de hacerlo en lo que ésta se relaciona con el problema palestino. El tratamiento intensivo de la revolución árabe implicaría el análisis de diversos tópicos que caen fuera de los límites de este texto: tales tó-

picos deberían incluir los mecanismos del imperialismo en la zona, el desenvolvimiento histórico del movimiento nacionalista, el problemático concepto de "nación" árabe, la explotación reaccionaria de la ideología islámica y el desarrollo de las estructuras estatales separadas dentro del Medio Oriente árabe.

Concebida en estos términos como una introducción a la lucha palestinese, este artículo se concentrará en dos temas centrales: primero, la naturaleza histórica del sionismo¹ y de sus cambiantes relaciones con el imperialismo; segundo, el problema palestino en la política árabe, las distintas formas de ideología nacionalista que ha provocado y la índole de clase de los regímenes nacionalistas pequeño burgueses. Concluye con un breve análisis político de la guerra de junio y sus consecuencias para la totalidad de los árabes.

LA CONTRADICCIÓN FUNDAMENTAL

Al presente, la contradicción fundamental en el Medio Oriente árabe puede ser vista como una oposición de los pueblos árabes —incluyendo al pueblo palestino— tanto al colonialismo territorial sionista, representado por el Estado de Israel, como al neo-imperialismo occidental representado por las oligarquías árabes imperantes. En este sentido, es la condensación de las dos contradicciones (la nacional y la de clase) dentro de una fundamental. Estas dos contradicciones son:

Imperialismo + sionismo vs el pueblo palestino + las masas árabes;

Imperialismo + oligarquías árabes vs las masas árabes.

Comprimidas, pero de ninguna manera abolidas, las contradicciones nacional y de clase se alternan en la ocupa-

ción de la posición *dominante* dentro de la contradicción fundamental. Las fases del desenvolvimiento de la revolución árabe (como la lucha combinada anti-sionista y anti-imperialista) están determinadas por este *desplazamiento* de los principales aspectos de la contradicción fundamental.

Pero la conducción de la lucha anti-sionista no es la misma que la de la lucha de clases. Mientras que las oligarquías árabes aparecen participando en la conducción de la primera constituyen, sin embargo, el blanco directo, el enemigo interno de la última. Una vez establecido esto, la problemática de la revolución árabe surge inmediatamente. La cuestión central es: *¿Cuál es la naturaleza de la relación entre la lucha nacional y la lucha de clases en el Medio Oriente?*

En otras palabras: *¿Cómo debe comprenderse la unidad y la distinción de estas luchas entrelazadas y su interrelación mutua dentro de la unidad?* Una serie de cuestiones afines de orden teórico y estratégico son formuladas como sigue: *¿De qué manera y hasta qué punto la lucha nacional es capaz de neutralizar, encubrir o —por el contrario— hacer estallar e intensificar la lucha de clases (y viceversa) y en qué condiciones la victoria de una es una condición previa para la victoria de la otra?*

Antes de intentar un análisis histórico del problema palestino, es esencial definir los dos objetivos relacionados de la lucha revolucionaria: el Sionismo y el neo-imperialismo.

LA NATURALEZA DUAL DEL SIONISMO

La básica finalidad sionista definida ya en 1897 —establecimiento del Estado nacional judío en Palestina— caracteriza al sionismo como una forma específica de dominación extranjera: *colonialismo territorial* tendiente a la adquisición de tierras. El corolario de esta finalidad —establecimiento de una decisiva mayoría judía en el territorio— implicaba necesariamente, cuanto más, la reducción de la población nativa a una

minoría: el territorio colonizado debía contar con la menor cantidad posible de habitantes nativos. "El sionismo quería no sólo las riquezas de Palestina... sino también el país mismo para emplearlo en la creación de un nuevo estado nacional. La nueva nación debía tener sus propias clases, incluyendo la clase trabajadora. Consiguientemente, los árabes no fueron explotados sino totalmente remplazados".²

Los primeros sionistas sabían esto demasiado bien.³ Ya en 1854, Lord Shaftesbury formulaba el slogan: "territorio sin nación, nación sin territorio".⁴ transformado más tarde por los modernos sionistas en "un territorio sin pueblo para un pueblo sin territorio". La controversia actual dentro de Israel sobre qué hacer con los territorios ocupados durante la guerra de junio de 1967 ha reintroducido la noción de "mayoría judía" como la piedra angular del sionismo. Los oponentes sionistas a la anexión argumentan que, dado que la población árabe tiene un porcentaje de natalidad más alto que la contraparte judía, la anexión de los territorios conquistados, con su millón de habitantes, conducirá a que, a su debido tiempo, los árabes lleguen a ser la mayoría de la población del aumentado Israel; la verdadera *raison d'être* del Estado sionista desaparecerá.⁵ En cumplimiento de este objetivo básico, el movimiento sionista, y luego el Estado de Israel debían convertirse en una parte integral del campo imperialista. Surgido durante la época de apogeo del imperialismo y tratando de organizar la inmigración judía a un territorio ya bajo dominación extranjera, el Sionismo pudo esperar el logro de su propósito sólo a través de la alianza con la potencia imperialista que dominaba (o era probable que lo hiciera) Palestina y el Medio Oriente. Tanto el Kaiser alemán como el Sultán otomano recibieron propuestas de Herzl. Al último se le prometió ayuda económica para liquidar sus deudas, y Herzl sostuvo que los colonos sionistas en Palestina constituirían un poderoso impedimento contra el naciente movimiento de liberación nacional árabe y cualquier

otro movimiento de independencia que pudiese amenazar los intereses del Imperio Otomano en la zona.⁶ En su entrevista con el Sultán otomano, Herzl, hizo esta sucinta diferenciación entre el colonialismo territorial sionista y el "imperialismo tradicional": "Todo lo que este hermoso país necesita (esto es, Palestina) es la actividad industrial de nuestro pueblo. Por lo general, los europeos que vienen aquí se enriquecen rápidamente y luego se vuelven con las riquezas que han acumulado. *Un empresario puede, por todos los medios, obtener decentes y honrados beneficios, pero debe permanecer en el país donde adquirió esa riqueza*"⁷ Eventualmente, el Sionismo recurrió a Gran Bretaña en el momento en que parecía que ésta se convertía en la potencia con más probabilidades de ganar el control sobre Palestina, cuando el botín de la Primera Guerra Mundial fue dividido. La alianza entre ambos fue concertada formalmente en la Declaración Balfour de noviembre de 1917, apodada "el anillo de bodas" con el cual el Sionismo casó con el imperialismo. Después de la Segunda Guerra Mundial, se alió de inmediato a los Estados Unidos, nueva potencia imperialista, en busca de un control sobre la zona. Pero esto no evitó que se uniera también a Gran Bretaña y Francia en su última aventura militar destinada a rescatar uno de sus baluartes imperialistas en el Medio Oriente —el Canal de Suez; ni tampoco los coqueteos con el nuevo amo de Francia, De Gaulle, (asunto que le proporcionó a Israel aviones franceses y un reactor atómico no controlado) y con los gobernantes ex-naxis de Alemania Occidental.

El sionismo ha venido insistiendo en atribuirse este papel contrarrevolucionario y pre-imperialista. Herzl contemplaba al Estado Judío en Palestina como el baluarte europeo contra "Asia", como una "avanzada de la civilización contra la barbarie". Después de la guerra de junio de 1967, el Primer Ministro, Levi Eshkol, habló en términos idénticos durante una visita a Europa.

La naturaleza dual del sionismo es, en consecuencia, el resultado de su objetivo básico y de los medios que adoptó para llevarlo a cabo: el Sionismo es una fuerza colonialista *por derecho propio* (colonialismo territorial) cuyo interés último radica en, preservar el territorio que ha ocupado, una decisiva mayoría judía sobre él y en el segregacionismo —estructura racial de Israel—; es, al mismo tiempo, parte del campo imperialista, ligado por un sólido “cordón umbilical” al poder que ahora lo domina —el imperialismo de los Estados Unidos— a través del cual, es constantemente mantenido con medios que le permiten sobrevivir y desarrollarse.

Dentro del campo imperialista tomado como unidad, el sionismo y el Estado de Israel disfrutan de una *relativa autonomía* a causa de su específica naturaleza como movimiento y forma institucionalizada de colonialismo territorial. Esta autonomía es relativa porque Israel vive a distancia del campo imperialista y depende de él para perpetuar su dominación. Posee su lógica, relativamente diferente, ligada, en última instancia, a la lógica general que gobierna el mundo imperialista. La unidad no puede disimular la distinción, ni tampoco la distinción puede ir lo suficientemente lejos como para abolir esta unidad orgánica.

Así, el sionismo ha introducido dentro del Medio Oriente árabe un problema relativamente autónomo —dotado con una dinámica propia— y, aún, tomó parte en la introducción de otro problema debido a su relación con el campo imperialista y su alianza con las potencias que lo dominan.

Como potencia colonizante por derecho propio, el sionismo ha introducido dentro del Medio Oriente árabe un problema esencialmente *nacional-patriótico*, en el doble sentido del término:

- 1) Contra los palestinos ha introducido un problema nacional esencial: la ejecución del objetivo sionista en Palestina estuvo sujeto al resultado del desalojo de la mayoría de la

población. El conflicto que se suscitó surgió de la contradicción antagónica entre la comunidad colonizante *como comunidad* y el pueblo de Palestina *como pueblo*. Existe un problema palestino porque existe una contradicción no resuelta en la vida del pueblo de Palestina, entre su aspiración a reintegrarse a su territorio y reafirmar la identidad nacional y la ocupación de ese mismo territorio por una comunidad colonizante cuya estructura sionista es diametralmente opuesta a esa aspiración. La condición para el logro de una implica, necesariamente, la negación de la otra.⁸ *Al respecto, el problema palestino es el resultado directo de la opresión sionista sobre los árabes palestinos. Que las víctimas de esta opresión vivieran (o acostumbraran vivir hasta junio de 1967) en su mayoría, fuera de los límites "técnicos" del Estado sionista, no cambia en lo más mínimo, la naturaleza del problema. El problema palestino era y sigue siendo el problema del derecho de los árabes palestinos a su auto-determinación nacional.*⁹

2) Contra los pueblos árabes, el sionismo introdujo un problema patriótico: siendo una potencia imperialista que constantemente pone en ejecución sus objetivos a través de "situaciones de hecho" militares y, por tanto, expansionistas, el sionismo¹⁰ es no sólo una amenaza para los pueblos árabes sino también una oposición diametral a su lucha por la liberación nacional y la unidad. Es, en este sentido, uno de los últimos receptáculos de la ocupación colonialista occidental, pero con una radical diferencia: los colonizadores sionistas no están aquí porque crean en su derecho para explotar el territorio; están aquí para quedarse, porque creen que ese territorio es suyo. Incluido dentro de este amplio contexto, el problema palestino se convierte en el problema árabe-israelí: una contradicción que ha hecho crisis hasta ahora en tres grandes conflagraciones militares.

Como parte del campo imperialista, el sionismo y el Es-

tado de Israel están implicados en el problema de la lucha anti-imperialista en el Medio Oriente. Sus más decididos enemigos, como veremos, son las fuerzas sociales y las vanguardias de esta lucha.

NEO-IMPERIALISMO EN EL MEDIO ORIENTE

El sionismo y el Estado de Israel constituyen una amenaza nacional-patriótica para los pueblos árabes. Se oponen a ellos *en bloque, verticalmente*. El imperialismo occidental divide a los árabes *horizontalmente*: el problema del logro de la liberación nacional, la unidad y el desarrollo social y económico enfrenta a las *clases* que pueden realizar semejantes tareas y a aquellas que están en contra de su realización. El problema del anti-imperialismo en el Medio Oriente se plantea a lo largo de líneas esencialmente de clase.

Luego del colapso del Imperio Otomano, Gran Bretaña y Francia establecieron su hegemonía conjunta sobre el área a través de la balkanización, dentro de una multitud de entes legales artificialmente elaborados, para satisfacer las exigencias de la explotación imperialista y la división de esferas de influencia. *Esta hegemonía fue mantenida por una alianza entre las potencias imperialistas y las clases nativas.*

Ahora, luego del acceso de la mayoría de los países de la región a su "independencia" política y una vez que el neo-imperialismo norteamericano reemplazó al imperialismo franco-británico¹¹ la alianza entre el imperialismo de los Estados Unidos y las oligarquías árabes gobernantes se ha transformado en el factor decisivo para el estrechamiento de los vínculos de dependencia que ligan al Medio Oriente con el mercado imperialista mundial, y para perpetuar su subordinación a las leyes de la explotación imperialista.

La gran importancia del Medio Oriente para el imperialismo occidental difícilmente puede ser exagerada. En 1967,

el Secretario de Defensa de los Estados Unidos, MacNamara, la evaluó en los siguientes términos: "El Cercano y Medio Oriente continúan teniendo importancia estratégica para los Estados Unidos porque el área es política, militar y económicamente un punto crítico, y porque la salida del petróleo de Medio Oriente es vital para Occidente. Nosotros, en conformidad con esto, tenemos un gran interés en la estabilidad y desarrollo uniformes del área. También, tenemos un particular interés en el mantenimiento de nuestros tratados de amistad con Grecia, Turquía e Irán porque estos tres países se hallan ubicados entre la Unión Soviética y los puertos de aguas calientes y fuentes de petróleo del Medio Oriente".¹²

Si se tiene en cuenta que Occidente dependerá del petróleo como principal fuente de energía, por lo menos, hasta la última década de este siglo, entonces, la importancia vital que atribuye al área MacNamara es bien clara. Porque el Medio Oriente árabe posee más de la mitad de las reservas de petróleo del mundo. Y, mientras las reservas conocidas de los EE. UU en América Latina se estima que durarán no más de diez años, las reservas árabes durarán otros 75 años.¹³ Además, el petróleo árabe es, sin duda, el más barato y el más productivo. Los costos de producción del petróleo de Medio Oriente son, indudablemente, los más baratos del mundo: 6 centavos por barril en Kuwait y 8 a 9 centavos en Arabia Saudita, en contraste con los 62 centavos de Venezuela y los 161 centavos de Estados Unidos.¹⁴ Asimismo, el petróleo es la materia prima para una de las más prósperas industrias del Occidente: el valor de los productos que usan petróleo como materia prima asciende a un monto del 60 % del valor total de la producción industrial de los Estados Unidos.¹⁵

La economía del petróleo cubre todo el Medio Oriente o como países productores o como países de tránsito. Pero éste no es, de ninguna manera, el único aspecto de la explotación neo-imperialista. Es suficiente decir aquí que la "independencia" política, lejos de romper los vínculos de dependencia

que ligan el área al mercado capitalista occidental, por el contrario, los ha reforzado. En 1965, el 75 % de los intercambios del área se producían, aún, con los países desarrollados industrialmente. La naturaleza de esos intercambios es todavía la misma: importación de bienes manufacturados y exportación de productos agrícolas, materias primas y petróleo. Este proceso sólo puede ser entendido como un mecanismo de la explotación neo-imperialista — la desigualdad de la tasa de intercambio entre el “Tercer Mundo” y los países capitalistas desarrollados.

En esta era del neo-imperialismo, las ataduras de dependencia que ligan el Medio Oriente árabe al campo imperialista son preservadas por la hegemonía política de las oligarquías de Arabia Saudita; los emiratos del Golfo (mini-Estados que pueden ser considerados con justicia “los dominios jurídicos para el gobierno de las corporaciones petroleras”); la monarquía jordana (un Estado artificial que vive de los subsidios y la ayuda de los Estados Unidos); la parásita burocracia militar de Iraq, que usufructúa una parte substancial de los ingresos del petróleo, y la burguesía comercial-financiera libanesa que desempeña el papel de intermediaria en el circuito comercial y financiero que relaciona a la región interior del Medio Oriente, en especial a los países productores de petróleo, con los Estados capitalistas desarrollados. *Bajo el neo-imperialismo, el problema de la liberación nacional y social se plantea a lo largo de líneas de clase, precisamente, porque la derrota revolucionaria de estas oligarquías y la destrucción de los mecanismos del Estado que perpetúan sus leyes se ha convertido en la tarea primordial del anti-imperialismo y en la condición previa para el logro de una emancipación nacional integral, una unidad nacional y un desarrollo social y económico.*

Nos encontramos, pues, frente a un problema nacional-patriótico y un problema social al mismo tiempo, introducidos por dos potencias dominantes extranjeras: el colonialismo

territorial sionista —representado por el Estado de Israel— y el neo-imperialismo occidental *representado por las oligarquías árabes pro-imperialistas gobernantes*. Ambos problemas están *entrelazados* porque los poderes que los introdujeron forman parte de la misma entidad. Pero, de todos modos, no pueden ser reducidos a uno solo. Si bien la alianza con el campo imperialista es el común denominador entre el Sionismo y las oligarquías árabes dominantes, la lucha de *clases anti-imperialista* sigue una lógica relativamente distinta de la lucha nacional anti-sionista.

El problema palestino puede ser visto a través de su evolución en cuatro fases divididas por las tres guerras árabe-israelíes: 1) 1917-48; 2) 1949-56; 3) 1957-67; 4) junio de 1967 en adelante.

LA COLONIZACIÓN DE PALESTINA, 1917-48

La historia de este período es la historia del consorcio británico-sionista en la colonización de Palestina, y la subsiguiente toma de posesión sionista que condujo al surgimiento del Estado de Israel en mayo de 1948. Los puntos de controversia más relevantes de este período pueden ser condensados en los siguientes interrogantes:

¿Cómo y por qué el conflicto entre la comunidad de los colonos sionistas y los árabes palestinos se convirtió en un conflicto nacional? ¿Cuál es la naturaleza específica de la relación entre el Sionismo, por un lado, y el imperialismo de Gran Bretaña —luego de los Estados Unidos—, por otro? ¿Por qué los gobernantes de la Liga Árabe intervinieron militarmente en mayo de 1948? ¿Cuál fue la índole de esta guerra? ¿Cómo puede ser explicado el papel que desempeñara la Unión Soviética como “padrino” del nuevo Estado sionista?

Durante la Primera Guerra Mundial, Gran Bretaña comprendió la importancia estratégica de Palestina y comenzó a interesarse en la dominación de un territorio que podía servir como base estratégica para la custodia del Canal de Suez y como valla entre Siria, controlada por Francia, y los dominios británicos a lo largo de la ruta a la India. Francia tenía sus propios planes y el acuerdo Sykes-Picot de 1916 había dejado sin resolver la cuestión de cuál de las dos potencias la controlaría. Por otra parte, las exigencias inmediatas de la guerra condujeron a Gran Bretaña a compromisos conflictuales respecto del futuro del país. Para ganar el apoyo de los árabes en su guerra contra Turquía, prometió a Hussein de la Meca un Estado árabe independiente en el Medio Oriente que incluía a Palestina. La necesidad de usar a los poderosos intermediarios americanos judíos para presionar al gobierno de los Estados Unidos y hacerlo entrar en la guerra fue uno de los factores más importantes para la concreción de la Declaración del Balfour, de noviembre de 1917, en donde se prometía a los judíos un "hogar nacional" en Palestina.

Con el propósito de dividirse entre ellos la zona después de la guerra, Gran Bretaña y Francia tuvieron que frenar el movimiento árabe por la independencia en Siria, Iraq y Palestina. Considerando que la promesa a Hussein fue descartada, la Declaración de Balfour se usó mucho más convenientemente: los inmigrantes sionistas iban a reforzar la dominación británica sobre Palestina. Gran Bretaña no tenía intenciones de establecer un Estado judío después de la guerra. Lloyd George dejó bien estipulado que los intereses del Imperio tenían prioridad. En su interpretación post-guerra de la Declaración de Balfour, sostuvo que cuando llegara el momento de proporcionar a Palestina "instituciones representativas" (es decir, cuando Gran Bretaña se decidiera a prepararse para dar por terminado su mandato), Palestina se convertiría en un "Estado independiente judío" si los sionistas

hacían debido uso de las oportunidades brindadas por la Declaración de Balfour y se las arreglaban para convertirse en la mayoría de la población.¹⁶ Hasta entonces, los colonos sionistas iban a desempeñar un doble papel en los intereses del imperialismo británico: 1) ayudar a “transformar el territorio en una base estratégica adecuada para el imperialismo británico, y... servir como pararrayos contra los cuales, en caso de necesidad, los agentes británicos pudieran dirigir las revueltas de las masas árabes contra el régimen de ocupación,¹⁷ según la mejor tradición de la política imperialista de “dividir y gobernar”; 2) convertirse en socio menor en la explotación económica.

Con todo, para establecer su dominación sobre Palestina, Gran Bretaña no podía confiar exclusivamente en los colonos sionistas. Solicitó, y obtuvo, colaboración entre los árabes.

En lo que concernía al sionismo, el enemigo era, evidentemente, el movimiento de liberación árabe. Mientras los judíos no constituyeran una mayoría decisiva en Palestina ninguna “institución representativa” concedida a los palestinos sería controlada por una mayoría árabe que decidiera sobre la inmigración y el establecimiento de los judíos. Los derechos árabes a la auto-determinación, de ser reconocidos, significarían el fin de la colonización sionista. La alianza con el poder mandatario se convirtió, por tanto, en la única garantía para la existencia del Sionismo en Palestina y en la esperanza de lograr alguna vez sus objetivos. Este conflicto de intereses está claramente indicado en la carta de Arthur Rupin, responsable de la colonización sionista, del 30 de mayo de 1928: “... todos los árabes de Eretz Israel se oponen al movimiento sionista y, hasta que seamos capaces de sugerir una solución satisfactoria al conflicto de intereses, ellos continuarán siendo nuestros antagonistas. Si, bajo estas circunstancias, se concediera una constitución en el real sentido del término, sería lógico que los árabes hicieran uso de los derechos que les asegurara dicha constitución para evitar, como

mayoría, todo progreso económico por parte de la minoría judía. *Esto significaría, sencillamente, el fin del movimiento sionista*.¹⁸

Comentando este texto 40 años más tarde Moshe Dayan es aún más explícito. Dice: "Toda solución (del conflicto árabe-sionista) *incluyendo el establecimiento de un Estado binacional* se enfrentaba con la alternativa de, por un lado, o hacer concesiones a las miras y deseos de los árabes poniendo, de esa forma, fin al sionismo, o continuar con la inmigración, la adquisición de tierras y la colonización *mientras negamos el derecho de los árabes de Palestina a decidir el futuro del país*".¹⁹

El "Consejo Legislativo" propuesto en 1935, habría de componerse de 14 árabes y 7 judíos en un momento en que éstos constituían no más del 25 % de la población. Las decisiones relativas a la inmigración se apoyaban en que sólo el Alto Comisionado y el Consejo tenían facultad para discutirlos. Por otra parte, el Consejo no tenía derechos para cuestionar la validez o continuación del Mandato. La propuesta fue formalmente rechazada por los sionistas, mientras la mayoría de los líderes árabes estuvieron dispuestos a aceptarla, de todos modos, como una solución interina.²⁰

En lo que concernía a los sionistas, la colonización sionista se mantenía o caía con el Mandato británico. Su actitud respecto de los árabes puede ser resumida de la siguiente manera: ignorad a los árabes; cread e imponed "hechos" militares y económicos y ellos no tendrán otra alternativa que aceptarlos. Los famosos kibbutzim son, por supuesto, una combinación ideal de "hechos" militares y económicos impuestos. La creación e imposición de dichos "hechos" ha sido, desde la década de 1920, la piedra angular de la estrategia sionista e israelí.

Enfrentados a dos enemigos —uno que venía a explotarlos y el otro que trataba de colonizar y expulsarlos— los árabes palestinos no podían identificarse con ninguno de los dos y

si combatir contra ambos. Rechazaron el Mandato británico tanto por ser una brutal negativa de sus derechos a la independencia en un Estado árabe, como por constituir un vehículo del colonialismo territorial sionista que amenazaba desplazarlos, o en el mejor de los casos, reducirlos a una subyugada minoría de un Estado judío. Desde un principio, rechazaron los "hechos" económicos y militares sionistas, y las incursiones contra las colonias judías comenzaron a convertirse en su reacción típica durante la primera década del Mandato. Con el rápido desarrollo de la colonización judía, la lucha de los árabes palestinos iba directamente dirigida contra los ingleses: la demanda de auto-gobierno y de independencia se tornaron inseparables de la demanda por que se pusiera fin a la colonización sionista. La revuelta de 1938 iba dirigida contra las fuerzas de ocupación británicas, y ni un solo judío fue molestado.²³ Aún cuando el levantamiento de 1936 fue precedido por ataques a judíos individuales, se trató, principalmente, de una huelga general y de una guerra popular contra las tropas británicas (que movilizó, a veces, a la mitad del ejército británico). No obstante, los sionistas lucharon hombro con hombro con las fuerzas de ocupación hasta el final del levantamiento de 1930. Durante el levantamiento de 1936-39, por ejemplo, ya las fuerzas Haganah se les asignó la tarea de custodiar los oleoductos británicos!²²

LA ECONOMÍA PALESTINA

La verdadera índole del proceso colonialista sionista estaba destinada a derivar en un conflicto entre dos comunidades nacionales excluyendo, así, toda posibilidad de alianzas de clase extra-nacionales entre árabes y judíos.

Se ha sugerido que el rasgo característico del Sionismo como movimiento político reside en el hecho de que es un "gobierno que obtuvo un Estado". En sus comienzos, el movimiento

sionista dejó sentado una "superestructura estatal"; un gobierno (el Comité Ejecutivo), una Cámara de Representantes (Congreso Sionista), y el "Shekel" (impuestos anuales cuyo pago concedía el derecho a votar en las elecciones para el Congreso Sionista). Todo el problema del plan sionista consistía en encontrar el territorio y la gente que esta "superestructura estatal" habría de gobernar. Una vez establecido el Mandato británico, la Comisión Sionista fue oficialmente reconocida y se le asignó la tarea de informar a la administración mandataria y cooperar con ella en todos los asuntos concernientes al establecimiento del hogar nacional judío. Se dedicó a construir una "superestructura estatal" sionista en Palestina: comisión de tierras, fuerza de defensa, poder judicial, departamento de inteligencia y un departamento de educación. Pronto, el "Yishuv" se transformó en un cuerpo que se gobernaba a sí mismo y en el cual el poderoso Histadruth desempeñaba un papel cada vez más importante.

En realidad, en todo el proceso de la colonización sionista, esta "super-estructura estatal" adquirió su "base" económica en Palestina. Una vez más, el propósito sionista de establecer un Estado-nación judío impuso sus propios medios: la política sionista iba a gobernar la economía judía en Palestina.²³ El principal peligro que se debía evitar era el deterioro de la comunidad judía en "una comunidad de colonos pequeño burgueses". Y es, precisamente, la existencia de una clase obrera judía y de colonos agricultores lo que salvó a la comunidad judía de semejante peligro. La "base" económica judía pronto adquirió la forma específica de una "economía cerrada", y la victoria de la colonización sionista es la victoria de un sector económico judío, altamente industrializado y técnicamente avanzado, sobre una economía árabe semi-feudal y subdesarrollada.

La política económica sionista, subordinada al básico principio del Sionismo, estaba basada en tres principios, los cuales le dieron finalmente al sector económico judío los

rasgos característicos de una "economía cerrada": 1) el "sindicato hebreo", que obligaba a los empleadores judíos a prescindir de los trabajadores árabes y a emplear solamente judíos (los empleadores judíos renuentes recibían compensaciones de la Agencia Judía); 2) "compre el producto de la tierra", reducido a su más simple expresión como "compre lo judío"; 3) "rescate la tierra", comprándola principalmente a los propietarios ausentes e instalando inmigrantes judíos para trabajarla.

Existían en Palestina, durante este período, dos economías. Una se desarrollaba a expensas de la otra, dislocándola y coartando su desarrollo. El fundamento de este proceso era el mismo que el de cualquier dominación colonialista: el desigual desarrollo entre el occidente industrializado y el mundo subdesarrollado. Pero en las ofensivas coloniales típicas hay una demolición consciente de la primitiva economía comunal, a través de tributaciones gravosas o violencia consumada, destinada a obligar a la población nativa a vender su fuerza de trabajo en la industria, minas y agricultura capitalistas. Las viejas relaciones de producción son destruidas y otras nuevas emergen. En contraste con esto, la colonización económica sionista operaba de manera tal como para *desplazar* grandes sectores de población trabajadora pero sin intenciones de reintegrarlos en un nuevo sistema económico. Demolía las relaciones estables de producción sin introducir otras nuevas. Al hacer esto, la política económica sionista estaba siguiendo, precisamente, las ideas de Herzl sobre "desalentar a la población desposeída". Los resultados sociales de este proceso fueron tan trágicos y traumatizantes como los de la típica explotación colonialista, si acaso no más. Hyamson puntualiza: "Con dos poblaciones, en gran medida, autosuficientes... sucedió que, mientras una ciertamente prosperó, la otra sufrió un desplazamiento creciente".²⁴ Estaba inscripto en la verdadera naturaleza de este proceso que la comunidad sionista, como comunidad, chocaría virtualmente con todas las

clases del pueblo palestino: "El Sionismo trajo de Europa capital; los modernos conocimientos tecnológicos y el capital judío (a menudo respaldado por fondos sionistas) gradualmente fueron desplazando el elemento feudal, simplemente comprando sus tierras; y las leyes sionistas prohibieron la reventa de tierras a los árabes. Con la posesión de ventajas tecnológicas y financieras, la economía capitalista sionista bloqueó el surgimiento de una clase capitalista árabe. Habiendo chocado con los campesinos árabes, al querer ahuyentarlos de sus tierras, el Sionismo también les impidió convertirse en un proletariado dentro del sector judío de la economía. Dado que el desarrollo capitalista del sector árabe empezó a ser retardado y obstaculizado, los campesinos (como así también la *intelligentzia* árabe) hallaron dificultoso encontrar cualquier empleo, excepto en la administración del Gobierno Británico y en los servicios públicos".²⁵

Para ilustrar ampliamente este punto, debe decirse que el nivel de educación de la comunidad judía en Palestina estaba entre "los más altos del mundo", según lo indican tanto la educación secundaria como la superior; el nivel de conocimientos tecnológicos estaba, probablemente, a la misma altura (durante el período 1929-47, sólo el 13 % de los inmigrantes judíos eran obreros no calificados) y la principal fuente de afluencia de capital a Palestina era la judía (transferida por los inmigrantes y las inversiones de distintas firmas y agencias judías y sionistas).²⁶ Gracias al desarrollo del sector judío, la economía de Palestina no fue ya predominantemente agrícola para 1936 (según la participación de este sector en la renta nacional). Pero aún el 60 % de las fuerzas trabajadoras árabes se ocupaban en la agricultura. El desarrollo industrial que explica este cambio ocurrió, principalmente, en el sector judío donde la participación de la industria manufacturera en la renta nacional ascendió de un 26 % en 1936 al 41 % en 1945, mientras que en el sector árabe decayó de un 13,6 % a un 10,8 %. Finalmente, hacia 1940, el sec-

tor judío copó el control sobre las tres cuartas partes de la industria extranjera de Palestina.²⁷

IMPOSIBILIDAD DE LAS ALIANZAS DE CLASE

Considerar el "infortunado" desenvolvimiento del conflicto árabe-sionista durante ese período como las consecuencias de un "pecado original" —la no formación de un bloque anti-imperialista árabe/judío— equivale a no comprender la *especificidad* del problema palestino que deriva de la naturaleza del proceso de colonización sionista. Las clases adquieren su potencial revolucionario (o contrarrevolucionario) no desde una naturaleza inmutable e inherente, sino desde el lugar concreto que ocupan dentro de una estructura social articulada en determinado período de su desarrollo. Los trabajadores judíos y los colonos agricultores eran el sostén de la colonización sionista; sin ellos no hubiera habido esperanzas de establecer un Estado sionista. El lugar que ocupaban dentro de la comunidad judía y en Palestina, como conjunto, determinó su rol de clase: era inevitable que el trabajador judío apareciera ante el trabajador árabe como la causa de su desempleo, y que el Kibbutznik apareciera ante los campesinos árabes como responsable de su desalojo de la tierra. El desempleo y la aparición de una clase de campesinos sin tierras eran los dos rasgos más pronunciados de la destitución de la población árabe en Palestina.

La historia completa del Partido Comunista de Palestina puede ser vista como el registro de la imposibilidad de romper la barrera nacional provocada por la colonización sionista al establecimiento de una alianza de clase árabe-judía perdurable. En todas las fases decisivas del desarrollo del problema palestino, el Partido o se dividió o fue purgado a causa de las diferencias en la determinación del enemigo principal, o en la interpretación de un suceso político mayor. An-

tes de 1930 el Partido vivió, virtualmente, en el aislamiento de las masas árabes. En 1928-9 la cuestión era: ¿cuál es la naturaleza de la sublevación árabe,²⁸ un progrom anti-judío o un levantamiento nacional árabe contra el imperialismo y el Sionismo? A principios de la década de 1930, el Partido fue purgado de sus elementos pro-sionistas. Pero siguieron otros problemas: en 1945-47 ¿cuál era el enemigo principal, Gran Bretaña o el imperialismo norteamericano? A mediados de los años 60: ¿qué posición debía tomarse respecto del nuevo movimiento nacionalista bajo el nasserismo y el Baas? en 1967: ¿cuál fue la naturaleza de la guerra de junio, una agresión israelí respaldada por el imperialismo de los Estados Unidos o un acto de legítima defensa propia contra la amenaza de genocidio?

El choque entre el bloque nacional árabe y la comunidad judía estaba destinado a lograr predominio sobre la lucha de clases que se desarrollaba dentro de ambos. La colaboración de clase, conscientemente puesta en ejecución en la economía judía, condujo a la subordinación de los árabes palestinos a un liderazgo semi-feudal e intermediario de firmas comerciales extranjeras. Desde que la colonización sionista bloqueó el desarrollo de una clase capitalista árabe, no surgieron nuevas fuerzas sociales con suficiente poder como para reemplazar este liderazgo. La poco lógica elección que siguió fue entre el clan pro-británico de Nashashibi y el de Husseini, comandado por el notorio Mufti —en otro tiempo, títere británico— que se volvió hacia las potencias del Eje a mediados de la década del 30. Este es el liderazgo que traicionó el levantamiento de 1936 cuando bajo la presión de los gobernantes de Iraq, Transjordania y Arabia Saudita desistió de la Huelga General para negociar con Gran Bretaña. La numerosa clase de campesinos sin tierras y desplazados hizo sentir su presencia por la continuación de una violenta guerra de guerrillas que fue derrotada al estallar la Segunda Guerra Mundial. Después de eso, los árabes palestinos de-

rotados, desmoralizados y traicionados por sus líderes aguardaron el resultado del conflicto entre los colonos sionistas y los ingleses.

EL CONFLICTO BRITÁNICO-SIONISTA; LA GUERRA DE 1948

La tarea de analizar estos dos problemas cruciales depende de un análisis de: 1) el tipo de contradicción que surgió entre los colonos sionistas en Palestina y el imperialismo británico; 2) la competencia imperialista en el Medio Oriente y la complejidad del papel británico; 3) la naturaleza de la contradicción entre los colonos sionistas y los países árabes de alrededor de Palestina.

La realización del objetivo sionista de establecer una nación-Estado judío independiente en Palestina significaba necesariamente, tarde o temprano, una ruptura entre los colonos sionistas y la metrópolis británica. Esta necesidad estaba inscrita en la naturaleza misma del objetivo básico sionista. Sin embargo, es importante comprender por qué y en qué condiciones esta ruptura ocurrió durante un período de tiempo determinado.

En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, Gran Bretaña restringió la inmigración judía y la venta de tierras a los judíos. Este paso era, en parte, un resultado del levantamiento de 1936 y, en parte, un intento de Gran Bretaña por retener su mando sobre los regímenes árabes por miedo de que se unieran a las potencias del Eje o, al menos, tomaran una actitud neutral en la guerra. Esta decisión puso las bases para el conflicto con los sionistas quienes, con el recrudecimiento de las persecuciones nazis contra los judíos en Europa, estaban tratando de canalizar la corriente de inmigrantes a Palestina. Aquí es necesario aclarar un punto: una cosa es decir que la instauración del nazismo en Europa, con sus trá-

gicas consecuencias para el judaísmo europeo, suministró la oportunidad para el surgimiento del Estado de Israel; pero argumentar que las masacres nazis probaron la necesidad de la creación del Estado sionista que hubiera salvado a la mayor parte de los judíos europeos si hubiera sido establecido antes de la Segunda Guerra Mundial, es un asunto totalmente diferente porque, como correctamente argumentó el ISO:

1) los judíos en Palestina fueron salvados simplemente porque los nazis no pudieron conquistar el Medio Oriente; de haberlo hecho, no hay ninguna razón para creer que su actitud hacia los judíos hubiera sido diferente en Palestina de su actitud hacia los judíos europeos. 2) Los intereses del Sionismo en esta coyuntura eran bastante distintos de los judíos europeos. Para los sionistas, las persecuciones nazis enfatizaban aún más la necesidad de una "solución territorial"; la principal amenaza que enfrentaban venía de los judíos no sionistas o anti-sionistas cuya única inquietud era salvar a los judíos de las masacres nazis.²⁹

La guerra pospuso la confrontación británico-sionista. El destino de los judíos en Palestina dependía de la victoria de los aliados pero, al mismo tiempo, esto ayudó al desarrollo de las condiciones para el surgimiento del Estado de Israel. La inmigración, legal o ilegal, engrosó las filas de la comunidad judía, la cual ascendió de 174.000 miembros en 1931, a 630.000 en 1947 (alrededor de un tercio de la población). Gran número de los nuevos inmigrantes eran judíos ricos que traían no sólo capital y conocimientos, sino también industrias enteras (por ejemplo, la industria del tallado del diamante trasladada desde Holanda) y numerosas relaciones comerciales y financieras. Así, el sector judío estuvo capacitado para cosechar para Palestina la mayoría de los beneficios del boom económico de los años de guerra.

¿Por qué los Estados de la Liga Árabe intervinieron militarmente en Palestina en mayo de 1948? La interpretación prevaleciente en gran número de sectores de la izquierda europea está aún dominada por la posición sionista: "(la guerra de 1948) fue una guerra de liberación del pueblo judío en Palestina contra el imperialismo británico, que usaba ejércitos árabes comandados por oficiales británicos... El objetivo de esta acción militar para el imperialismo británico era frustrar la puesta en ejecución de la resolución de las Naciones Unidas; apoyarse en la totalidad de Palestina y, a través de su parcelamiento entre los gobernantes títeres árabes, retener indirectamente lo que Gran Bretaña tenía antes directamente como poder mandatario."³⁰ Esta afirmación puede no ser típica, pero engloba seguramente muchos de los mitos y falsas interpretaciones de este período. No es posible comprender la guerra de 1948 sin una exclusión previa de la concepción maniqueísta y demonológica del imperialismo. La intervención militar de los Estados de la Liga Árabe en Palestina en 1948 depende de un *conflicto* que surgió entre el imperialismo británico y sus aliados árabes sobre el problema palestino. Que este conflicto no fuera más allá del contexto de la subordinación de estos regímenes a la hegemonía británica es evidente. Pero esto no significa que no existiera. Podemos incluso decir que este conflicto gobierna las relaciones entre el imperialismo y sus aliados en el Medio Oriente hasta ahora.

Si el comienzo de la colonización sionista de Palestina coincidió con el primer movimiento de independencia de los árabes contra los otomanos, la victoria de esta colonización coincidió con la intensificación de la segunda fase del movimiento nacional de liberación árabe —esta vez, directamente contra los ingleses y los franceses—: la independencia del Líbano en 1943; de Siria en 1946; la intensificación de la lucha nacionalista en Egipto; el gran levantamiento patriótico del pueblo de Iraq contra la monarquía pro-británica, en 1948. Dentro de este contexto, el surgimiento del Estado de Israel sólo

puede ser visto como una nueva ocupación del territorio árabe por extranjeros, en un momento en que el movimiento de liberación nacional árabe estaba en el apogeo de su lucha contra la autoridad colonial directa.

Pero todos los regímenes árabes del Medio Oriente (con la excepción de Arabia Saudita) estaban controlados por los ingleses. Y es dentro de esta alianza donde se generó y restringió el conflicto. Las causas de la complicación árabe en Palestina varían de un régimen a otro, pero sólo pueden ser comprendidas dentro del siguiente contexto.

La clase comercial-financiera gobernante que dominaba el Líbano y la alianza burguesa semi-feudal que gobernaba Siria se vieron comprometidas, básicamente, por razones económicas. Su participación en la guerra estaba dirigida, principalmente, a refrenar el poderoso potencial industrial y comercial del Estado sionista. Dos puntos deben tenerse en cuenta aquí: *primero*, tanto Siria como el Líbano habían desarrollado un amplio sector industrial durante la guerra, que cayó jaqueado por la fuerte competencia de los productos occidentales una vez que la guerra terminó; la sofocante crisis económica resultante fue agravada aún más por la aparición de una poderosa economía judía en Palestina; *segundo*, Palestina había sido tradicionalmente un mercado para la producción agrícola de Siria, y Haifa el puerto del granero de Hauran. Tanto a los importadores libaneses de productos manufacturados occidentales como a los industriales los bajos derechos aduaneros les permitían vender sus mercancías en el mercado palestino. Con el desarrollo del sector económico judío, Palestina fue virtualmente perdida como mercado en un momento en que las economías siria y libanesa la necesitaban desesperadamente. Entre 1932 y 1945, las exportaciones de Palestina se multiplicaron aproximadamente ocho veces (26.251.000 PL — 211.914.000 PL), mientras que sus importaciones fueron reducidas aproximadamente a casi la quinta parte (15.178.000 PL — 3.285.000 PL en 1939). El enorme

déficit en el balance palestino de su comercio con Siria (que ascendía a 965.980 PL en 1939) se redujo a 98.607 PL en 1944³² Esto sólo puede ser explicado por un incremento de las exportaciones palestinas a Siria; un intercambio, principalmente, de productos industriales por productos agrícolas.³³ Además, a fines de 1930 el puerto de Haifa se había convertido en la principal salida para las regiones interiores del Medio Oriente, y el tránsito y el comercio se trasladaron rápidamente a él desde el anteriormente dominante puerto de Beirut. La intervención militar siria y libanesa en 1948 fue, sobre todo, el intento de una endeble y subdesarrollada burguesía industrial e intermediaria de recuperar su mercado palestino, o en todo caso, de *frenar* la amenaza de una comunidad judía europea altamente adelantada; amenaza que es expresada por Michel Chiha, ideólogo de la burguesía comercial y financiera libanesa y eminencia gris del régimen de Khoury-Solh, en los siguientes términos: "Económicamente, Israel no puede existir sin gran industria. Si industrializa su economía apoyándose en sus grandes recursos técnicos y financieros superará a todos sus vecinos y destruirá, prácticamente, todo. Israel, por otra parte, no puede vivir sin un comercio amplio... El comercio israelí en el oriente mediterráneo... se convertirá pronto en un poderoso desafío a todas las empresas, todos los puertos, comercio, agencias y profesiones que emprendan el abastecimiento de un servicio u otro."³⁴

De todos los partidos árabes comprometidos, el rey Abdullash de Transjordania era quien tenía el mayor interés en el problema de Palestina. Su interés principal era apoderarse del territorio asignado por la UN al Estado Arabe Palestino y anexarlo a su reino como realización parcial de su sueño de una Gran Siria unida bajo la corona Hashemita. Para lograr su propósito, cerró un trato con los sionistas bajo el auspicio británico y, virtualmente, predeterminó el curso de la guerra.³⁵ El interés de Arabia Saudita se centraba, principalmente, alrededor de sus pretensiones sobre el puerto de Aqa-

ba (el cual, finalmente, se convirtió en parte de Jordania). Faruk hizo entrar su ejército en contra de sus rivales tradicionales, los Hashemitas.

Los motivos de esos estados individuales estaban articulados dentro del marco de la desunión que dividía a los regímenes del Medio Oriente árabe en dos sectores opuestos: el sector Hashemita, comprendiendo Transjordania e Iraq, con pretensiones confesadas de unir Siria, el Líbano y Palestina bajo su hegemonía; y los otros regímenes árabes bajo el liderazgo de Egipto, incluyendo las repúblicas siria y libanesa además de Arabia Saudita (debido a la tradicional enemistad entre las dinastías Saudita y Hashemita). Desde que Abdullah no anduvo con rodeos en sus pretensiones sobre Palestina, no pudo dejársele que fuera quien con exclusividad cosechara los frutos de la victoria militar. Ambos sectores habrían de estar representados en la guerra no para ayudarse mutuamente sino, por el contrario, para controlarse entre sí. En 1948, los regímenes árabes combatieron en Palestina no tanto contra el enemigo sionista sino entre ellos mismos.

Dicho esto, todos los otros factores adquieren *en perspectiva* su importancia. Pudo ser muy bien que Iraq y Egipto estuvieran motivados por un intento de desviar la atención popular de la lucha interna sostenida contra los regímenes. El elemento de respuesta a la presión popular no puede ser totalmente descartado. Con todo, ningún factor fue decisivo.

El papel de Gran Bretaña en el conflicto puede definirse como sigue: *ella no estaba contra el surgimiento de un Estado sionista, pero se negó a perder su control sobre los regímenes árabes (especialmente, ante los EE.UU.) como precio para su apoyo a los sionistas.* Esta es la razón fundamental de todo el titubeo en sus posiciones.

Si fuéramos a coincidir con Bert Ramelson en que el principal interés británico era mantener el Mandato o dividir Palestina entre sus secuaces árabes y así controlar Palestina directamente, ¿por qué no intervino ella directamente en la gue-

rra? ¿Por qué dejó que los ejércitos árabes fueran derrotados? ¿Por qué, a toda costa, consintió en retirarse de Palestina y poner fin a su Mandato el 14 de mayo de 1948? Suponiendo que los ejércitos de Transjordania, Iraq y Egipto estuvieran bajo algún control militar británico, ¿con qué finalidad los ingleses manipulaban esos ejércitos?

La "Legión Árabe" de Transjordania era en 1948 lo que el ejército de Egipto fue en 1967: la principal fuerza de choque árabe. Un ejército moderno, bien entrenado y disciplinado, comandado por oficiales británicos y financiado por el British Exchequer, considerado como capaz de soportar la mayor responsabilidad en el esfuerzo de la guerra. ¿Por qué, durante el primer cese del fuego del 11 de junio de 1948, Gran Bretaña decidió retirar sus oficiales y expertos de la Legión Árabe e imponer un embargo sobre los cargamentos de armas y municiones para los Estados árabes? ³⁶ Esta, seguramente, no parece ser la política más apropiada para un país decidido a retener su control "indirecto" sobre Palestina a través de los regímenes árabes, especialmente si tenemos presente que los sionistas recibieron armas de Checoslovaquia durante el mismo cese del fuego y que, numéricamente, las fuerzas sionistas eran superiores a las árabes (60.000 soldados judíos enfrentando a 40.000 árabes). ³⁷

Ramelson define a la guerra de 1948 como "una guerra de liberación emprendida por el pueblo judío en Palestina contra el imperialismo británico". Se arguye que si bien el Sionismo desempeñó un papel en la formación del Estado de Israel, "el único gran factor fue la política del imperialismo británico ampliando sus objetivos en el Medio Oriente". Esta política dio como resultado el "rápido crecimiento de los movimientos por la independencia entre judíos y árabes. En estas circunstancias, pareciera que la cuestión palestina pudiera ser resuelta sólo sobre la base de una lucha común de árabes y judíos contra el imperialismo británico, y el establecimiento de un Estado independiente bi-nacional". ³⁸ Pero, a causa

de que esta solución estaba probado que era impracticable, la resolución de la UN de 1947 fue apoyada por el P.C. de Gran Bretaña. ¿Por qué era esta solución impracticable? Ramelson no tiene respuesta. En cambio, los sionistas sí la tienen: cuando ellos estaban sosteniendo su "guerra de liberación contra el imperialismo británico", los árabes palestinos eran simples mirones. Es cierto. Por el simple hecho de que la lucha común era imposible, como hemos tratado de probar a través de este artículo. Era imposible porque los propósitos de judíos y árabes eran diametralmente opuestos y mutuamente excluyentes. La victoria de los sionistas significaba el desplazamiento de los árabes y su reducción a una minoría subyugada. "Independencia para el pueblo judío en Palestina" tenía sólo un significado en esta coyuntura: la opresión sionista de los árabes palestinos y el fin de cualquier esperanza para su independencia. Por otra parte, la independencia vista por los palestinos árabes significaba el fin del propósito sionista de una nación-Estado judío. Pretender una lucha común en esas circunstancias era tan absurdo como pretender una lucha común entre la minoría blanca y la mayoría negra en Rhodesia contra el imperialismo británico. Para los africanos, independencia significa el fin del gobierno explotador y racista de la minoría blanca; para los últimos, significa exactamente lo opuesto: perpetuar el gobierno de la minoría invalidando el proyecto de "instituciones representativas".

Además, el alejamiento sionista del imperialismo británico sólo podía ser logrado a través de una alianza con una nueva fuerza imperialista: los Estados Unidos. Ramelson evita toda mención acerca de las relaciones sionistas-norteamericanas durante este período. Pero, no obstante, las relaciones existentes. En mayo de 1945, cuando la Agencia Judía exigió formalmente de Gran Bretaña el inmediato establecimiento de un Estado judío en Palestina, la entrega del control sobre la inmigración a la misma Agencia Judía y la entrada de un millón

de inmigrantes judíos a Palestina, el presidente Truman apoyó la demanda; y el apoyo a las pretensiones sionistas estuvo respaldado por una efectiva presión norteamericana sobre Gran Bretaña para obrar de acuerdo con esas pretensiones. Después que los terroristas sionistas demolieron el King David Hotel en Jerusalén, la Administración británica arrestó a los cabecillas de la Agencia Judía. Inmediatamente, el gobierno de EE.UU. declaró que los arrestos fueron hechos sin consultarlo y amenazó con revisar su política de asistencia económica en Gran Bretaña. Cualquiera que conozca cuán decisiva era la ayuda norteamericana para la Gran Bretaña de la post-guerra reconocerá la gravedad exagerada de la amenaza en comparación con la trivialidad del incidente en cuestión.

Por último, de lo que precede puede inferirse una importante conclusión: los vínculos orgánicos que ligan al Sionismo y a Israel con el campo imperialista mundial no son ni accidentales ni transitorios; se han ido entrelazando durante un largo proceso histórico. La alianza con el imperalismo de los EE.UU., después de la Segunda Guerra Mundial, fue la condición previa para la ruptura con Gran Bretaña y para el surgimiento del Estado de Israel. Cuando Israel retribuyó al imperialismo norteamericano en 1951 respaldando su agresión contra Corea no estaba, de ninguna manera, perdiendo su "oportunidad de demostrar a los árabes su (esto es, árabe-israelí) interés común anti-imperialista".⁴⁰ La relativa independencia de que goza Israel *dentro* del campo imperialista está claramente demostrada por los cambios en sus alianzas con diversas potencias imperialistas, de acuerdo a cuál convenga mejor a su interés básico: la preservación y perpetuación de su ocupación del territorio palestino.

EL PAPEL DE LA URSS

¿Cómo debe explicarse el papel desempeñado por la URSS como padrino de Israel? Formulando la pregunta estamos rechazando, automáticamente, los razonamientos de Rameson, según los cuales una de las pruebas de que la guerra de 1948 fue una "guerra anti-imperialista" contra Gran Bretaña es que ella estuvo respaldada por el bloque socialista y que la Unión Soviética fue uno de los primeros en reconocer al nuevo Estado de Israel.⁴¹ Los dos motivos más probales tras la posición de Stalin han sido sugeridos por Isaac Deutscher:

1) Por cuanto Stalin estaba interesado en el Medio Oriente para esa época, consideraba a Gran Bretaña como el enemigo principal allí. Apoyó el plan de partición y, más tarde, reconoció al Estado de Israel como primer peldaño hacia la retirada de Gran Bretaña del área; 2) al estar respaldando los Estados Unidos a los sionistas, una posición similar tomada por la Unión Soviética parecía contribuir a mejorar las relaciones, que se deterioraban rápidamente, entre las dos potencias.⁴² Ambas razones revelan falta de perspicacia, oportunismo y desconocimiento de los principios leninistas básicos de auto-determinación nacional en los intereses de la diplomacia. La incapacidad de darse cuenta de que el surgimiento del Estado sionista era el punto culminante de un proceso de colonización y opresión de los árabes palestinos es sólo comparable al cinismo que implica el sancionamiento de Stalin de la complicación imperialista norteamericana en el Medio Oriente para heredar lo que solió ser un dominio exclusivo franco-británico. La prueba de este argumento reside en el repentino cambio de posición de Stalin durante los comienzos del 50, luego del público apoyo de Israel a la agresión norteamericana en Corea.

Israel fue entonces acusado de ser un satélite de los Estados Unidos y un instrumento del imperialismo. Por otra par-

te, justificar la posición de la Unión Soviética en 1947-48 —argumentando que los regímenes árabes que se oponían a Israel estaban dominados por los británicos— no tiene validez por la simple razón de que dicha posición varió cuando las esperanzas de Stalin en un Israel amistoso se desvanecieron. El apoyo al derecho de los palestinos árabes a la autodeterminación nacional no significó por ese entonces, ni significa ahora, la aceptación de los regímenes árabes oligárquicos pro-imperialistas.

HECHOS Y PACTOS MILITARES: 1949-57

Una vez introducido en el contexto más amplio de la política árabe, el problema palestino —dotado con su propia dinámica— se efectiviza en tres niveles: 1) la relación entre los regímenes árabes y los poderes imperialistas; 2) la naturaleza de la contradicción entre esos regímenes y el Estado de Israel; 3) el efecto del problema palestino en la lucha de clases en cada país árabe y en las relaciones entre los países árabes.

Aún en esa temprana etapa, el problema palestino había venido a condensar la lucha nacional de los árabes. Un aura de unanimidad pan-árabe se forjó a su alrededor y se convirtió, así, en la piedra de toque de toda acción común de los árabes. Es cierto que la colonización sionista se oponía, virtualmente, a todas las clases de los países circunvecinos y al pueblo palestino, como pueblo. *No obstante, las reacciones de cada una y todas las clases a esta amenaza nacional estaban determinadas, en esencia, por su posición en la sociedad. No hay lucha nacional que se dé igualmente en los intereses de todas las clases de una nación. La forma de conducta en la que esta lucha está concebida, sostenida y finalmente resuelta está gobernada por la naturaleza de su conducción de clase. Por cuanto el pueblo de Palestina estaba bajo la con-*

ducción de las mismas clases que dirigen la lucha nacional árabe, no pudo escapar a la lógica de la situación. Toda la posición marxista sobre la cuestión nacional descansa en el supuesto de que toda clase tiene intereses nacionales diferentes de los intereses nacionales de otras clases. La historia de los años siguientes es el registro de los intentos de dos clases nacionales dirigentes en el Medio Oriente árabe de enfrentar el problema palestino y sus subsiguientes fracasos: las oligarquías y los regímenes pequeño burgueses.

LA INTERPRETACIÓN DOMINANTE DEL PROBLEMA

PALESTINO

Es esencial comenzar con una reconstrucción de la interpretación ideológica del problema palestino por las oligarquías árabes; esta interpretación no es solamente un sistema de ideas y conceptos, sino también una serie de supuestos básicos que refuerzan su acción política. Puesto que esta interpretación ideológica era y sigue siendo, en gran medida, la guía dominante de la política árabe en Palestina, es de vital importancia para la comprensión del efecto del conflicto árabe-israelí sobre la política árabe.

Toda esta interpretación dominante gira alrededor de la siguiente problemática: ¿cómo explicar el "desatino" perpetrado por Occidente al crear el Estado de Israel? ¿Cómo convencer a Occidente de la actitud errónea que tomó acerca de Palestina? Las respuestas a estas preguntas residen en la noción de una permanente conspiración judeo-sionista para dominar el mundo desde una base temporaria: Palestina ocupada. En vez de polemizar contra esta noción, es preferible revelar las funciones mistificantes e ideológicas que desem-

1) Explica el "desatino" de Occidente y lo justifica al mismo tiempo. De hecho, Occidente no pudo hacer otra cosa porque es tan víctima de la conspiración judeo-sionista como lo son los árabes.⁴⁴ El Occidente es, en consecuencia, inocente aunque engañado. Consecuentemente, hay una causa común entre los árabes y Occidente para combatir esa conspiración. Al probar la inocencia de las potencias occidentales, la interpretación dominante está probando, también, la inocencia de los regímenes responsables de la derrota militar de 1948. Frente al enorme despliegue de las fuerzas del "judaísmo internacional", la derrota árabe es comprensible si no totalmente justificada.

2) Una transferencia de la culpa se torna inevitable. La conspiración judeo-sionista mundial es complementaria de la subversión comunista. Ambas tratan de minar el fundamento moral sobre el que descansa nuestro mundo con el propósito de subvertirlo y, finalmente, dominarlo. De ahí la noción de "judíos bolcheviques". Al aceptar la identificación entre sionista y judío, esta interpretación repite meramente uno de los dogmas básicos de la doctrina y propaganda sionista. Con el incremento del compromiso soviético en el Medio Oriente, escritores y propagandistas —ahora financiados principalmente por Kuwait y Arabia Saudita— bucearon profundamente dentro de las cenizas fascistas en busca de tales perlas teóricas.

3) Sin embargo, el problema palestino debe ser resuelto. Luego de reducirlo al problema de la ejecución de las resoluciones de la UN (la resolución de Partición de 1947, la internacionalización de Jerusalén y el retorno de los refugiados), se formula la siguiente pregunta: ¿quién hubiera podido ayudar a producir la suficiente presión sobre Israel para obrar de acuerdo con esas resoluciones sino Occidente? Se sigue que, cualquier antagonismo de Occidente hacia los árabes es, indirectamente, una tracción a la "sagrada causa de

Palestina".⁴⁵ Este argumento está en la base del chantaje reaccionario árabe del movimiento anti-imperialista. Por otra parte, la descarada vacilación entre el *determinismo* absoluto (Occidente es el prisionero de Israel) y el *voluntarismo* absoluto (Occidente controla, virtualmente, Israel) es la marca de fábrica exclusiva de la racionalización y de la justificación mezquina. En manos de la reacción árabe el problema palestino tiene una función esencial: desviar la atención de la lucha de clases. Pero, a pesar de la reacción árabe, ésta desempeña el papel de catalizador de la revolución anti-imperialista y social.

Esta interpretación dominante árabe del problema palestino adolece de dos fatales contradicciones con resultados prácticos igualmente catastróficos:

1) Una exageración del enemigo, una absurda minimización de sus fuerzas. Si la noción de la conspiración mundial sirve para disociar la reacción árabe de cualquier responsabilidad sobre la derrota militar de 1948, la estrepitosa minimización de las fuerzas de Israel sirve para redimir la fe popular en la victoria última de los árabes bajo la conducción de la reacción árabe. El expansionismo israelí es inflado más allá de los más disparatados esfuerzos de la imaginación. Obviamente, esto pasa por alto la contradicción inherente a la vida israelí, la que ha quedado ampliamente revelada después de junio de 1967. Es la contradicción entre la necesidad de *expansión* de Israel (no sólo con el objeto de acomodar nuevos inmigrantes —una necesidad determinada, en última instancia, por las condiciones del anti-semitismo en Europa— sino también por propósitos *político-militares*: como una manera de imponer el reconocimiento árabe de Israel por una política de escalamiento) y su necesidad de ser *reconocida* como tal por los Estados árabes, aún, dentro de una versión modificada de las líneas de cese del fuego de 1949.

En resumen, esta primera contradicción tiene dos resultados:

- una cuasi-total ignorancia del enemigo;
- la ausencia de estrategia. A causa de la función mistificante del problema palestino en manos de la reacción árabe, el conflicto árabe-israelí es vivido de manera contradictoria: ora es permanentemente diferido ora está inminentemente presente y reclama ya una solución. Una sombra separa el ahora del nunca.

2) La segunda contradicción fatal es una actitud hipócrita de doble discurso. El primer lenguaje, para consumo exterior, es extremadamente moderado y conciliatorio y sólo reclama que Israel acate las resoluciones de la UN sobre Palestina. El segundo lenguaje, para consumo interno, es extremadamente belicoso y convoca a la destrucción de Israel y a "arrojar a los judíos al mar".⁴⁶

El primer lenguaje refleja la aceptación por parte de los que lo usan de la legalidad burguesa e imperialista. El segundo revela la manipulación demagógica del problema palestino para obtener el apoyo popular. ¿Cuál es el lenguaje verdadero? En la práctica es el primero. En consecuencia, implica una negativa al reconocimiento del derecho de los árabes palestinos a la auto-determinación en una Palestina democrática de-sionizada. El segundo lenguaje no es sino la sublimación de la incapacidad de los dirigentes que fueron los arquitectos de tres humillantes derrotas árabes, de su incapacidad para resolver el problema palestino inclusive de acuerdo a su propio programa —es decir, el cumplimiento por Israel de las resoluciones de la UN— aun sin pensar en dislocar la estructura sionista impuesta a Palestina.

Este hipócrita lenguaje doble es suministrado a las prensas de la propaganda sionista e israelí. Por ende, legitimized todas y cada una de las agresiones israelíes ante los ojos de

la opinión pública mundial como un acto de legítima defensa. Al argumentar que el *único* enemigo de los árabes es la conspiración judeo-sionista mundial, la interpretación dominante pretende abolir la existencia del otro enemigo: el imperialismo occidental. Esta unilateralidad no es, obviamente, accidental. Refleja, simplemente, la posición de clase de todos aquellos que, en el Medio Oriente árabe, están subordinados a esta segunda forma de dominación y explotación extranjera. Para ellos, el imperialismo occidental es no un enemigo sino un amo.

HACIA LA AGRESION DE SUEZ

Después de derrotar a los árabes en 1948, Israel tendió a lograr el reconocimiento de las potencias mundiales sobre sus adquisiciones territoriales y a forzar a los árabes a la aceptación del *statu quo*. Lo primero fue un medio para lo segundo, porque cuanto más tiempo los regímenes árabes estuvieran subordinados a Occidente, más capacitado estaba Israel para imponer sus hechos consumados sobre ellos a través de la mediación de una u otra potencia imperialista. *Para preservar y perpetuar su ocupación Israel necesita vecinos árabes débiles, subdesarrollados y dominados por el imperialismo.* El *statu quo* sionista se tornó inseparable del *statu quo* imperialista en el Medio Oriente; pero el intento de preservarlos simultáneamente culminó con el fracaso de ambos.

Gran Bretaña, Francia y los EE.UU. reconocieron el *statu quo* sionista en la Declaración Tripartita de 1950, la cual sancionaba los términos del armisticio de 1949; pero los árabes se negaron a aceptarlo a menos que Israel reincorporara a los refugiados palestinos. Un intento, por parte de los israelíes, de llegar a un acuerdo con el rey Abdullah de Jordania fue desbaratado al ser éste asesinado por un palestino en 1951.

Como los israelíes estaban tratando de lograr el reconoci-

miento árabe, Occidente trató de inducir a los regímenes árabes a la firma de un pacto anti-soviético. Pero, mientras Occidente enfatizaba el comunismo como el principal enemigo, los regímenes árabes bajo la presión de crecientes movimientos nacionalistas miraban a Israel como una amenaza mayor. Además, ninguno de ellos afrontaba ninguna amenaza comunista real interna, con la excepción de Iraq que tenía un gran Partido Comunista y que fue el único país árabe que se unió al Pacto Anti-Soviético de Bagdad. La existencia de Israel arruinó subrepticamente los planes anti-soviéticos del imperialismo Occidental.

Los israelíes trataron, entonces, de obligar a los regímenes árabes al pacto anti-soviético a través de una serie de incursiones "represivas" contra el territorio árabe. El propósito de esto era forzar a los árabes a pedir armas a Occidente, cosa que sólo podían lograr aceptando la hegemonía occidental; una vez que esta hegemonía estuviera reforzada por un pacto anti-soviético, Occidente tendría garantizada la aceptación árabe de Israel. Pero cuando Nasser se volvió a Occidente en 1955, luego de las incursiones masivas de los israelíes en Gaza en febrero, Occidente impuso la condición de que se uniera a la alianza anti-soviética. Rechazando esta condición, Egipto se volvió hacia el bloque soviético y el control occidental sobre el suministro de armas fue roto. Simultáneamente, la superioridad militar israelí fue desafiada.

La agresión tripartida contra Egipto en 1956 representó la convergencia de las frustraciones de Gran Bretaña, Francia e Israel. Si el convenio de armas checo de 1955 puso fin al chantaje de armas occidental, la nacionalización del Canal de Suez luego de la negativa de Gran Bretaña, el Departamento de Estado y el Banco Mundial de financiar la construcción de la represa de Assuan, puso fin al chantaje "económico" occidental. Gran Bretaña y Francia perdieron uno de sus baluartes económicos y estratégicos más importantes en la zona, mientras los egipcios recobraron una importante

fuentes de ingreso nacional. Así, el régimen nasserista vino a simbolizar el máximo desafío al imperialismo.

Tanto los propósitos israelíes como los británicos y franceses no pudieron materializarse a pesar de la victoria militar; Egipto, y con él el nacionalismo pequeño burgués, surgieron victoriosos en toda la zona. La década siguiente registra la lucha, logros y límites de esta nueva clase dirigente nacional.

ASCENSO Y CAÍDA DEL NACIONALISMO PEQUEÑO BURGUÉS 1957-67

La situación posterior a Suez se caracteriza por un claro desplazamiento del aspecto principal de la contradicción fundamental: la lucha de clases alcanzó predominio sobre todo el Medio Oriente árabe. El nuevo *statu quo* árabe-israelí dependía de la existencia de las tropas de la UN en el Sinaí, separando los ejércitos egipcio e israelí. Así, el conflicto árabe-israelí y con él el problema palestino fueron relegados a un segundo plano. Hasta mayo-junio de 1967, habría de surgir, principalmente, dentro del contexto de la lucha de clases: primero, como un punto de disputa en la lucha oponiendo el campo de las oligarquías pro-imperialistas al de los movimientos y regímenes nacionalistas pequeño burgueses anti-imperialistas. Mientras el primero acusaba al último de "dividir las filas de la nación árabe" y, consecuentemente, de ser un juguete en manos del enemigo nacional —Israel—, el último rebatía alegando que el sionismo y la reacción árabe eran, en realidad, dos lados de la misma moneda: derrotar a la reacción árabe era el peldaño decisivo en el camino a la "liberación de Palestina". Segundo, el problema palestino se convirtió en el pretexto ideal para el establecimiento de una tregua entre los campos árabes en guerra. Las conferencias cumbres árabes de 1964-65 fueron convocadas para planear la acción árabe común contra la desviación, por parte de Israel, de las aguas del río Jordán. El resultado fue la crea-

ción de la Organización de Liberación Palestina (OLP) —una réplica de la Liga Árabe en el contexto palestino e igualmente ineficiente— y en el acuerdo de Jeddá entre Egipto y Arabia Saudita para terminar la guerra civil en el Yemen (el cual fracasó). Después de todas estas conferencias, los árabes quedaron en peores condiciones que si hubieran aceptado el plan Johnston sobre la explotación de las aguas del río Jordán. Militarmente, se estableció un Comando Árabe Unido (que fue tan unido como los regímenes árabes en esa época; hecho que sería claramente demostrado durante la guerra de junio). De hecho, estas conferencias coincidieron con un estancamiento en la lucha entre los dos campos árabes. Procuraron una oportunidad honorable para todas las partes implicadas de establecer una tregua. Este estancamiento señaló la anulación de la pequeña burguesía como clase dirigente nacional de la lucha árabe contra el sionismo y el imperialismo.

El curso de la revolución árabe durante esta década está marcada por los siguientes importantes sucesos: la formación de la República Árabe Unida entre Siria y Egipto en 1958, su disolución en 1961 y el advenimiento al poder de un régimen "monetario-feudal", contrarrevolucionario, 1961-63; la doctrina Eisenhower, la guerra civil en el Líbano, 1958-59; la revolución iraquí de julio de 1958 (derrocamiento de la monarquía Hashemita y el colapso del Pacto de Bagdad, para ser reemplazado más tarde por el CENTO sin participación árabe); la declaración de la República Septentrional de Yemen y la guerra civil en 1962 con la implicación militar egipcia y saudita; el surgimiento del nasserismo, exactamente, luego de 1961 (las nacionalizaciones y la Constitución Nacional); el advenimiento del Baas al poder político en Siria, 1963 (y el efímero primer régimen baasí en Iraq, 1963-69).

Estos acontecimientos ocurrieron cuando el imperialismo de los EE.UU. reemplazó a los imperialismos británico y francés en tres países árabes: el Líbano, Jordania y Arabia Saudita. Económicamente, Gran Bretaña tuvo que contentarse

con el papel de joven socio del gigante americano. Después de la revolución iraquí de 1958, el dominio británico fue restringido al Golfo y al Yemen Meridional donde el movimiento de liberación alcanzó su primera victoria con el surgimiento de la República Democrática Popular del Yemen Meridional en 1967, y donde la lucha anti-británica continúa todavía en Omán, Muscat y Zafar. La influencia francesa en el Medio Oriente árabe estaba en su más profunda decadencia durante la guerra de liberación nacional de Argelia; comenzó a recobrar su influencia y contrajo nuevos intereses lentamente luego de 1962, y aun ritmo sorprendentemente rápido después de junio de 1967. No obstante, las tres potencias no cesaron de hacer la corte al régimen nasserista, aunque en momentos diferentes y con desigual entusiasmo. Puede decirse que las relaciones de los EE.UU. con el régimen nasserista, el Baas y el radical movimiento nacionalista árabe, en su conjunto, han pasado a través de tres fases diferentes: apoyo, coexistencia y represión y, finalmente, rechazo. Esta fase final corresponde al fracaso de la teoría de la "nueva clase media" según la cual, los ejércitos desempeñan el papel de una fuerza modernizante y unificadora, y a la transición del imperialismo norteamericano a una fase ofensiva contra los regímenes de la "revolución nacionalista".

¿Cuál es la naturaleza de la oposición de este nuevo y radical movimiento nacionalista árabe al neo-imperialismo? La respuesta a este interrogante reside en una caracterización de los dos regímenes que lo representan: el nasserismo en Egipto, y el Baas en Siria.

Ambos, el Baas y el nasserismo son, predominantemente, los movimientos de la pequeña burguesía de los centros urbanos del Medio Oriente. Cuando ellos consiguen atraer suficientes partidarios entre la clase obrera y los campesinos sin tierras, como en el caso de Siria, estas dos clases se unen a la lucha bajo las consignas de la pequeña burguesía y están subordinadas a sus intereses. Como movimiento, concretizan el

deseo de lograr la "revolución nacional burguesa": independencia política, reforma agraria burguesa y estatismo. En realidad, fueron estimulados a la acción por el fracaso de las clases que, originariamente, dirigieron la lucha de independencia para alcanzar aquellos objetivos.

En vez de hablar sobre el nasserismo y el Baas, sería más apropiado hablar sobre las variedades de cada uno, moldeadas y determinadas por el lugar que ocupan dentro de la estructura socio-económica de los respectivos países árabes, y por la específica coyuntura política que les dio origen. Así, el nasserismo en Siria se desarrolló, principalmente, como una reacción contra el régimen secesionista reaccionario de 1961-63, el cual desnacionalizó las grandes empresas capitalistas y, virtualmente, sabotó la reforma agraria. Este movimiento atrajo grandes sectores de la clase media mercantil y artesanal que prosperaron durante la RAU, como así también, campesinos, estudiantes y algunos de los remanentes de los partidos sirios: el Partido del Pueblo, el Partido Nacional y el Baas. Era, sin duda, un movimiento de masa, pero estaba desorganizado, era fragmentario, espontáneo y se apoyaba sobre uno de los medios de cambio político —el golpe de Estado militar— que, virtualmente, señalaba a las masas un papel subsidiario y reflejaba un rasgo constante del nacionalismo pequeño burgués: la desconfianza en la acción de masas como un medio de cambio social y político. En el Líbano, los movimientos nasserista y Baas surgieron dentro de los límites de la tradicional estructura confesional libanesa; eran y son aún representativos de sectores de la pequeña burguesía urbana del Sunni-Moslem (el Baas comanda algunos adictos entre la intelectualidad del Líbano Meridional: del Shi'ite y de extracción campesina). En Iraq, el movimiento nasserista y el Baas surgieron dentro de una coyuntura totalmente diferente: la reacción al comunismo alcanzó su apogeo en 1958-59 bajo Kassem. Consecuentemente, ellos reunieron y fueron, incluso, dirigidos por jefes de tribus, terratenientes y capi-

talistas. El movimiento nacionalista en Iraq tiene sus más profundas raíces históricas en el desdoblamiento político-cultural que gobierna la vida política iraquí desde 1920: el cisma entre el movimiento nacionalista (cuya base es, sobre todo, el predominante Sunni-Bagdad basado en estratos administrativos y los intereses comerciales y terratenientes del este y del norte) y el movimiento social-reformista de una "burguesía nacional" y el sur, predominantemente, Shi'ite. El primer movimiento tiene una larga tradición de partidos y figuras políticas (Rashid'Alí, el Partido Istiqlal) y fue el precursor del Baas y del nasserismo. Mientras que el último produjo dos ramas: el Partido Nacional Democrático de Kamel Jadirjy y el Partido Comunista.

La ideología del Baas es una función de los elementos socialmente heterogéneos que contenía, especialmente en su período formativo en Siria. Una mescolanza ecléctica de tres consignas principales: Unidad (unidad árabe), Libertad (significando, esencialmente, democracia burguesa y liberación nacional) y Socialismo (reforma agraria burguesa, nacionalización de las grandes empresas, respeto por la propiedad privada y el derecho de herencia); esta ideología los transforma en una típica trinidad cristiana: una (llamada unidad) en tres y tres en una. Sin embargo, todo este misticismo del Baas no pudo obliterar las contradicciones en su composición social. Todas las veces que era esencial hacer una elección práctica entre estos tres slogans, el partido se dividía acerca de qué consigna debía tener prioridad sobre las otras. La reciente "frase revolucionaria" de lo que se llama "Baas de izquierda" es una función de la adquisición de poder del partido y del súbito descubrimiento de que no se puede confiar en todo este cuerpo de ideas y conceptos para organizar la sociedad o resolver sus problemas. El marxismo fue una elección cómoda. De cualquier manera, lo que es importante para nuestros propósitos es poner de relieve la

infranqueable brecha entre esta "frase revolucionaria", la práctica del Baas y la acción política diaria.

La esencia de la forma más reciente de ideología nasserista es el rechazo de la dictadura de cualquier clase sobre la sociedad y una política de "abolición pacífica de las diferencias de clase sin lucha de clases sangrienta".

Tanto el Baas como el régimen nasserista tienen esto en común: son los regímenes de una aburguesada minoría privilegiada de origen pequeño burgués que se ha fusionado con los restos del viejo orden social (burócratas, exdirectivos de empresas nacionalizadas, etc.) y que se apropia del excedente del producto nacional a través de su control sobre la maquinaria burocrático-militar del Estado. A diferencia de la burocracia de los países socialistas, esta minoría privilegiada es una clase social en todo el sentido del término. Posee los medios de producción en agricultura, la industria de la construcción, la industria pequeña y mediana; posee capital en el comercio interno, en la usura y la provisión de obras públicas, al mismo tiempo que controla el sector público a través de su poder de decisión económica sobre él. Incapaz de revolucionar las relaciones de producción, especialmente en el campo, ha fracasado en la tarea de la acumulación primitiva del capital, pre-requisito para el desarrollo que requiere, en los países subdesarrollados, la muy abundante fuerza de trabajo humano aprovechable (lo cual es, básicamente, una cuestión política: la movilización de las masas en cuyo beneficio se construye el socialismo). El establecimiento de industrias principalmente de consumo, equipadas para satisfacer las necesidades de esta nueva clase que aspira al prestigio social y que se identifica con la vieja burguesía y la aristocracia, no sólo retardó el proceso de acumulación primitiva sino que, condujo también a un agotamiento de la riqueza social con lo cual las transferencias en dinero efectivo fluyen desde el país hacia el mercado capitalista mundial. El resultado neto es su incapacidad para sancionar una interferencia

estricta en las actividades de este mercado; y, consecuentemente, permanecen bajo la dominación económica del neo-imperialismo. A causa de esta dependencia económica, estos regímenes son incapaces de sostener una lucha anti-imperialista sistemática (único significado real que tiene el término "independencia política"). Cuando el imperialismo está en la ofensiva, ellos se tambalean y, quizá, caen. La única alternativa para su gobierno es la contrarrevolución, un proyecto del cual no han podido erradicar el miedo (miedo a la "lucha de clases sangrienta" y a la "dictadura de una clase sobre otra"). *Los límites de semejantes regímenes son su incapacidad para dar origen a nada más que minorías privilegiadas que se transformarán, rápidamente, en nuevas clases gobernantes.* En una sociedad subdesarrollada, que vive bajo la extorsión de la escasez, semejantes regímenes tienden a ser furiosamente celosos de la dominación política que han adquirido y de los privilegios sociales que ésta les otorga. "La forma específica que toma su conciencia de clase es la vigilancia policial" (Regis Debray).

Temerosos de "sacrificar la generación presente en interés de la próxima" (Nasser), semejantes regímenes realizan formidables exacciones sobre la generación presente mientras no preparan nada para la siguiente. Dejemos que las estadísticas revelen esta miseria: el 1 % de la población rural en Egipto se apropió, en 1966, del 25 % del ingreso agrícola; mientras el 50 % no se apropió más que del 20 % de este ingreso. El ingreso anual de la primera categoría (los que poseen de 20 a 100 feddans de tierra) es de 718 libras egipcias; mientras que el de la segunda (los campesinos sin tierras) es de 13 libras egipcias.⁴⁷ En Siria, donde las estadísticas son escasas, el 50 % de la población rural no tiene tierras después de una década de reforma agraria. Entrevistado por la revista *At-Tali'a*, un obrero egipcio describe la situación de la siguiente manera: "La contradicción más peligrosa (en Egipto) es aquella entre los trabajadores, por una parte, y la ca-

beza de la pirámide (esto es, el Estado) por la otra".⁴⁸ Teóricamente, esta posición es impecable. No es necesario agregar nada.

A causa de su naturaleza peculiar como regímenes de las minorías privilegiadas y a causa de su desconfianza hacia las masas como palanca de cambio, las relaciones de esos regímenes con la reacción árabe han sido de fluctuación entre la lucha abierta y la coexistencia pacífica. En última instancia están constreñidos por sus relaciones con el neo-imperialismo (la fase específica que estas relaciones están atravesando) y por su aceptación de las reglas del juego que las oligarquías árabes les imponen sobre Palestina.

Si la unidad árabe requiere una clase hegemónica o un bloque social que pueda conseguir esta unidad entonces, claramente, el nacionalismo pequeño burgués no ha sido ni puede ser semejante fuerza hegemónica. Porque está basado sobre una clase sin unidad interna la cual, en el control político, tiende a producir minorías privilegiadas que se separan de su medio ambiente pequeño burgués para convertirse en una burguesía estatal. La clase no se gobierna a sí misma; su sector aburguesado recrea nuevas relaciones de producción a través de la maquinaria burocrática y militar del Estado. Por lo tanto, está destinada a frenar la competición de los otros sectores de su propia clase que aspiran, igualmente, al poder político como medio exclusivo de promoción social.

La guerra de junio reveló todas las contradicciones y limitaciones de los regímenes de la burguesía estatal en el Medio Oriente árabe y acarreó el comienzo de su final como regímenes nacionales hegemónicos contra el sionismo y el imperialismo.

LA GUERRA DE JUNIO

La guerra árabe-israelí de 1967 fue el producto de la *condensación*, hasta el punto de la exasperación, de las contra-

dicciones nacional-patriótica y de clases dentro de la contradicción fundamental del Medio Oriente árabe. Una vez más, esta condensación se ubicó a nivel del conflicto árabe-israelí. Estaba destinada, por tanto, a hacer erupción en la forma de una guerra árabe-israelí.

La coyuntura específica que condujo a esta guerra es la convergencia de dos tendencias: 1) el imperialismo de los EE. UU. desató una ofensiva contra los regímenes nacionalistas del Tercer Mundo y los países subdesarrollados de Europa; 2) la necesidad que el colonialismo territorial sionista tenía de los regímenes árabes débiles, subdesarrollados y subordinados al imperialismo, fue desbaratada por el régimen nasserista en Egipto y el Baas en Siria.

La ofensiva de 1960 del imperialismo norteamericano contra Vietnán, Cuba, Ghana e Indonesia alcanzó al Mediterráneo Oriental en 1967. El 21 de abril de ese año, el ejército se apoderó del poder en Grecia en un golpe maestro dirigido por la CIA. Se volvió demasiado claro que Siria y Egipto serían los próximos blancos. La cuestión era saber si el ataque vendría desde dentro o desde fuera. El 11 de mayo, un oficial israelí de alto rango pareció proporcionar la respuesta cuando amenazó con la ocupación militar de Damasco para poner fin a las incursiones de Al-Fatah sobre territorio israelí. Fue seguido, al día siguiente, por el general Rabin quien declaró que mientras el régimen del Baas no fuera depuesto en Siria ningún gobierno en el Medio Oriente podía sentirse a salvo.⁴⁹ Israel pensaba en sus intereses: la división de los Estados árabes en un campo "progresista" y un campo pro imperialista, oligárquico, neutralizaba sus designios de imponer sus hechos consumados a través de la mediación de las potencias imperialistas o preservar el *statu quo* en el cual ella tenía la delantera. No obstante, desde 1965 la organización comando palestina Al-Fatah había comenzado sus incursiones dentro de Israel. Negándose a admitir la existencia del pueblo palestino, Israel consideraba esos

actos como perpetrados por "terroristas árabes" que operaban desde Siria. Las incursiones israelíes en noviembre de 1966 contra la ciudad jordana de Samu, y en abril de 1967 contra Siria fueron consideradas por los portavoces oficiales israelíes como "incursiones de represalia" contra las actividades de los comandos palestinos.

El régimen nasserista de Egipto había estado sujeto al fuerte chantaje de la reacción árabe, especialmente de Arabia Saudita y Jordania, por la pasividad de su posición respecto de Palestina desde 1957. Las gestiones que hizo Nasser para exigir la retirada de Egipto de las tropas de la UN,⁵⁰ la concentración de tropas sobre la frontera de Israel y, finalmente, para cerrar el Golfo de Aqaba a la flota israelí (15-23 de mayo) sólo puede ser entendida dentro de este contexto. De un golpe, Nasser hizo un movimiento de solidaridad activa con la amenazada Siria y destruyó la última secuela de la agresión Tripartita de 1956. Así, se anotó una doble victoria y probó que Egipto, entre los países árabes, aún lleva la voz cantante en el asunto Palestina.

Nasser había desbaratado el *statu quo* impuesto por Israel, de 1956. La tarea era convertir su victoria en derrota. Sobre ambas cosas los israelíes y los norteamericanos estaban de acuerdo. Johnson le dijo al Ministro de Relaciones Exteriores israelí el 26 de mayo: "Si podemos derrotar a Nasser en la cuestión de los estrechos, el bloqueo será levantado, toda la maniobra estará arruinada y, aún, la posición de Nasser a la cabeza de Egipto se verá comprometida".⁵¹ Dos medios para infligir esta derrota estaban abiertos: forzar el bloqueo por medio de una armada de las potencias marítimas, incluyendo a Gran Bretaña y los EE. UU., o una invasión israelí.⁵² El gobierno y el ejército de los EE. UU. no tenía duda ninguna con respecto al resultado de esa invasión. Durante la crisis, Johnson había requerido dos veces al Pentágono que se le informara sobre el equilibrio del poder militar entre el Estado árabe e Israel y dos veces recibió la

misma enfática respuesta: si la guerra comenzaba, Israel conseguiría una victoria decisiva en unos pocos días por medio de una acometida de acorazados e incursiones aéreas contra Egipto; aún cuando Israel no iniciara el primer ataque ganaría, de todos modos, la guerra.⁵³ El 2 de junio, una importante personalidad israelita retornó de una misión secreta en Washington. Al día siguiente, Eshkol recibió un telegrama de Johnson con una omisión significativa: la solemne exhortación a Israel para renunciar a cualquier acción militar unilateral fue dejada de lado; el presidente norteamericano solamente mencionó sus esfuerzos diplomáticos. Fue después de recibir un segundo mensaje de Johnson que el Gabinete de Guerra israelí sesionó y decidió emprender la guerra.⁵⁴ El imperialismo de los EE. UU. había decidido iniciar la guerra contra los pueblos árabes *por poder*. Israel había abierto el paso a la "actuación independiente".

Una palabra sobre la famosa "amenaza de genocidio". Hemos enfatizado ya cómo el hipócrita doble lenguaje de los regímenes árabes juega en las manos de la propaganda sionista. ¿Existió alguna vez esta amenaza? En realidad, el ejército de los EE. UU. tenía un plan preparado para intervenir en el Medio Oriente en caso de que los ejércitos árabes trataran de penetrar en territorio israelí. Este plan consistía en formar una barrera de tropas norteamericanas (que ascendían a 100.000) entre los israelíes (que serían reagrupados en el centro de Israel) y los ejércitos árabes en marcha. Cuando Johnson recibió a Aba Eban el 26 de mayo y le aseguró que EE. UU. respetaría sus compromisos con Israel —de acuerdo a una declaración oficial hecha por Dulles en 1957 de defender el *statu quo* post-Suez— él recordaba este plan. Incluso, puede habérselo mencionado al Ministro de Relaciones Exteriores de Israel o hacérselo recordar.⁵⁵ Pero ¿qué tienen que decir los mismos jefes israelíes acerca de esta "amenaza de genocidio"? En una entrevista concedida a *Haretz* (22 de diciembre de 1968) el general Rabin, jefe de la

plana mayor israelí, admitió que Nasser no quería guerra pero "tenía que enfrentar una situación en la cual prefería la guerra antes que la retirada". Por otra parte, el Primer Ministro Eshkol describió el despliegue militar egipcio en el Sinaí y la actividad general sobre la zona como "una disposición militar *defensiva* egipcia sobre las fronteras del sur de Israel".⁵⁶ Una engañosa conducción política con un despliegue defensivo de tropas es una combinación bastante hábil para la perpetración de un acto de "genocidio".

La guerra de junio, una combinación de la política por otros medios, fue la derrota de la política árabe predominante tanto sobre el anti-sionismo como sobre el anti-imperialismo. Fue la derrota de los países de una región subdesarrollada, con regímenes igualmente subdesarrollados, infligida por un Estado infinitamente menor, numéricamente inferior, representante de una potencia colonizadora técnicamente avanzada, europeizada y militarista que contaba con el firme respaldo del campo imperialista.

La estrategia israelí es el sionismo aplicado al dominio militar: una desconcertante "Blitzkrieg" dirigida a la imposición de hechos, más hechos y siempre nuevos hechos. Durante toda la guerra, el ejército israelí comandó una superioridad numérica sobre los ejércitos árabes participantes, y la superioridad estratégica sobre todos los frentes. Nunca perdió la iniciativa, entonces. La estrategia árabe, o mejor su ausencia, revela hasta más no poder todas las contradicciones y limitaciones de los regímenes árabes.

La guerra árabe "defensiva" llevada a cabo por ejércitos regulares fue una parodia. Al aceptar el cese de fuego después que el principal ataque israelí hubo terminado, los Estados árabes sancionaron su propia derrota. La única alternativa que hubiera podido convertir la victoria israelí en una derrota aplastante era una guerra popular de defensa prolongada, único medio disponible para los pueblos pobres, subdesarrollados y sojuzgados contra un enemigo imperialis-

ta avanzado y fuerte. Pero esto es, precisamente, lo que los regimenes del Estado burgués no podían intentar. El ejército era su partido y el depósito de su poder político y sus privilegios sociales. El problema palestino servía para justificar su apropiación del producto excedente de los obreros a través de esta maquinaria militar-burocrática (el régimen Baas en Siria se jacta de que el 60 % del presupuesto sirio ¡está destinado a hacer frente a gastos de defensa!). Una guerra popular hubiera significado confiar en las masas, organizarlas, politizarlas y armarlas. Temerosos de las masas llevando adelante la "revolución" en su propio beneficio y desplegando frenéticos esfuerzos para despolitizarlas, esos regimenes no podían hacer semejante cosa. Una guerra popular hubiera implicado enormes sacrificios, pero esas minorías privilegiadas, celosas de su confort burocrático y sus privilegios sociales recientemente adquiridos, querían "tener su pastel y comerlo". Usaron el problema palestino para justificar su gobierno militar, única fuente de su poder y privilegios, y soñaban con una fácil victoria militar, arrullada por el mito de "los cien millones de árabes contra los dos millones de judíos".

Aún guiándose por modelos de estrategia militar clásica, uno puede decir, seguramente, que Nasser se condujo a sí mismo a una trampa. La concentración de tropas en el Sinaí fue un movimiento político, no militar. De acuerdo con el manual militar del general egipcio Farid Salamah, una posición defensiva hubiera significado la concentración de tropas en el Canal de Suez; una vez que el ejército egipcio entró en el Sinaí debió haber continuado con un ataque ofensivo dentro del territorio israelí.⁵⁷ Pero esta trampa también era política. Revela claramente la irresolución del régimen nasserista en sus relaciones con el imperialismo y, en especial, con los Estados Unidos. Toda la contradicción de la posición gira alrededor de la relación entre el Sionismo y el imperialismo. En los períodos de lucha contra la reacción

local, Nasser, invariablemente, "usó" el problema palestino para demostrar que el Sionismo, el imperialismo y la reacción árabe son uno y el mismo campo. Sólo unas pocas semanas después de la guerra de junio estaba repitiendo su famoso slogan "Israel es Estados Unidos y Estados Unidos es Israel". Pero es precisamente cuando ambos enemigos convergieron en un ataque furioso contra los pueblos árabes que Nasser se esfuerza por separarlos. En su última conferencia de prensa antes de la guerra, usó un lenguaje claramente conciliatorio hacia los EE. UU. y, hasta apeló para que el imperialismo norteamericano no interviniera en el conflicto árabe-israelí en caso de que éste estallara. La última medida tomada antes de la guerra fue la decisión de enviar a Zakaria Muhieddin (conocido por sus simpatías pro-occidentales) a Washington para discutir la crisis. La guerra comenzó antes de su partida. Por otra parte, la actitud total de los regímenes pequeño burgueses hacia el imperialismo está sintetizada en una de las interpretaciones de Nasser sobre la derrota árabe. Sostuvo que los EE. UU. engañaron a los gobernantes egipcios; porque, en vísperas de la guerra, el embajador norteamericano en El Cairo había asegurado a Nasser que los EE. UU. garantizaban que Israel no sería el primero en atacar.

LA SITUACIÓN DESPUÉS DE JUNIO: LUCHA ARMADA

La derrota militar de los regímenes árabes, de entre los cuales Egipto sufrió la mayor, inclinó definitivamente la balanza del poder en el Medio Oriente hacia el lado de las oligarquías pro-imperialistas. No obstante, el propósito principal de la agresión sionista-imperialista no fue logrado: el régimen nasserista no se derrumbó. Las masas egipcias se identificaron espontáneamente con "el principal enemigo entre los enemigos" y forzaron a Nasser a retirar su renuncia. El régimen

del Baas en Siria se retiró fríamente detrás del aislamiento de la "frase revolucionaria". El Líbano se había abstenido cuidadosamente de participar en la guerra. Sus ejércitos tenían asignada la tarea de cuidar las instituciones y firmas británicas y norteamericanas contra el terrorismo espontáneo de las masas. Hussein no tuvo otra alternativa que participar en el esfuerzo de la guerra: rehusarse a participar hubiera llevado, muy probablemente, a un levantamiento en su contra; y una victoria árabe hubiera barrido con su régimen. Arabia Saudita se las ingenió para enviar sus tropas justo a tiempo para... perder la guerra; y gran cantidad de las tropas iraquíes mandadas a Jordania fueron puestas fuera de combate antes de llegar al frente.

Una vez más, la reacción árabe impuso sus propias reglas en el juego de la política árabe. Ganó la delantera en nombre de un frente común para "borrar las secuelas de la agresión". Al principio, muchas esperanzas fueron puestas en un embargo árabe prolongado sobre el petróleo destinado a los EE.UU. y a Gran Bretaña, que hubiera dado lugar a una presión sobre Occidente para lograr la rápida retirada de Israel. Este plan fue abandonado pronto: los regímenes de los países productores de petróleo del Medio Oriente no controlan su petróleo. En pago de que se les permitiera seguir bombeando petróleo para EE.UU. y Gran Bretaña, Arabia Saudita, Kuwait y Libia acordaron pagar reparaciones anuales a Jordania y a Egipto. Así, compraron con dinero petrolífero las posiciones patrióticas y anti-imperialistas que no podían ni deseaban probar en hechos. La conferencia cumbre de Kartum, preparó el camino para la retirada de las tropas egipcias de Yemen, sólo para ser seguida por una ofensiva en gran escala, respaldada por Arabia Saudita, por parte de las fuerzas reales para apoderarse de la capital de la república. Indudablemente, el aspecto más importante de la situación posterior a junio del 67 en el Medio Oriente, es la lucha de liberación nacional del pueblo palestino: un suceso que re-

volucionó toda la situación en la zona. En realidad, las mayores organizaciones palestinas habían existido desde antes de la guerra de junio. El núcleo de Al-Fatah estaba ya constituido a fines de la década del 50 y lanzó su primera operación militar el 1º de enero de 1965. La Organización de Liberación Palestina fue constituida durante las reuniones cumbre de 1964 y 1965. Alrededor de la misma época, la rama palestina del Movimiento Nacionalista Árabe estableció sus propias formaciones militares que, más tarde, adquirieron el nombre de Frente Popular para la Liberación de Palestina (del cual se desprendió un sector marxista-leninista en febrero de 1969 para formar el Frente Democrático Popular).

Este cambio radical en la vida política del pueblo palestino resultó de la combinación de dos factores: 1) la aparición de una nueva generación de palestinos que habían experimentado solamente la vida de los campos de refugiados. Su repudio a las atroces condiciones, y el hecho de que fueran, relativamente, libres de las trabas que ataban a la vieja generación los forzó a plantear el problema palestino a lo largo de líneas radicalmente diferentes; 2) la creciente decepción por parte de los elementos politizados entre los palestinos con la conducción de las luchas anti-sionista y anti-imperialista en la zona, a saber, el Bass y el nasserismo. Los palestinos se destacaron en esos movimientos, tranquilizados por la creencia de que la liberación de Palestina se efectuaría a través de la liberación del imperialismo de los países circunvecinos y la realización de, por lo menos, las medidas preliminares tendientes a alguna forma de unidad árabe: Palestina iba a ser liberada para los palestinos por los ejércitos árabes. No es, entonces, accidental que la aparición de las vanguardias armadas del pueblo palestino coincida con la estricta decadencia de la lucha anti-imperialista en la zona y con el desbaratamiento del primer intento para una unidad árabe entre Siria y Egipto (fase significativamente caracterizada por el olvido del problema palestino).

Abandonada a su propio impulso, la lucha de liberación palestina sólo pudo desarrollarse lentamente. A causa de la derrota de junio de 1967, creció a pasos agigantados.

Por primera vez desde 1948, los palestinos están liberándose del patronazgo de los distintos regímenes árabes y han tomado, finalmente, en sus propias manos la lucha que es primordialmente suya. En medio de la aplastante humillación de la tercer derrota militar de los ejércitos regulares árabes, un pueblo —hasta ahora dispersado, mistificado y oprimido— resucita. Ha aprendido una lección esencial: confianza en sí mismo. Llegó a comprender que la de-sionización de Palestina es la única manera de ejercitar su derecho a la autodeterminación nacional. Y este derecho sólo puede ser reforzado por un medio decisivo: una lucha popular prolongada. La guerra de junio, por fin, había revelado la incapacidad de los regímenes árabes reaccionarios y pseudo-progresistas para imponer sobre Israel su propia “solución” al problema palestino: la implantación de las resoluciones de la UN sobre la partición de Palestina, la internacionalización de Jerusalén y la llamada “solución humanitaria para el problema de los refugiados”.

LA AUTODETERMINACIÓN NACIONAL

A través de la lucha armada y de la propaganda mediante los hechos, el pueblo palestino quiere imprimir sobre la comunidad judía en Palestina esta condición: “si queréis permanecer en esta tierra, libráos del Sionismo y aceptad vivir con nosotros como iguales”. Una Palestina de-sionizada y democrática debe abolir las siguientes características estructurales del Estado de Israel: 1) la soberanía judía sobre Palestina; 2) Palestina como el Estado de todos los judíos en el mundo; 3) el secuestro de las tierras y propiedades árabes; 4) la discriminación racial contra los árabes y los judíos orien-

les; 5) la subordinación al imperialismo. Esta solución del problema palestino presupone, naturalmente, un proceso revolucionario que vencerá la superioridad israelita en la relación de fuerzas existentes al presente entre los árabes e Israel. Es la única forma en que puede materializarse el derecho del pueblo palestino a su autodeterminación nacional.

El papel de los revolucionarios israelíes consiste en participar en esta lucha anti-sionista. La tradición del anti-sionismo se extiende desde Lenin y la Comintern hasta el apoyo actual para la lucha palestina de los Partidos cubano, chino y vietnamita; el enemigo del pueblo palestino es la estructura sionista de Israel y no el pueblo judío en sí mismo. Los habitantes judíos de Israel pueden participar en esta lucha por medio del trabajo político contra el opresivo Estado del cual son ciudadanos, porque la contradicción principal está planteada entre el Sionismo y el pueblo palestino y no entre los pueblos judío y palestino. En cuanto el Sionismo es la estructura que liga a la comunidad judía en Palestina, esta comunidad es, objetivamente, una comunidad *opresiva* (en el mismo sentido en que Lenin usó el término cuando se refirió a Rusia como una "nación opresiva"). Colocar los "derechos" de ambos a un mismo nivel es no comprender la cuestión. Es *después* de la desionización de Palestina que surgirá el problema de los derechos de la minoría judía, no dentro del contexto de la misma Palestina (donde judíos y árabes serán institucionalmente iguales) sino dentro del contexto de una república unida del Medio Oriente. Aquí, los derechos de la minoría judía deberán ser concebidos del mismo modo que los de otras minorías (los kurdos de Iraq y Siria y los africanos del Sudán Meridional).

HACIA LA GRAN ALIANZA

La relación entre los regímenes árabes y el movimiento de liberación palestino gira alrededor de una contradicción esen-

cial. Cuando una rápida retirada israelí de los territorios ocupados demostró ser improbable, esos regímenes vinieron, gradualmente, a apoyar a los *fedayin* palestinos. Vieron, y aún ven, en ellos fuerzas auxiliares irregulares que llevan a cabo operaciones militares dentro de las líneas enemigas con el objeto de presionar a Israel para que implante la resolución de la UN del 22 de noviembre de 1967. Esto está tan lejos de ocurrir como el apoyo de los regímenes árabes a la lucha de liberación nacional del pueblo palestino. Para el último por supuesto, la cuestión es, también, derrocar al sionismo en lo que se llama actualmente "pequeño Israel". Mientras los regímenes árabes se cierran a la llamada "solución pacífica" impuesta por los Cuatro Grandes, tendrán que liquidar la guerrilla palestina. El único margen aparente para un compromiso es la idea del Estado palestino en Gaza y en la margen occidental; pero esta idea ha sido, también, rechazada por los *fedayin*. Todos los acontecimientos en el Medio Oriente durante los meses pasados atestiguan este hecho.

Colocado en su propio contexto, el papel revolucionario desempeñado por el movimiento de liberación palestino en los países que rodean a Palestina puede ser resumido como sigue: primero, al tomar el problema palestino en sus propias manos, las vanguardias armadas del pueblo palestino le han quitado, *objetivamente*, a los regímenes árabes la oportunidad de manipular este problema de un modo tal como para entorpecer la lucha interna de clases sostenida contra ellos. "La unidad nacional" contra el enemigo extranjero (Israel) es una forma de chantaje que está perdiendo rápidamente su efecto: el punto de referencia en Palestina ha pasado a ser los mismos palestinos, no los regímenes árabes. Flanqueados por el mismo pueblo al cual oprimieron durante años, los regímenes árabes están, cuanto más, a la defensiva en lo que se refiere a Palestina. Segundo, la clásica respuesta israelí a las operaciones de los *fedayin* son los ataques contra los países árabes circunvecinos. Pero, el hacer esto, Israel está, de

hecho, cavando su propia tumba y la de los regímenes árabes "moderados" al mismo tiempo. Cada incursión israelí es una nueva prueba de los límites que ningún régimen árabe actual puede traspasar en su oposición a la colonización sionista: las limitaciones de la alianza común tanto de las oligarquías árabes como del Sionismo con un amo común —el imperialismo norteamericano— y las limitaciones impuestas por la incapacidad de los regímenes pequeño burgueses de Siria y Egipto para conseguir la emancipación integral, política y económica del campo imperialista y para llevar a cabo una lucha anti-imperialista coherente. Tercero, el movimiento de liberación palestino no puede ser aplastado ahora sin enfrentar a las fuerzas internas anti-imperialistas y anti-capitalistas. Esta es la esencia de los recientes acontecimientos libaneses (abril-mayo de 1969), donde el intento de la burguesía comercial-financiera de aplastar las guerrillas palestinas que operaban desde el sur del Líbano fue frustrado por las mismas fuerzas que esta burguesía explota: campesinos, obreros, estudiantes y palestinos en el exilio dirigidos por las organizaciones de la naciente izquierda revolucionaria.

CONCLUSIÓN

A lo largo de este artículo se ha demostrado que lo que se denomina Revolución Árabe es, *potencialmente*, una combinación de dos luchas, relativamente autónomas, aunque dialécticamente interrelacionadas: la lucha de clases anti-imperialista y la lucha anti-sionista. Ninguna puede ser postergada para esperar el resultado de la otra. Ninguna es un sustituto para la otra. La cuestión es estratégica: ¿qué eslabón en la cadena sionista-imperialista en el Medio Oriente es el más fácil de romper primero? *No es probable que el Estado sionista sea el eslabón más débil en esta cadena bajo las condiciones prevalecientes en la zona.* Además, las fuerzas del pueblo

palestino no son en sí mismas lo suficientemente fuertes como para romperlo si por esto se entiende derrotar, también, a las potencias imperialistas que sustentan el Estado de Israel. Esto no significa que la lucha armada del pueblo palestino deberá esperar la ruptura del eslabón más débil en alguna otra parte, o que esta lucha deberá ser trasladada a un frente diferente. En la relación actual de las fuerzas en la zona, esto solamente significa que, sin un respaldo seguro, la lucha armada palestina no puede sobrevivir ni convertirse en una guerra popular. Enfrentada con la inminente amenaza de ser liquidada, tendrá que devolver el golpe. No puede luchar indefinidamente contra dos enemigos. En Jordania, el poder dual existente entre la monarquía Hashemita, por una parte, y el pueblo palestino levantado en armas, por la otra, no puede durar mucho. Tendrá que ser resuelto de un modo u otro. Y es a través de esta y otras confrontaciones que el pueblo palestino conocerá quiénes son sus reales amigos y enemigos. Tendrá que elegir entre deponer sus armas o aliarse definitivamente a las clases y movimientos que sostienen la lucha interna anti-imperialista. La lucha anti-sionista deberá fusionarse, entonces, con la lucha de clases. Pero para que esto ocurra, las fuerzas de la última tienen que ser estructuradas. La derrota de junio de 1967 ha estimulado el proceso de desintegración del P.C. árabe y del nacionalismo pequeño burgués, al mismo tiempo. Lo último se pone de relieve por las divisiones dentro del Movimiento Nacionalista Árabe, el único desprendimiento organizado del nasserismo. El Movimiento Nacionalista Árabe está disuelto ahora, dejando sólo grupos marxista-leninistas entregados a una sistemática y sostenida lucha anti-imperialista en la mayoría de los países del Medio Oriente, llevada a cabo por las masas de obreros, campesinos e intelectuales revolucionarios. La desintegración del P.C. árabe está perfectamente representada por las cinco o seis divisiones que el P. C. libanés ha atestiguado desde 1964 y, especialmente, por la división del P.C. iraquí en el verano

de 1967, conduciendo el primer experimento de guerra de guerrillas rural en el Iraq Meridional.

Estos acontecimientos no reflejan tanto el ascenso de una nueva clase al escenario de la política árabe como la asfixiante crisis de la actual conducción de la revolución árabe: la pequeña burguesía urbana. La tarea de los revolucionarios en el Medio Oriente es atraer a los obreros y campesinos al ruedo político bajo sus propias consignas e ideología. Esto sólo puede conseguirse forjando los instrumentos teóricos y organizativos para la realización de esta gran misión histórica. En el proceso, la Gran Alianza será consolidada entre las dos divisiones de la revolución árabe: las organizaciones armadas del pueblo palestino y las vanguardias proletarias de las masas árabes. De esta victoria depende.

Mayo de 1969

APENDICE SOBRE LA ESTRUCTURA DE CLASES PALESTINA

En vísperas de la guerra de junio, el pueblo palestino ascendía a cerca de 2.350.000, dividido en general en: ¹

Refugiados:

(con o sin ayuda de la UNWRA *) 57 %

No refugiados: 43 %

Jordanos (margen occidental) 20 %

Gaza 6 %

* United Nations War Refugees Agency (Agencia para refugiados de guerra de las Naciones Unidas). [N. del E.].

	12 %
Arabes israelíes	5 %
Otros	

La distribución geográfica total de los palestinos era como sigue:

Jordania	52 %
Gaza	17 %
Israel	12 %
Líbano y Siria	13 %
Otros (Golfo Arábigo, EE.UU. y Africa del Norte)	6 %

Ninguna investigación de las bases sociales de la lucha de liberación palestina deberá dejar de tener en cuenta lo siguiente:

1) La dispersión del pueblo palestino y la dominación de la cuestión nacional sobre su existencia estaba obligada a conducir a una relativa confiscación de la lucha entre sus distintos grupos sociales. Víctima del *desplazamiento* colonialista sionista, el objetivo principal del pueblo palestino es la *reintegración* de su país. Las posiciones de sus distintos grupos sociales están determinadas por, y refractadas a través de, la cuestión nacional misma.

2) En tanto existe una burguesía palestina integrada dentro de las economías árabes —como es el caso de Jordania y el Líbano— la posición de esta burguesía está regida por su subordinación a las oligarquías gobernantes de los dos países. Tradicionalmente, éste era el vínculo que subordinaba la lucha de los palestinos a los intereses de los regímenes árabes. Su posición actual no puede ir más allá de la posición oficial de esos regímenes: la implantación de la resolución de la UN sobre Palestina (tener presente que la burguesía pa-

lestina en Jordania tiene un real interés en la reintegración de la margen occidental a Jordania, dado que la mayoría de sus intereses económicos están concentrados allí).

3) La fuerza social con el interés más coherente en la desionización completa de Palestina está constituida por los refugiados, obreros y campesinos que no tienen nada que perder en el exilio sino sus carpas, la competición del trabajo local y la explotación. Tienen todo un país para ganar. Difícilmente puede sorprender que ellos constituyan los soldados de las organizaciones de la guerrilla.

4) La pequeña burguesía palestina, que es relativamente numerosa, desempeñan al presente un papel dominante en la conducción de la lucha de liberación. El bloqueo a las oportunidades de empleo para los palestinos en la mayoría de los países del Medio Oriente —y, recientemente, en el Golfo Árabe— ha llevado a muchos miembros de esta clase a unirse a la lucha armada. Pero, si esta clase constituye el principal aliado *político* de los refugiados, obreros y campesinos es, no obstante, su principal enemigo *ideológico*.

Si la victoria final de la lucha de liberación palestina depende de su alianza con las fuerzas anti-imperialistas del Medio Oriente, la condición previa para esta alianza es lograr la conducción política y la hegemonía ideológica de los refugiados, obreros y campesinos sobre un amplio frente nacional de todas las fuerzas patrióticas palestinas. Esto requiere la organización tanto política como militar y la producción de un marxismo "nacional árabe".

Después de la guerra de junio han ocurrido cambios radicales. La mayoría del pueblo palestino está ahora bajo la ocupación israelí: 1.565.000 de personas, o sea el 65 % del total. En Jordania, la proporción entre refugiados y no refugiados es de 2:1.² Dos características destacables se deducen de ello:

1) La ocupación cuenta con un razonable número de colaboradores; a) la burguesía de la margen occidental que se encarga del tráfico entre el "pequeño Israel" y la propia margen occidental, por una parte, y Jordania y todo el Medio Oriente, por la otra; b) los viejos soportes de la monarquía Hashemita (alcaldes, muktars, funcionarios, etc.); c) los "gestores laborales" de Gaza y de la margen occidental que proveen a la economía israelí con mano de obra árabe barata, traída de los territorios ocupados.

2) Después de junio de 1967, el colonialismo sionista reveló su segunda naturaleza: la de la dominación y explotación de una población indígena por parte de una comunidad europea, sobre el modelo sudafricano. Esto está ejemplificado en el plan de Dayan que exige la integración *económica* en Israel de la mano de obra barata y despoja, al mismo tiempo, a esos árabes de todos los derechos *políticos*. Esta nueva política enfatiza, además, que la solución radical al problema palestino es imposible sin la destrucción del capitalismo "colectivo" israelí.

M. A. Malik

Comentario al artículo de Trabulsi

Quien que haya escrito un artículo tan rico en información y tan profundo como el de Fawwaz Trabulsi merece la gratitud del lector. La única razón del siguiente comentario crítico es que el objetivo que el autor se fija a sí mismo, es decir, el proporcionar un "marco de referencia marxista-leninista" para la comprensión de la lucha palestina de liberación es todavía más ambicioso. Si uno estudia los ejemplos clásicos de análisis marxista-leninista (*El desarrollo del capitalismo en Rusia* de Lenin, *Informe de una investigación sobre el movimiento campesino de Hunan* de Mao) puede notar una serie de rasgos comunes. En primer lugar, fueron producidos en un punto de viraje del desarrollo del movimiento revolucionario y proporcionaron un fundamento teórico para una línea política totalmente nueva, conduciendo a una estrategia y a una forma de organización revolucionaria totalmente nuevas (el Partido Bolchevique, el Ejército Popular de Liberación). Usualmente, un análisis marxista-leninista de este tipo es la destilación de una investigación original de las coordenadas objetivas de la lucha de clases y de la participación directa en esta lucha. El objetivo de esta breve reseña es, simplemente, recordarnos a nosotros mismos que redescubrir la realidad social con la terminología apropiada ("contradicción", "lucha de clases", etc.) no es lo que se entiende por análisis marxista-leninista. Con seguridad no resultará dema-

siada exigencia para camaradas comprometidos con el trabajo teórico que insistamos en la necesidad de una investigación original de las relaciones de clases allí donde la ciencia burguesa existente es inadecuada (lo cual es, con frecuencia, el caso). Esta investigación debe ser guiada por una rigurosa atención puesta en los principios fundamentales del socialismo científico y enriquecida por las lecciones de la lucha.

Fawwaz Trabulsi tiene éxito, seguramente, en establecer que un análisis marxista-leninista de la lucha palestina sería ahora más oportuno. Proporciona una explicación contundente del fracaso de la dirección árabe en el pasado, en especial en su discusión de la debilidad de los regímenes nacionalistas pequeño-burgueses. El triunfo de la revolución palestina sobrevendrá sólo con el surgimiento de un análisis y de una estrategia totalmente nuevos. Trabulsi postula, pienso que correctamente, que la lucha palestina debe ahora basarse en la "confianza en uno mismo" y en la "guerra popular prolongada": en realidad, el propio movimiento de palestino liberación nos deja estas enseñanzas. Si este es el caso, lo que se necesita entonces ahora es un análisis realmente específico de Israel y de la nación palestina, conformado de acuerdo a los principios marxistas-leninistas. Como Lenin gustaba de decir, el núcleo vivo del marxismo es el análisis concreto de una situación concreta. Inconscientemente, Trabulsi cae víctima de los errores ideológicos de los que se nutren el sionismo y el nacionalismo árabe, debido a su negativa a efectuar un análisis científico de la estructura de clase de los pueblos judío y palestino. Por ejemplo, escribe como si aceptara el mito de que Israel se ha evadido mágicamente, por una u otra razón, de las contradicciones de clase que están en el fundamento de todas las sociedades capitalistas, aun cuando no se manifiesten como conflictos sociales por largos períodos. Esto es particularmente sorprendente por el hecho de que Trabulsi distingue con claridad la colonización sionista de variantes

más familiares en otros casos (por ejemplo, Sudáfrica): la población judía de Israel constituye una estructura social completa y el capitalismo israelí depende más de la explotación de los obreros judíos que de la super-explotación de la minoría palestina. Hasta este momento todo ha conspirado para mantener la homogeneidad de la comunidad judía en Israel: las circunstancias de la fundación del Estado de Israel, la doble función de la Histadruth (empleadora y sindicato al mismo tiempo) y la propaganda de los chovinistas árabes. Sin embargo, la guerra de Junio y sus consecuencias mostraron claramente la naturaleza agresiva del sionismo ante las masas israelíes e incrementaron la explotación del proletariado judío. (La huelga de los estibadores de Ashdod fueron un signo de lo que decimos en el nivel económico, y las nuevas corrientes anti-sionistas que comienzan a surgir entre los estudiantes y el medio intelectual son desarrollos potencialmente valorables en el nivel político). Por supuesto que sigue siendo cierto que los judíos israelíes se movilizan intensamente en la actualidad detrás del sionismo: en realidad, bien pueden estar movilizadas más plenamente que cualquier movimiento árabe. Pero no es concebible, en interés de los movimientos de liberación, aceptar sencillamente este estado de cosas, como Trabulsi parece hacerlo. ¿Qué hacer, por ejemplo, con la siguiente afirmación del apartado titulado: "Imposibilidad de las alianzas de clases", que parece ser todo lo que Trabulsi tiene que decir acerca de las fuerzas políticas dentro de Israel: "La historia completa de Partido Comunista de Palestina puede ser vista como el registro de la imposibilidad de romper la barrera nacional provocada por la colonización sionista al establecimiento de una alianza de clases árabe-judía perdurable. En todas las fases decisivas del desarrollo del problema palestino, el Partido o se dividió o fue purgado a causa de las diferencias en la determinación del enemigo principal, o en la interpretación de un suceso político mayor"?

Sólo un punto de vista totalmente filisteo de la política revolucionaria supone que estas escisiones y purgas, en los puntos de mayor importancia, pueden evitarse. La orientación política precisa del RAKAH deja sin duda mucho que desear desde una perspectiva revolucionaria; como lo mismo podría decirse de muchos otros Partidos Comunistas, no necesitamos atribuírselo exclusivamente al contexto israelí. La expulsión de la fracción chovinista de Mikunis, y la consiguiente derrota política que el RAKAH le infligió, es un motivo de felicitación más que de censura. Por supuesto que es muy difícil representarse mentalmente en las actuales circunstancias una "alianza de clases" en vasta escala, pero este hecho no debería ser usado para desacreditar todo intento de arrebatarle sectores de las masas judías al sionismo. Sostener una guerra popular prolongada significa tratar, por todos los medios posibles, de debilitar la moral del enemigo y de ganarse la población que controla. Esto implica prestarle mucha atención a los antagonismos sociales en el campo del enemigo y favorecer la aparición de fuerzas políticas con las que pueda alcanzarse cierto acuerdo. Un enfoque así sería totalmente incompatible con el simple descarte del RAKAH, que sigue siendo una fuerza anti-sionista significativa dentro de Israel. Significaría también favorecer el desarrollo de grupos como el MATZPEN, que apoyaron la lucha de liberación desde el interior de Israel. Despreciar estos principios completamente elementales es continuar persiguiendo en la práctica una estrategia que ya demostró tres veces su total bancarrota.

La vaguedad de Trabulsi sobre las fuerzas políticas y sociales dentro de Israel es complementada por una falta similar de precisión cuando examina el pueblo palestino. Hay poco más de una línea en todo el artículo sobre la composición de clases de la nación palestina y ninguna discusión que valga la pena de las corrientes políticas del movimiento de liberación.¹ En su lugar, leemos afirmaciones como las siguien-

tes: "En medio de la aplastante humillación de la tercer derrota militar de los ejércitos regulares árabes, un pueblo —hasta ahora dispersado, mistificado y oprimido— resucita".

¿Cuál es el significado, en este contexto, de "hasta ahora"? Los palestinos están, por cierto, todavía "oprimidos" y es improbable que hayan ya superado adecuadamente su dispersión y mistificación. En la lucha contra el imperialismo es, con frecuencia, correcto para los marxistas-leninistas el reunir amplios frentes nacionales: este es claramente el caso en la lucha palestina. Pero, al mismo tiempo, es su deber tener una clara idea de las fuerzas de clase y políticas implicadas. Además, y donde fuera posible deberían tratar de alcanzar una cierta autonomía relativa en la lucha y prepararse para la posibilidad de que la dirección nacional existente pruebe no ser lo suficientemente resuelta, en especial si se espera que la lucha sea larga. En este caso es por cierto probable que se produzca una presión poderosa a fin de liquidar la lucha si se puede elaborar un acuerdo entre, digamos, las grandes potencias, Israel y Egipto. Lin Piao escribe en "*¡Viva la victoria de la guerra popular!*" como sigue: "La experiencia pasada nos enseñó que ...estábamos sujetos a errores de "izquierda" cuando rompimos con la pandilla dirigente del Kuomintang, y que estábamos sujetos a errores de derecha cuando nos unimos a ella. Después de superar el oportunismo de "izquierda" y de la formación del Frente Nacional Unido Anti-Japonés, el mayor peligro en nuestro Partido fue el oportunismo de derecha o capitulacionismo".²

Puede muy bien ocurrir que en el período actual de frente anti-imperialista y anti-sionista en el mundo árabe (el cual es completamente correcto) el oportunismo de derecha sea también ahora el peligro mayor. La respuesta del Partido Comunista Chino en los primeros años de la década del cuarenta a los peligros inherentes a la alianza con el Kuomintang fue lanzar dentro del partido una campaña de rectificación. Un grupo revolucionario se encontrará necesariamente alia-

do en un frente anti-imperialista con fuerzas políticas dominadas por una visión alienada de las clases y por todo tipo de chovinismos, fanatismos religiosos y otras ideas reaccionarias. Esto hace de lo más necesario el asegurar una correcta formación política *dentro* de las filas revolucionarias y ser de lo más atento a los principios fundamentales del marxismo y del leninismo (materialismo en filosofía, análisis de clase en política, etc.). Trabulsi parece no ser muy sensible a estos problemas. Es, por ejemplo, altamente probable que la relativa pasividad política de las masas árabes en ciertos puntos críticos de la lucha sea, en parte, la consecuencia de su subordinación a la reaccionaria ideología islámica. En lugar de afrontar este problema, muchos "marxistas" revisionistas trataron de demostrar que no existe incompatibilidad entre el Corán y *El capital*. Trataron también de disolver la identidad independiente de los partidos a los que pertenecen. En resumen, precisamente el oportunismo y el capitulacionismo sobre el que nos previene Lin, son el mayor peligro en las alianzas policlasistas.

Un principio fundamental del marxismo-leninismo que el propio Trabulsi expone en una forma más bien confusa es el relativo al derecho a la autodeterminación nacional. Como la justicia de la lucha del pueblo palestino se origina en gran parte en este principio, se requiere también ser absolutamente claro en su aplicación. La fórmula más bien vaga sobre los judíos, kurdos y sudaneses meridionales, que les promete derechos "minoritarios" en un futuro Medio Oriente liberado, parece negar a estos pueblos el derecho a la autodeterminación. La diferencia vital en este problema ha sido claramente establecida por A. Said y M. Machover: "...si uno considera la situación vigente después de una revolución social victoriosa, después de la derrota del imperialismo y del sionismo, no existirá entonces un problema palestino separado, sino más bien el problema de los diversos grupos nacionales que viven en el mundo árabe (kurdos, judíos israelíes, sudaneses meri-

dionales). Este problema puede resolverse sólo garantizando a estas nacionalidades el derecho a la autodeterminación nacional. Por supuesto que el reconocimiento del derecho a la autodeterminación no significa el favorecer la separación: por el contrario, proporciona la base correcta para la integración sin compulsión o represión. Por otra parte, la autodeterminación en el Medio Oriente es imposible en tanto esta región esté bajo la dominación directa o indirecta del imperialismo, sino sólo después de su liberación... En particular, esta situación presupone la liquidación del sionismo".³

Existe una razón de peso por la que estos problemas deberían ser enfrentados ahora, aunque no admitan una solución práctica antes de la liquidación del sionismo: a saber, que la derrota del sionismo será enormemente facilitada por una concepción leninista sobre la nación judía en el Medio Oriente. (De la misma forma, los revolucionarios iraqueses harían muy bien en respetar el derecho a la autodeterminación del pueblo kurdo). La vaguedad o el embuste en esta materia sólo puede favorecer la propaganda sionista y estorbar la aparición de una poderosa fuerza anti-sionista en la comunidad judía.

MAXIME RODINSON

LA CRISIS ARABE-ISRAELÍ Y EL PORVENIR DEL SOCIALISMO

1 Cf. entre tanto S.F. Bloom, *The World of Nations*, New York, Columbia University Press, 1941; D. Boersner, *The Bolsheviks and the national and colonial question (1917-1918)*, Ginebra, Droz y París, Minard, 1957 (colec. *Etudes d'histoire économique, politique et sociale*, XX); H. Carrère D'Encausse y S. Schram, *Le marxisme et l'Asie, 1853-1964*. París. A. Colins, 1965. [Ediciones Signos anuncia la próxima aparición de ediciones castellanas de Bloom y Carrère d'Encausse Schram].

2 V. Lenin, *Notas críticas sobre el problema nacional, Del derecho de las naciones a la autodeterminación*, Obras completas, t. XX p. 397.

3 *Ibidem*, p. 409.

4 *Ibidem*, p. 409. El subrayado me pertenece.

5 M. Rodinson, *Israel, fait colonial?* (en *Les Temps Modernes*, n. 253 bis, pp. 17-88. [Hay edic. castellana]).

6 V. Lenin, *op. cit.*, p. 405. El subrayado es de Lenin.

7 He desarrollado este tema en mi artículo, "Israel, une lutte de libération nationale?" (en *Partisans*, n. 21, 1965, pp. 34-40).

8 Cf. mi artículo "Marxisme et racisme" (en *La Nef*, n. 19-20, 1964, pp. 49-60).

9 Cf. por ejemplo, Clara Malraux, *Civilisation du Kibboutz*, Paris, Gonthier, 1964 (Colec. *Femme*). Uno de los mejores relatos que conozco sobre la vida cotidiana del kibbutz, despojado de la idealización habitual se encuentra en la novela (probablemente autobiográfica en gran parte) de Maurice Politi, *Les évadés du Paradis*, Paris, Gallimard, 1963. Agregó que este lúcido cuadro no surge de una posición denigratoria. Si no me equivoco el autor sigue siendo sionista.

10 Gi Friedmann, *Fin du peuple juif*. París, Gallimard, 1965 (Colec. *Idées*), p. 94. [Hay edic. castellana].

- 11 A. Meister, *Principes et tendances de la planification rurale en Israel*, Paris/La Haya, Mouton, 1962 (Colec. *Recherches cooperatives*, 1).
- 12 *Ibid.*, p. 125.
- 13 *Ibid.*, p. 109.
- 14 *Ibid.*, p. 129. Pero se podría decir mucho más.
- 15 M. Rodinson, "Sionisme et socialisme" en *La Nouvelle Critique*, n. 43, 1953, pp. 18-49. Ahora repudio evidentemente algunas formulaciones de este artículo solicitado entonces por el PCF por razones de circunstancia muy discutibles. Pero creo que el núcleo sigue siendo válido.
- 16 G. Friedmann, *op. cit.*, p. 95 y ss.
- 17 B. Goriely, *Cette année à Jerusalem*, París, Lausanne. Basilea. Edit Vineta, 1951, p. 69.
- 18 No considero el problema de la autogestión. Es conocida la existencia de unidades productivas de autogestión en Argelia y su desarrollo en Yugoslavia. Tanto en uno como en otro caso, el dominio del Estado sobre estas unidades sigue siendo fuerte. Lo que interesa para nuestro análisis es la supresión (o la fuerte limitación) de la propiedad privada de los medios de producción. Es sobre la base de este criterio que generalmente se definen como socialistas a la URSS, China, Yugoslavia, Cuba; es decir, en el sentido de que la propiedad de las unidades productivas pertenece (más o menos teóricamente) al Estado o a las colectividades de productores. No existe ninguna razón para juzgar de otra manera a los países árabes.
- 19 Cf. Abdallah Laroui, *L'idéologie arabe contemporaine*. París, Maspéro, 1967 (colec. *Les textes à l'appui*) y M. Rodinson, "Marxisme et Tiers Monde" (en *Trois Continents*, n. 2, 1967, pp. 32-38).
- 20 De aquí el hecho, que despierta indignación entre los europeos, de la simpatía muy difundida en los países árabes de Oriente por la Alemania y la Italia fascistas entre 1933 y 1943. Las amistades entabladas en esa época explican fenómenos desagradables como la presencia en Egipto de técnicos alemanes, ex nazis, aunque su papel haya sido exagerado por la propaganda sionista. Por otra parte, la misma lógica había impulsado a algunos judíos de Palestina, enceguecidos por la lucha antibritánica, a buscar contactos del mismo género (cf. M. Rodinson, *Israel, fait coloniale?*, edic. cit., p. 56). En cuanto al entendimiento de sionistas con antisemitas, se trata de un fenómeno recurrente en la historia (cf. *Ibid.*, pp. 34 y 52).
- 21 De aquí los entusiastas aplausos de la derecha al discurso de Mikunis, del 4 de julio, en la Knesset. Era el regreso del hijo pródigo.
- 22 La idea ingenua del marxismo ideológico según la cual una estructura interna socialista debía provocar necesariamente el comportamiento

altruista de una colectividad nacional con respecto a las otras, ha sido desmentido muchas veces por los hechos y, si se observa bien, no puede justificarse en el plano teórico Cf. M. Rodinson, *Israel, fait colonial?* p. 74.

23 Cf. el artículo de W. Soulima, en *Correspondance internationale*, n. 34, 21 de junio de 1967, en el cual el autor cita un cierto número de hechos con respecto a esto y adelanta algunas hipótesis explicativas. Aunque algunos son refutados, sigue en pie un núcleo de hechos desconcertantes y la hipótesis general contiene al menos una parte de verdad, Cf. en el mismo sentido las revelaciones de un periódico sensacionalista de extrema derecha, *Minute*, n. 272, 15-21 de junio de 1967, p. 12, bajo el título: "Dayan ha debido vencer primero a Eshkol". Pareciera que estuvo bien informado por sus amigos israelíes.

24 "È possibile Israele senza sionismo?", en *Rinascita*, 16 de junio de 1967, p. 5.

25 Cf. un tanto en el mismo sentido, la conclusión del artículo de Abdallah Laroui, "Un problème de l'Occident", en *Les Temps Modernes*, n. 253 bis, pp. 295-316.

26 No ha sido puesto en evidencia que el estrecho de Tiran y el golfo de Akaba tienen dos orillas. En la orilla saudita, aunque nunca estuvo custodiada por ningún "casco azul", tampoco nunca se vio que la sombra de algún cañón obstaculizara el tráfico israelí.

27 Entre los dirigentes árabes, el que más avanzó en la búsqueda de un acuerdo con Israel fue el rey Abdallah de Jordania, que puede ser juzgado de muchas maneras, pero al que nadie puede considerar representante de una tendencia progresista. Otros acuerdos actuales son secretos y a veces caprichosos. Pero el odio hacia el nasserismo (del que he tenido testimonios directos) ha impulsado a los reaccionarios árabes a buscar al menos el apoyo israelí.

FAWWAZ TRABULSI

EL PROBLEMA PALESTINO

- 1 Un análisis cuidadoso del Sionismo requeriría una explicación de sus orígenes materiales en Europa, como respuesta al anti-semitismo, y de su papel dentro del movimiento internacional de la clase obrera, donde fue condenado por Lenin, Trotzki y Kautsky. Ver *La Cuestión Judía: Una Interpretación Marxista*, por Abraham Leon, México, 1950.
- 2 *The Other Israel*, por la Organización Socialista Israelí, p. 2.
- 3 Herzl escribió en sus diarios: "Cuando ocupemos la tierra... ex-

propiaremos poco a poco la propiedad privada en los Estados que se nos asignen. Trataremos de desanimar a la población pobre alejándola más allá de la frontera, procurando empleo para ella en los países intermedios y negándole cualquier empleo en nuestro país... Tanto el proceso de expropiación como el de eliminación de los pobres deberá ser llevado adelante discretamente y con circunspección". (*The Complete Diaries of Theodor Herzl*, vol. I, p. 88).

4 Ver Hyanson, *Palestine Under the Mandate*, Londres, 1950, p. 10.

5 Aún cuando él mismo no es partidario de la retirada de los territorios ocupados, Dayan da una idea clara de lo que esta cuestión significa. En una entrevista de un programa de televisión norteamericano, "Enfrente la Nación", del 11 de junio de 1967, tuvo lugar el siguiente intercambio:

Sidney Grusen (del *New York Times*). "¿Hay alguna posibilidad de que Israel pueda absorber el gran número de árabes sobre cuyo territorio ha ganado el control ahora?"

Dayan: "Económicamente podemos, pero creo que eso no está de acuerdo con nuestros planes para el futuro. Eso convertiría a Israel o en un Estado bi-nacional, o en un poli-estado judío-árabe, y nosotros queremos tener un Estado judío. Podemos absorberlos pero no sería el mismo país".

Grusen: "¿Entonces es necesario, en su opinión, mantenerlo solo y puramente como un Estado judío?"

Dayan: Absolutamente, absolutamente, queremos un Estado judío como los franceses quieren un Estado francés". (Transcripción de la CBS, p. 13. Las bastardillas son mías: F. T.). El símil usado por Dayan difiere escasamente del usado previamente por Chaim Weizmann ("Palestina se tornará, al fin, tan judía como Inglaterra inglesa"); su contenido es idéntico.

6 Lorand Gaspar, *Histoire de la Palestine*, París, 1968, p. 85.

7 Herzl, *op. cit.*, p. 340.

8 "Una vez liberados del tutelaje turco, los árabes palestinos no deseaban la dominación ni de los ingleses ni de los israelíes... Querían conservar su identidad árabe y, en consecuencia, querían vivir bajo el gobierno de un Estado árabe". (Maxime Rodinson, *op. cit.*, pp. 217-8).

9 Los tres significados atribuidos por Lenin al concepto de "anexión" se aplican, de una manera u otra, al colonialismo territorial sionista: 1) incorporación por medidas de fuerza; 2) opresión por otra nación (la incorporación de regiones "ajenas", etc.); 3) la violación del *statu quo*: "... una anexión es la violación de los derechos de autodeterminación de una nación, es el establecimiento de las fronteras de un Estado en contra de la voluntad de la población. Oponerse a las anexiones equivale a sostener el derecho a la autodeterminación". (Lenin, *Balan-*

ce de una discusión sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación. *Obras completas*, vol. 22, pp. 344-5). "... la anexión es una de las formas de opresión nacional". (Ibid., p. 366. Todas las bastardillas son de Lenin).

Karl Kautsky había ya atacado al sionismo en este punto: "El sionismo no es un movimiento progresista sino un movimiento reaccionario... (el sionismo) niega el derecho a la autodeterminación de las naciones". (op. cit., p. 207).

No se puede dejar de estar de acuerdo con el general Dayan cuando sintetiza todo el problema palestino en los siguientes términos: "¿Por qué los árabes odian a los judíos? Respuesta: Nos toman por extranjeros, por invasores que se han apropiado de un país árabe y lo han convertido en un Estado judío. Y en eso tienen razón. Desde su punto de vista, hicimos eso. No vinimos aquí a contribuir, o para dar una contribución a los países árabes. Vinimos aquí a establecer nuestro Estado porque sentimos que esta es nuestra patria". (Discurso a los empresarios norteamericanos en Tel Aviv del 18 de enero de 1968, *The Sunday Times*, 23 de marzo de 1969). La cuestión es, por lo tanto, a quien debe uno apoyar: a los "invasores" o a sus víctimas.

10 "El conflicto (árabe-israelí) aparece, esencialmente, como la lucha de una población indígena contra la ocupación de parte de su territorio por extranjeros..." (Rodinson, *op. cit.*, p. 219).

11 Una indicación clara de este nuevo equilibrio de poder es el cambio que ocurrió en el control de las riquezas petrolíferas después de la Segunda Guerra Mundial. Antes de la guerra, las compañías norteamericanas controlaban menos del 10 % de las reservas de petróleo en el Medio Oriente, y el 72 % era retenido por Gran Bretaña; ahora las posiciones están invertidas. Los EE.UU. controlan actualmente casi el 59 % mientras que Gran Bretaña se ha quedado con sólo el 29 %. (Harry Magdoff, "The Age of Imperialism", en *Monthly Review*, vol. 20, Nº 2, junio de 1968, p. 28).

12 Citado por Magdoff, *op. cit.*, vol. 20, Nº 6, p. 23.

13 Lutfallah Suleiman, "Mass-alat Al-Thawra Al'Arabiya" en *Dirassat'Arabiya* (Estudios Arabes), vol. 4, Nº 8, junio de 1968, pp. 9-10.

14 Ibid., p. 118.

15 Ibid., p. 8.

16 Gaspar, *op. cit.*, p. 75.

17 *The Communist International*, vol. 3, p. 76.

18 *The Jerusalem Post*, 30 de setiembre de 1968 (el subrayado es mío).

19 Ibid., (el subrayado es mío).

20 Hyamson, *op. cit.*, pp. 101-2.

21 Ibid., pp. 131-2; 138.

22 Gaspar, *op. cit.*, p. 127.

23 "La política económica en Palestina estaba subordinada a objetivos políticos... Los judíos estaban interesados en establecer, tan rápido como fuera posible, una gran comunidad judía en Palestina y la política económica judía tenía que servir a este objetivo primordial". (Naday Halevi y Ruth Klinov-Malul, *The Economic Development of Israel*, New York, 1967, p. 30).

24 Hyamson, *op. cit.*, p. 179.

25 ISO, *op. cit.*, p. 2.

26 Halevi y Klinov-Malul, *op. cit.*, pp. 17-20.

27 *Ibid.*, p. 26. El desarrollo desigual de los sectores industriales judíos y árabes puede ser claramente demostrado en las siguientes tablas:

	1939		1942	
	Arabe	Judío	Arabe	Judío
Nº de fábricas	339	872	1.558	1.907
Nº de obreros	4.117	13.678	18.804	37.773
Producto neto (en libras palestinas)	313.149	2.454.982	1.724.794	11.487.843

Proporción de Sectores Árabe y Judío en la Industria Palestina (1942)

	Nº de firmas	Nº de obreros	Salarios	Capital	Total
Sector judío	55 %	75 %	83 %	60 %	79 %
Sector árabe	44 %	17 %	17 %	10 %	15 %

(Los porcentajes restantes pertenecen a cinco firmas británicas de las cuales tres eran controladas por el sector judío). *Statistical Handbook of Jewish Palestine*, Departamento Económico de la Agencia Judía, Jerusalén, 1947, pp. 224 y 226.

28 En octubre de 1929, el Comité Ejecutivo del Comintern dictó una resolución caracterizando la insurrección en Palestina de 1928-29 como "un movimiento de liberación nacional, un movimiento anti-imperialista de todos los árabes". El P.C. palestino fue criticado por igno-

rar la cuestión agraria, por su falta de contacto con las masas árabes y su sobreestimación de la influencia de la burguesía reaccionaria, de los grandes terratenientes y del clero. La sección de Haifa, que vio el levantamiento como un "progrom", fue censurada por evidenciar la influencia sionista e imperialista sobre los comunistas.

29 Esto está indicado en una carta escrita por David Ben-Gurion al ejecutivo sionista, del 17 de diciembre de 1938. "Millones de judíos enfrentan la aniquilación, el problema de los refugiados ha asumido amplias proporciones mundiales, Gran Bretaña está tratando de separar el problema de los refugiados del problema de Palestina. Es asistida por judíos anti-sionistas (...) Si los judíos tuvieran que elegir entre los refugiados —salvando judíos de los campos de concentración— y ayudar a la construcción de un museo nacional en Palestina, la compasión llevaría la delantera y toda la energía del pueblo estaría dirigida a salvar judíos de varios países. El Sionismo será sacado de la agenda no sólo ante la opinión mundial... sino ante toda la opinión pública judía. Si permitimos una separación entre el problema de los refugiados y el problema palestino, estamos poniendo en peligro la existencia del Sionismo". (ISO, *op. cit.*, p., 9).

30 Bert Ramelson. *The Middle East: Crises, Causes, Solution*. Publicación del Partido Comunista, Londres, 1967, pp. 13-14.

31 *Statistical Handbook...*, *op. cit.*, pp. 238-9.

32 *Statistical Abstract of Palestine, 1944-45*, Jerusalén, 1946, p. 65.

33 *Statistical Handbook...*, *op. cit.*, p. 251.

34 Michel Chiha, *Lubnan Fi Shakhshyateh Wa Hudhuret*, Beirut, 1962, pp. 139-40.

35 Rodinson, *op. cit.*, p. 54.

36 Gaspar, *op. cit.*, p. 139.

37 Rodinson, *op. cit.*, p. 39.

38 Ramelson, *op. cit.*, p. 13.

39 Gaspar, *op. cit.*, p. 133.

40 Ramelson, *op. cit.*, p. 15.

41 *Ibid.*, p. 14.

42 Isaac Deutscher, *Stalin: Political Biography*, Londres, 1965, pp. 591-93. [Hay edic. en español].

43 Los diferentes motivos que están detrás de la participación de cada uno de los Estados árabes en la guerra de 1948, son una sólida prueba de este punto. Sin embargo, dentro de cada país árabe, las distintas clases fueron afectadas de distintas maneras por la colonización sionista de Palestina. El Líbano es un buen ejemplo. El auge de la economía libanesa basada en los servicios durante las últimas dos décadas es el resultado directo de la aparición del Estado de Israel y del bloqueo económico árabe contra él: 1) el puerto de Beirut mueve

ahora todo el tráfico que solía ser transportado a través del puerto de Haifa; 2) los oleoductos de Iraq y Arabia Saudita pasan ahora a través del Líbano y de Siria en lugar de Haifa; 3) si no fuera por el bloqueo, el excedente del capital que es ahora transferido a Europa a través de los accionistas libaneses sería manejado en Israel; 4) a causa de que a la aviación israelí no se le permite volar sobre ningún país árabe, Beirut se las arregló para convertirse en el centro del transporte aéreo mundial en el Medio Oriente.

Así, mientras la burguesía comercial-financiera del Líbano acumuló enormes beneficios, toda la economía del Líbano meridional —que una vez fuera el eslabón intermediario entre el comercio sirio y palestino— se vino abajo. Decenas de miles de pequeños artesanos, comerciantes y campesinos tuvieron que emigrar al Africa o a Beirut (donde constituyen el grueso de su lumpenproletariat), Y, mientras esta burguesía comercial-financiera arrulla al país con las garantías occidentales para conservar la tradicional “neutralidad” del Líbano, el campesinado empobrecido del sur está siendo bombardeado por los cañones y la aviación israelí.

44 “Creo que los pueblos árabes se equivocan cuando sostienen que Occidente debería haber sido el primero en asumir la responsabilidad por el Sionismo... el Occidente ha sido tan engañado como lo hemos sido nosotros...” (Kamal El-Hajj, *Hawla Falsafat Al-Suhyuniya*, pp. 127-8).

“Gran Bretaña y los EE.UU. son los prisioneros de Israel...” (Michel Chiha, *Le Jour*, Beirut, 6 de noviembre de 1954).

45 Un argumento típico: ‘Si los estados de la Liga (Arabe) le hacen la existencia fácil a Occidente (empezando por Gran Bretaña) ¿no estarían ellos mejor dotados para resolver el problema palestino y el de las futuras relaciones con Israel?’. (Chiha, *op. cit.*, 18 de agosto de 1951).

En una de sus entrevistas formales, después de la guerra de junio, los gobernantes de Kuwait y Arabia Saudita declararon que la causa de la derrota árabe reside en el hecho de que algunos regímenes árabes (queriendo decir, Egipto y Siria) se inspiran en “ideologías importadas” y en la influencia soviética en el Medio Oriente. (*Al Hayat*, Beirut, 9 y 11 de abril de 1968).

De acuerdo con los hábitos primitivos, cuando un guerrero es herido, la flecha debe ser extraída y envuelta en hierbas húmedas. Se cree que, tratando así a la flecha, la herida se curará por sí sola. ¡Esto es, en resumidas cuentas, lo que la reacción árabe quiere hacernos creer!

46 Lo que es más fantástico respecto de este doble lenguaje es que algunos pueblos creen que pueden salirse con la suya empleándolo. En la conferencia de prensa de Nasser del 28 de mayo de 1967, éste

amenazó con que la guerra sería total si Israel iniciaba el ataque militar. Después de la conferencia, un oficial egipcio de alto rango le dijo a Eric Rouleau, de *Le Monde*: "Cometimos el error de conectar juntos todos los micrófonos de la radioemisora del Cairo, ¡de modo que Nasser estaba dirigiendo la palabra a las masas (árabes) y a la opinión pública mundial al mismo tiempo!" (Eric Rouleau, "Le Régime Nassérien en Question", *Le Monde*, 27 de diciembre de 1967).

47 Eric Rouleau, *Le Monde*, *loc cit.*

48 *At-Tali'a*, vol. 4, Nº 1, enero de 1968, p. 58.

49 Rodinson, *op cit.*, pp. 185-6.

50 Debe recordarse que Egipto exigió, inicialmente, que las tropas de la UN evacuaran sus puestos de observación en la frontera (no se hizo mención de Gaza o de Sharm el-sheikh) y fue solamente después que U Thant declaró que era todo o nada, que Egipto demandó formalmente de él, el 18 de mayo, el retiro de las tropas de la UN de territorio egipcio. Israel no aceptó nunca la presencia de las tropas de la UN en sus fronteras; mantuvo su posición cuando se le preguntó nuevamente, después de la retirada de la UN de Egipto.

51 Michel Bar-Zohar, *Histoire Secrète de la Guerre d'Israel*, Fayard, París, 1968, pp. 149-50. El autor —un biógrafo israelí de Ben Gurion—relata que durante la guerra de junio, altos oficiales del Departamento de Estado acostumbraban perseguir a los diplomáticos israelíes con esta pregunta: "¿Cuándo atacarán Siria?" (p. 305). La victoria israelí iba a ser, igualmente, una derrota para la URSS. Bar-Zohar: "Johnson entendió que si se las arreglaba para neutralizar a los soviéticos y disuadirlos de intervenir en el conflicto, la derrota de los árabes por Israel sería interpretada por el mundo como una terrible derrota de la URSS... *el mundo árabe, derrotado en la guerra, experimentará un profundo resentimiento contra Moscú*". (p. 255). De hecho, los elementos reaccionarios en el mundo árabe capitalizaron el asunto. Parte de las enormes demostraciones masivas en el Cairo, cuando Nasser presentó su renuncia el 9 de junio, estaban dirigidas contra la embajada soviética. Algunas tentativas del mismo tipo fracasaron en Beirut.

52 El informe conjunto del 26 de mayo de Rusk y MacNamara a Johnson, concluye con dos alternativas: una fuerza naval multinacional o "dejar actuar a Israel de manera independiente". Significativamente, el Secretario de Defensa Mac-Namara, fue muy escéptico con respecto a la posibilidad de que la fuerza naval pudiese abrirse paso a través del Tiran.

53 *Ibid.*, pp. 128, 139, 141.

54 Uri Dan, citado por M. Machover & M. Haneghbi en "Lettre à tous les ex braves Israéliens", *Rouge*, 22 de enero de 1969.

55 Bar-Zohar, *op. cit.*, p. 128.

56 Machover & Haneghbi, op. cit.

57 Rouleau, op. cit.

1 Malaff A-Qadiya Al-Falastiniya, Research Centre, OLP, 1968, pp. 65-66.

2 Ibid., pp. 72-3.

M. A. MALIK

COMENTARIO AL ARTÍCULO DE TRABULSI

1. El "Apéndice" recorre parte del camino en la rectificación de las omisiones mencionadas aquí.

2. Lin Piao "Viva la victoria de la guerra popular", Pekín, 1968, pp. 32-33. Obsérvese que el principio implicado aquí en la identificación del "mayor peligro" en cualquier momento dado es, precisamente, el opuesto al utilizado por la mayoría de los grupos de izquierda que, cuando persiguen una táctica frentista, hacen de la "ultra izquierda" el mayor peligro y vice versa. La superioridad dialéctica de la fórmula de Lin es demoledora.

3. "La lucha en Palestina debe conducir a la Revolución Árabe" *Black Dwarf*, Vol. 14, N° 19, 14 de junio de 1969. Estos principios no suponen el punto de vista de que todo el Medio Oriente será liberado de un solo golpe; la tesis de Debray sobre Latinoamérica puede aplicarse en este punto: "... la existencia de naciones americanas separadas, aún de algunas mutuamente hostiles, es un hecho irreversible y la lucha revolucionaria hoy en día puede ser sólo una lucha por la liberación nacional. Exigir de los procesos revolucionarios en Sud América la condición previa de la unidad continental es posponerlos para las calendas griegas." Régis Debray: "Problems of Revolutionary Strategy in Latin America", *New Left Review*, N° 45 [hay edic. castellana]. La invocación a la nación Árabe o a la revolución Árabe no debería, igualmente, ser utilizada para posponer cualquier lucha particular de liberación.

NOTA DEL EDITOR

Los trabajos que integran el presente Cuaderno fueron tomados de las siguientes publicaciones:

1. M. Rodinson, "La crisi arabo-israeliana e l'avvenire del socialismo", *Problemi del socialismo*, n. 21, anno IX, agosto 1957, pp. 851-866. Traducción de Carlos Altamirano.
2. "Sur le conflit Israélo-arabe", *Raison Présente*, n. 10, avril-mai-juin 1969, pp. 37-53. Traducción de Santiago Funes.
3. Fawwaz Trabulsi, "The Palestine problem", *New Left Review*, n. 57, september-october 1969, pp. 53-90. Traducción de Ingrid Londero.
4. M. A. Malik, "Comment", *New Left Review*, cit., p.p. 93-96. Traducción de Marcelo Nowersztern.

Indice

<i>Advertencia</i>	7
Maxime Rodinson	
<i>La crisis árabe-israelí y el porvenir del socialismo árabe</i>	9
Víctor Leduc	
<i>Sobre el conflicto árabe-israelí</i>	31
O. Revault D'Allonnes	
<i>Izquierda árabe e izquierda israelí</i>	34
Ernest Kahane	
<i>Estimular una fraternidad de base social</i>	39
Maxime Rodinson	
<i>Acerca de algunos comportamientos irracionales</i>	43
P. Vidal-Naquet	
<i>De la afirmación sionista a la afirmación palestina</i>	52
Fawwaz Trabulsi	
<i>El problema palestino: Sionismo e imperialismo en el Medio Oriente</i>	57
M. A. Malik	
<i>Comentario al artículo de Trabulsi</i>	119

La revolución palestina y el conflicto árabe-israelí

Maxime Rodinson

La crisis árabe-israelí y el porvenir del socialismo

**Víctor Leduc Revault D'Allonnes,
Kahane, Rodinson, Vidal-Naquet**

Debate sobre el conflicto árabe-israelí

Fawwaz Trabulsi

El problema palestino: sionismo e imperialismo en el Medio Oriente.

M. A. Malik

Respuesta al artículo de Trabulsi

La heterogeneidad de los trabajos incluidos en este Cuaderno no sólo no excluye sino que presupone un criterio político único en su selección.

Nuestro tema es aquí **La revolución palestina** y nuestro punto de partida es la coincidencia del combate de ese pueblo por su autode-

terminación nacional con la lucha por el socialismo en el Medio Oriente.

Pretendemos así, a la vez, ofrecer claves para descifrar la paradójica situación de Israel, esa Esparta del mundo de hoy, donde dos millones y medio de **iguales** explotan a un millón de ilotas.